HAMLET (1)

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Esplanada delante del palacio real de Elsingor.
Noche obscura.

FRANCISCO, BERNARDO.

(Francisco estará paseándose haciendo centinela. Bernardo se va acercando hacia él. Estos personajes y los de la escena siguiente estarán armados con espada y lanza.)

Bernardo. ¿Quién está ahí?
Francisco. No: respóndame él á mí. Deténgase, y diga quién es...
Bernardo. Viva el Rey.
Francisco. ¿Es Bernardo?
Bernardo. El mismo.
Francisco. Tú eres el más puntual en venir á la hora.
Bernardo. Las doce han dado ya; bien puedes ir á recogerte.
Francisco. Te doy mil gracias por la mudanza. Hace un frío que penetra, y yo estoy delicado del pecho.

---

(1) Al final de la obra se publicarán todas las notas indica das en el transcurso de la misma.

Bernardo. ¿Has hecho tu guardia tranquilamente?
Francisco. Ni un ratón se ha movido (2).
Bernardo. Muy bien. Buenas noches. Si encuentras á Horacio y Marcelo, mis compañeros de guardia, diles que vengan presto.
Francisco. Me parece que los oigo... Alto ahí. ¡Eh! ¿Quién va?

ESCENA II

HORACIO, MARCELO Y DICHOS

Horacio. Amigos de este país.
Marcelo. Y fieles vasallos del Rey de Dinamarca.
Francisco. Buenas noches.
Marcelo. ¡Oh honrado soldado! Pásalo bien. ¿Quién te relevó de la centinela?
Francisco. Bernardo, que queda en mi lugar. Buenas noches.
(Vase Francisco: Marcelo y Horacio se acercan donde está Bernardo haciendo centinela.)
Marcelo. ¡Hola, Bernardo!
Bernardo. ¿Quién está ahí? ¿Es Horacio?
Horacio. Un pedazo de él.
Bernardo. Bien venido, Horacio; Marcelo, bien venido.
Marcelo. Y qué, ¿se ha vuelto á aparecer aquella cosa esta noche?
Bernardo. Yo nada he visto.
Marcelo. Horacio, dice que es aprensión nuestra, y nada quiere creer de cuanto le he dicho acerca de esa espantosa fantasma que hemos visto en dos ocasiones. Por eso le he rogado que se venga á la guardia con nosotros, para que si esta noche vuelve el aparecido, pueda dar crédito á nuestros ojos y le hable si quiere.
Horacio. ¡Qué! No, no vendrá.
Bernardo. Sentémonos un rato y deja que asaltemos de nuevo tus oídos con el suceso que tanto repug-

na oir, y que en dos noches seguidas hemos ya presenciado nosotros.

Horacio. Muy bien: sentémonos y oigamos lo que Bernardo nos cuente.

(Siéntanse los tres.)

Bernardo. La noche pasada, cuando esa misma estrella que está al occidente del polo había hecho ya su carrera para iluminar aquel espacio del cielo donde ahora resplandece, Marcelo y yo, á tiempo que el reloj daba la una...

Marcelo. Chit. Calla; mírale (3) por donde viene otra vez.

(Se aparece á un extremo del teatro la sombra del Rey Hamlet armado de todas armas, con manto real, yelmo en la cabeze y la visera alzada. Los soldados y Horacio se levantan despavoridos.)

Bernardo. Con la misma figura que tenía el difunto Rey.

Marcelo. Horacio, tú que eres hombre de estudios, háblale.

Bernardo. ¿No se parece todo al Rey? Mírale, Horacio.

Horacio. Muy parecido es... Su vista me conturba con miedo y asombro.

Bernardo. Querrá que le hablen.

Marcelo. Háblale, Horacio.

Horacio se encamina hacia donde está la sombra.

¿Quién eres tú, que así usurpas ese tiempo á la noche y esa presencia noble y guerrera que tuvo un día la majestad del soberano dinamarqués que yace en el sepulcro? Habla; por el cielo te lo pido.

(Vase la sombra á paso lento.)

Marcelo. Parece que está irritado.

Bernardo. ¿Ves? Se va como despreciándonos.

Horacio. Detente, habla. Yo te lo mando, habla.

Marcelo. Ya se fué. No quiere respondernos.

Bernardo. ¿Qué tal, Horacio? Tú tiemblas, y has perdido el color. ¿No es esto algo más que aprensión? ¿Qué te parece?

Horacio. Por Dios, que nunca lo hubiera creído sin la

sensible y cierta demostración de mis propios ojos.

Marcelo. ¿No es enteramente parecido al Rey?

Horaci. Cómo tú á tí mismo. Y tal era el arnés de que iba ceñido cuando peleó con el ambicioso Rey de Noruega; y así le ví arrugar ceñudo la frente cuando en una altercación colérica hizo caer al de Polonia sobre el hielo, de un solo golpe... Extraña aparición es esta.

Marcelo. Pues de esa manera, y á esta misma hora de la noche, se ha paseado dos veces con ademán guerrero delante de nuestra guardia.

Horacio. Yo no comprendo el fin particular con que esto sucede; pero en mi ruda manera de pensar, pronostico alguna extraordinaria mudanza á nuestra nación.

Marcelo. Ahora bien; sentémononos; *(Siéntanse)* y decidme cualquiera de vosotros que lo sepa, ¿por qué fatigan todas las noches á los vasallos con estas guardias tan penosas y vigilantes? ¿Por qué es esta fundición de cañones de bronce y este acopio extranjero de máqulnas de guerra? ¿A qué fin esa multitud de carpinteros de marina, precisados á un afán molesto, que no distingue el domingo de lo restante de la semana? ¿Qué causas puede haber para que sudando el trabajador apresurado junte las noches á los días¿ ¿Quién de vosotros podrá decírmelo?

Horacio. Yo te lo diré, ó á lo menos los rumores que sobre esto corren. Nuestro (4) último Rey (cuya imagen acaba de aparecérsenos) fué provocado á combate, como ya sabéis, por Fortimbrás (5) de Noruega, estimulado éste de la más orgullosa emulación. En aquél desafío, nuestro valeroso Hamlet (que tal renombre alcanzó en la parte del mundo que nos es conocida) mató á Fortimbrás, el cual por un contrato sellado y ratificado se-

gún el fuero de las armas, cedía al vencedor (dado caso que muriese en la pelea) todos aquellos países que estaban bajo su dominio. Nuestro Rey se obligó también á cederle una porción equivalente, que hubiera pasado á manos de Fortimbrás, como herencia suya, si hubiese vencido; así como, en virtud de aquél convenio y de los artículos estipulados, recayó todo en Hamlet. Ahora el joven Fortimbrás, de un carácter fogoso, falto de experiencia y lleno de presunción, ha ido recogiendo de aquí y de allí por las fronteras de Noruega una turba de gente resuelta y perdida, á quien la necesidad de comer determina á intentar empresas que piden valor; y según claramente vemos, su fin no es otro que el de recobrar con violencia y á fuerza de armas los mencianados paises que perdió su padre. Este es, en mi dictamen, el motivo principal de nuestras prevenciones, el de esta guardia que hacemos, y la verdadera causa de la agitación y movimiento en que toda la nación está.

Bernardo. Si no es esa, yo no alcanzo cuál puede ser... Y en parte lo confirma la visión espantosa que se ha presentado armada en nuestro puesto con la figura del Rey que fué y es todavía el autor de estas guerras-

Horacio. Es por cierto una mota que turba los ojos del entendimiento. En la época (6) más gloriosa y feliz de Roma, poco antes que el poderoso César cayese quedaron vacíos los sepulcros, y los amortajados cadáveres vagaron por las calles de la ciudad gimiendo en voz confusa; las estrellas resplandecieron con encendidas colas, cayó lluvia de sangre, se ocultó el sol entre celajes funestos, y el húmedo planeta, cuya influencia gobierna el imperio de Neptuno, padeció eclipse, como si el fin del mundo hubiese llegado. Hemos

visto ya iguales anuncios de sucesos terribles, precursores que avisan los futuros destinos; el cielo y la tierra juntos los han manifestado á nuestro país y á nuestra gente... Pero... silencio... ¿Veis?... Allí... Otra vez vuelve... *(Vuelve á salir la sombra por otro lado. Se levantan los tres y echan mano á las lanzas. Horacio se encamina hacia la sombra y los otros dos siguen detrás.)* Aunque el terror me hiela yo le quiero salir al encuentro... Detente, fantasma. Si puedes articular sonidos, si tienes voz, háblame. Si allá donde estás puede recibir algún beneficio para tu descanso y mi perdón, háblame. Si sabes los hados que amenazan á tu país, los cuales felizmente previstos puedan evitarse, ¡ay! habla... O si acaso durante tu vida acumulaste en las entrañas de la tierra mal habidos tesoros, por lo que se dice que vosotros, infelices espíritus, después de la muerte vagais inquietos, declráralo... detente y habla... Marcelo, detenle...

(Canta un gallo á lo lejos y empieza á retirarse la sombra: los soldados quieren detenerla haciendo uso de las lanzas; pero la sombra lo evita y desaparece con prontitud.)

Marcelo. ¿Le daré con mi lanza?

Horacio. Sí, hiérele, si no quiere detenerse.

Bernardo. Aquí está.

Horacio. Aquí.

Marcelo. Se ha ido. Nosotros le ofendemos, siendo él un soberano, en hacer demostraciones de violencia. Bien que, según parece, es invulnerable como el aire, y nuestros esfuerzos vanos y cosa de burla.

Bernardo. El iba ya á hablar cuando el gallo cantó (7).

Horacio. Es verdad, y al punto se estremeció como el delincuente apremiado con terrible precepto. Yo he oido decir que el gallo, trompeta de la mañana, hace despertar al dios del día con la alta y aguda voz de su garganta sonora, y que á este anun

cio todo extraño espíritu errante por la tierra ó el mar, el fuego ó el aire, huye á su centro; y la fantasma que hemos visto acaba de confirmar la certeza de esta opinión.

(Empieza á iluminarse lentamente el teatro.)

Marcelo. En efecto, desapareció al cantar el gallo. Algunos dicen que cuando se acerca el tiempo en que se celebra el nacimiento de nuestro Redentor, este pájaro matutino canta toda la noche, y que entonces ningún espíritu se atreve á salir de su morada; las noches son saludables, ningún planeta influye siniestramente, ningún maleficio produce efecto, ni las hechiceras tienen poder para sus encantos: ¡tan sagrados son y tan felices aquellos días!

Horacio. Yo también lo tengo entendido así, y en parte lo creo. Pero ved como ya la mañana, cubierta con la rosada túnica, viene pisando el rocío de aquel alto monte oriental. Demos fin á la guardia, y soy de opinión que digamos al joven Hamlet lo que hemos visto esta noche; porque yo os prometo que este espíritu hablará con él, aunque ha ha sido para nosotros mudo. ¿No os parece que le demos esta noticia, indispensable en nuestro celo y tan propia de nuestra obligación?

Marcelo. Sí, sí, hagámoslo. Yo sé en dónde le hallaremos esta mañana con más seguridad.

ESCENA III

Salón de palacio

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO, LAERTES, VOLTIMAN, CORNELIO, CABALLEROS, DAMAS Y ACOMPAÑAMIENTO.

Claudio. Aunque la muerte de mi querido hermano Hamlet está todavía tan reciente en nuestra memoria que obliga á mantener en tristeza los corazones y á que en todo el reino sólo se observe la ima-

gen del dolor, con todo eso, tanto ha combatido en mí la razón á la naturaleza, que he conservado un prudente sentimiento de su pérdida, junto con la memoria de lo que á nosotros nos debemos. A este fin he recibido por esposa á la que un tiempo fué mi hermana y hoy reina conmigo, compañera en el trono de esta belicosa nación; si bien estas alegrías son imperfectas, pues en ellas se han unido á la felicidad las lágrimas, las fiestas á la pompa fúnebre, los cánticos de muerte á los epitalamios de himeneo, pesados en igual balanza el placer y la aflicción. Ni hemos dejado de seguir los dictámenes de vuestra prudencia, que en esta ocasión ha procedido con absoluta libertad, de lo cual os quedo muy agradecido. Ahora falta deciros que el joven Fortimbrás (8), estimándome en poco ó presumiendo que la reciente muerte de mi querido hermano habrá producido en el reino trastorno y desunión, fiado en esta soñada superioridad, no ha cesado de importunarme con mensajes, pidiéndome le restituya aquellas tierras que perdió su padre y adquirió mi valeroso hermano con todas las formalidades de la ley. Basta ya lo que de él he dicho. Por lo que á mí me toca, y en cuanto al objeto qne hoy nos reune, véisle aquí: Escribo al Rey de Noruega, tío del joven Fortimbrás, que doliente y postrado en el lecho apenas tiene noticia de los proyectos de su sobrino, á fin de que le impida llevarlos adelante; pues tengo ya exactos informes de la gente que levanta contra mí, su calidad, su número y fuerzas. Prudente Cornelio, y tú, Voltiman, vosotros saludaréis en mi nombre al anciano Rey, aunque no os doy facultad personal para celebrar con él tratado alguno que exceda los límites expresados en estos artículos. *(Les da unas cartas.)* Id

con Dios, y espero que manifestaréis en vuestra diligencia el celo de servirme.

Voltiman. En esta y cualquiera otra comisión os daremos pruebas de nuestro respeto.

Claudio. No lo dudaré. El cielo os guarde.

ESCENA IV

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO, LAERTES, DAMAS, CABALLEROS Y ACOMPAÑAMIENTOS

Claudio. Y tú, Laertes, ¿qué solicitas? Me has hablado de una pretensión: ¿no me dirás cuál sea? En cualquiera cosa justa que pidas al Rey de Dinamarca, no será vano el ruego. ¿Ni qué podrás pedirme que no sea más ofrecimiento mío que demanda tuya? No es más adicto á la cabeza el corazón ni más pronta la mano en servir á la boca, que lo es el trono de Dinamarca para con tu padre. En fin, ¿qué pretendes?

Laertes. Respetable soberano, solicito la gracia de vuestro permiso para volver á Francia. De allí he venido voluntariamente á Dinamarca á manifestaros mi leal afecto, con motivo de vuestra coronación; pero ya cumplida esta deuda, fuerza es confesaros que mis ideas y mi inclinación me llaman de nuevo á aquel país, y espero de vuestra mucha bondad esta licencia.

Claudio. ¿Has obtenido ya la de tu padre? ¿Qué dices, Polonio?

Polonio. A fuerza de importunaciones ha logrado arrancar mi tardío consentimiento. Al verle tan inclinado, firmé últimamente la licencia de que se vaya, aunque á pesar mío, y os ruego, señor, que se la concedáis.

Claudio. Elige el tiempo que te parezca más oportuno

para salir y haz cuanto gustes y sea más conducente á tu felicidad. ¡Y tú, Hamlet, mi deudo, mi hijo!

Hamlet. Algo más que deudo y menos que amigo (9).

Claudio. ¿Qué sombras de tristeza te cubren siempre?

Hamlet. Al contrario, señor; estoy demasiado á la luz.

Gertrudis. Mi buen Hamlet, no así tu semblante manifieste aflicción; véase en él que eres amigo de Dinamarca; ni siempre con abatidos párpados busques entre el polvo á tu generoso padre. Tú lo sabes, común es á todos; el que vive debe morir, pasando de la naturaleza á la eternidad.

Hamlet. Sí, señora, á todos es común.

Gertrudis. Pues si lo es, ¿por qué aparentas tan particular sentimiento?

Hamlet. ¿Aparentar? No, señora, yo no sé aparentar. Ni el color negro de este manto, ni el traje acostumbrado en solemnes lutos, ni los interrumpidos sollozos, ni en los ojos un abundante río, ni la dolorida expresión del semblante, junto con las fórmulas, los ademanes, las exterioridades de sentimiento, bastarán por sí solos, mi querida madre, á manifestar el verdadero afecto que me ocupa el ánimo. Estos signos aparentan, es verdad; pero son acciones que un hombre puede fingir... Aquí, *(tocándose el pecho)* aquí dentro tengo lo que es más que apariencia: lo restante no es otra cosa que atavíos y adornos del dolor.

Claudio. Bueno y laudable (10) es que tu corazón pague á un padre esa lúgubre deuda, Hamlet; pero no debes ignorarlo; tu padre perdió un padre también y aquél pardió el suyo. El que sobrevive limita la filial obligación de su obsequiosa tristeza á un cierto término; pero continuar en interminable desconsuelo es una conducta de obstinación impía. Ni es natural en el hombre tan permanente afecto, que anuncia una voluntad

rebelde á los decretos de la Providencia, un corazón débil, un alma indócil, un talento limitado y falto de luces. ¿Será bien que el corazón padezca, queriendo neciamente resistir á lo que es y debe ser inevitable? ¿á lo que es tan común como cualquiera de las cosas que más á menudo hieren nuestros sentidos? Este es un delito contra el cielo, contra la muerte, contra la naturaleza misma; es hacer una injuria absurda á la razón, que nos da en la muerte de nuestros padres la más frecuente de sus lecciones, y que nos está diciendo desde el primero de los hombres hasta el último que hoy espira: «Mortales, ved aquí vuestra irrevocable suerte.» Modera pues, yo te lo ruego, esa inútil tristeza; considera que tienes un padre en mí, puesto que debe ser notorio al mundo que tú eres la persona más inmediata á mi trono, y que te amo con el afecto más puro que puede tener á su hijo un padre. Tu resolución de volver á los estudios de Witemberga es la más opuesta á nuestro deseo, y antes bien te pedimos que desistas de ella, permaneciendo aquí estimado y querido á vista nuestra, como el primero de mis cortesanos, mi pariente y mi hijo.

Gertrudis. Yo te ruego, Hamlet, que no vayas á Witemberga; quédate con nosotros. No sean vanas las súplicas de tu madre.

Hamlet. Obedeceros en todo será siempre mi primer conato.

Claudio. Por esa afectuosa y plausible respuesta quiero que seas otro ya en el imperio danés. Venid, señora. La sincera y fiel condescendencia de Hamlet ha llenado de alegría mi corazón. En aplauso de este acontecimiento no celebrará hoy Dinamarca festivos brindis, sin que lo anuncie á las nubes el cañón robusto y el cielo retumbe

muchas veces á las aclamaciones del Rey, repitiendo el trueno de la tierra. Venid.

ESCENA V

Hamlet. ¡Oh, si esta demasiado sólida masa de carne pudiera ablandarse y liquidarse disuelta en lluvia de lágrimas ó el Todopoderoso no asestara el cañón contra el homicida de sí mismo! ¡Cuán fatigado ya de todo, juzgo molestos, insípidos y vanos los placeres del mundo! Nada, nada quiero de él; es un campo inculto y rudo, que sólo abunda en frutos groseros y amargos. ¡Que esto haya llegado á suceder á los dos meses que él ha ha muerto!... No, ni tanto; aún no ha dos meses. Aquel excelente Rey que fué, comparado con este, como con un sátiro, Hiperion, tan amante de mi madre, que ni á los aires celestes permitía llegar atrevidos á su rostro. ¡Oh, cielo y tierra!... ¿Para qué conservo la memoria? Ella, que se le mostraba tan amorosa como si en la posesión hubieran crecido sus deseos. Y, no obstante, en un mes... ¡ah! no quisiera pensar en esto. ¡Fragilidad, tú tienes (11) nombre de mujer! En el corto espacio de un mes, y aun antes de romper los zapatos (12) con que, semejante á Niobe, bañada en lágrimas, acompañó el cuerpo de mi triste padre... sí, ella, ella misma... ¡Cielos!, una fiera, incapaz de razón y discurso, hubiera mostrado aflicción más durable. Se ha casado, en fin, con mi tío, hermano de mi padre; pero no más parecido á él, que yo lo soy á Hércules. En un mes... enrojecidos aún los ojos con el pérfido llanto, se casó. ¡Ah delincuente precipitación, ir á ocupar con tal diligencia un lecho incestuoso! Ni esto es bueno, ni puede producir bien. Pero hazte pedazos, corazón mío, que mi lengua debe reprimirse

ESCENA VI

HAMLET, HORACIO, BERNARDO Y MARCELO

Horacio. Buenos días, señor.

Hamlet. Me alegro de verte bueno... ¿Eres Horacio, ó me he olvidado de mí propio?

Horacio. El mismo soy, y siempre vuestro humilde criado.

Hamlet. Mi buen amigo, yo quiero trocar contigo ese título que te das. ¿A qué has venido de Witemberga?... ¡Ah, Marcelo!

Horacio. Señor...

Hamlet. Mucho me alegro de verte con salud también. Pero, la verdad, ¿á qué has venido de Witemberga?

Horacio. Señor... deseos de holgarme.

Hamlet. No quisiera oir de boca de tu enemigo otro tanto, ni podrás forzar mis oídos á que admitan una disculpa que ofende. Yo sé que no eres desaplicado. Pero dime, ¿qué asuntos tienes (13) en Elsingor? Aquí te enseñaremos á ser gran bebedor antes que te vuelvas.

Horacio. He venido á ver los funerales de vuestro padre.

Hamlel. No se burle de mí, por Dios, condiscípulo. Yo creo que habrás venido á las bodas de mi madre.

Horacio. Es verdad: ¡como se han celebrado inmediatamente!

Hamlet. Economía, Horacio, economía. Aún no se habían enfriado los manjares cocidos para el convite del duelo, cuando se sirvieron en las mesas de la boda... ¡Oh! yo quisiera haberme hallado en el cielo aquel día con mi mayor enemigo, antes que haber visto aquel día. ¡Mi padre!... me parece que veo á mi padre.

Horacio. ¿En dónde, señor?

Hamlet. Con los ojos del alma, Horacio.

Horacio. Alguna vez le ví. Era un buen Rey.

Hamlet. Era un hombre tan cabal en todo, que no espero hallar otro semejante.

Horacio. Señor, yo creo que le ví anoche (14).

Hamlet. ¿Le viste? ¿A quién?

Horacio. Al Rey vuestro padre.

Hamlet. ¿Al Rey mi padre?

Horacio. Prestadme oído atento, suspendiendo un rato vuestra admiración, mientras os refiero este caso maravilloso, apoyado con el testimonio de estos caballeros.

Hamlet. Sí, por Dios, dímelo.

Horacio. Estos dos señores, Marcelo y Bernardo, le habían visto dos veces hallándose de guardia, como á la mitad de la profunda noche. Una figura semejante á vuestro padre, armada, según él salía, de pies á cabeza, se les puso delante, caminando grave, tardo y majestuoso por donde ellos estaban. Tres veces pasó de esta manera ante sus ojos, que oprimía el vapor, acercándose hasta donde ellos podían alcanzar con sus lanzas; pero débiles y casi helados con el miedo, permanecieron mudos sin osar hablarle. Diéronme parte de este secreto horrible; voime á la guardia con ellos la tercera noche y allí encontré ser cierto cuanto me habían dicho, así en la hora como en la forma y circunstancias de aquella aparición. La sombra volvió, en efecto. Yo conocí á vuestro padre, y es tan parecido á él, como lo son estas dos manos mías.

Hamlet. ¿Y en dónde (15) fué eso?

Marcelo. En la muralla de palacio, donde estábamos de centinela.

Hamlet. ¿Y no le hablásteis?

Horacio. Sí, señor, yo le hablé; pero no me dió respuesta alguna. No obstante, una vez me parece que alzó

la cabeza haciendo con ella un movimiento, como si fuese á hablarme; pero al mismo tiempo se oyó la aguda voz del gallo matutino y al sonido huyó con presta fuga desapareciendo de nuestra vista.

Hamlet. ¡Es cosa bien admirable!

Horacio. Y tan cierta como mi propia existencia. Nosotros hemos creído que era obligación nuestra avisaros de ello, mi venerado príncipe.

Hamlet. Sí, amigos, sí... pero esto me llena de turbación. ¿Estáis de centinela esta noche?

Todos. Sí, señor.

Hamlet. ¿Decís que iba armado?

Todos. Sí, señor, armado.

Hamlet. ¿De la frente al pie?

Todos. Sí, señor, de pies á cabeza.

Hamlet. Luego no le vísteis el rostro.

Horacio. Le vimos, porque traía la visera alzada.

Hamlet. Y qué, ¿parecía que estaba irritado?

Horacio. Más anunciaba su semblante el dolor que la ira.

Hamlet. ¿Pálido ó encendido?

Horacio. No; muy pálido.

Hamlet. ¿Y fijaba la vista en vosotros?

Horacio. Constantemente.

Hamlet. Yo hubiera querido hallarme allí.

Horacio. Mucho pavor os hubiera causado.

Hamlet. Sí, es verdad, sí... ¿Y permaneció mucho tiempo?

Horacio. El que puede emplearse en contar desde uno hasta ciento con moderada diligencia.

Marcelo. Más, más estuvo.

Horacio. Cuando yo le ví, no.

Hamlet. La barba blanca, ¿eh?

Horacio. Sí, señor, como yo se la había visto cuando vivía, de un color ceniciento.

Hamlet. Quiero ir esta noche con vosotros al puesto, por si acaso vuelve.

Horacio. ¡Oh! sí volverá, yo os lo aseguro.

Hamlet. Si él se me presenta en la figura de mi noble padre, yo le hablaré, aunque el infierno mismo, abriendo sus entrañas, me pusiera silencio. Yo os pido á todos, que así como hasta ahora habéis callado á los demás lo que vísteis, de hoy en adelante lo ocultéis con el mayor sigilo; y sea cual fuere el suceso de esta noche, fiadlo al pensamiento, pero no á la lengua; yo sabré remunerar vuestro celo. Dios os guarde, amigos. Entre once y doce iré á buscaros á la muralla.

Todos. Nuestra obligación es serviros.

Hamlet. Sí, conservadme vuestro amor y estad seguros del mío. Adiós. *(Vánse los tres.)* El espíritu de mi padre... con armas... no es esto bueno. Recelo alguna maldad. ¡Oh, si la noche hubiese ya llegado! Esperémosla tranquilamente, alma mía. Las malas acciones, aunque toda la tierra las oculte, se descubren al fin á la vista humana.

ESCENA VII

Sala de la casa de Polonio

LAERTES Y OFELIA

Laertes. Ya tengo todo mi equipaje á bordo. Adiós, hermana, y cuando los vientos sean favorables y seguro el paso del mar, no te descuides en darme nuevas de tí.

Ofelia. ¿Puedes dudarlo?

Laertes. Por lo que hace al frívolo obsequio de Hamlet, debes considerarle como una mera cortesanía, un hervor de la sangre, una violeta que en la primavera juvenil de la naturaleza se adelanta á vivir y no permanece; hermosa, no durable; perfume de un momento, y nada más.

Ofelia. ¿Nada más (16)?

Laertes. Pienso que no; porque no solo (17) en nuestra juventud se aumentan las fuerzas y tamaño del cuerpo, si no que las facultades interiores del talento y del alma crecen también con el templo en que ella reside. Puede ser que él te ame ahora con sinceridad, sin que manche borrón alguno la pureza de su intención; pero debes temer al considerar su grandeza, que no tiene voluntad propia y que vive sujeto á obrar según á su nacimiento corresponde. El no puede, como (18) una persona vulgar, elegir por sí mismo, puesto que de su elección depende la salud y prosperidad de todo un reino; y ve aquí por qué esta elección debe arreglarse á la condescendencia unánime de aquel cuerpo de quien es cabeza. Así, pues, cuando él diga que te ama, será prudencia en ti no darle crédito, reflexionando que en el alto lugar que ocupa nada puede cumplir de lo que promete, sino aquello que obtenga el consentimiento de la parte más principal de Dinamarca. Considera cuál pérdida padecería tu honor, si con demasiada credulidad dieras oídos á su voz lisonjera, perdiendo la libertad del corazón ó facilitando á sus instancias impetuosas el tesoro de tu honestidad. Teme, Ofelia; teme, querida hermana, no sigas inconsiderada tu inclinación; huye el peligro, colocándote fuera del tiro de los amorosos deseos. La virtud misma no puede librarse de los golpes de la calumnia. Muchas veces el insecto roe las flores hijas del verano, aun antes que su botón se rompa; y al tiempo que la aurora matutina de la juventud esparce su blando rocío, los vientos mortíferos son más frecuentes. Conviene, pues, no omitir precaución alguna, pues la mayor seguridad estriba en el temor prudente. La juventud (19), aun cuando

nadie la combata, halla en sí misma su propio enemigo.

Ofelia. Yo conservaré para defensa de mi corazón tus saludables máximas. Pero, mi buen hermano, mira no hagas tú lo que algunos rígidos pastores (20) hacen, mostrando áspero y espinoso el camino del cielo, mientras como impíos y abandonados disolutos pisan ellos la senda florida de los placeres, sin cuidarse de practicar su propia doctrina.

Laertes. ¡Oh! no lo receles. Yo me detengo demasiado; pero allí viene mi padre; pues la ocasión es favorable, me despediré de él otra vez. Su bendición repetida será un nuevo consuelo para mí.

ESCENA VIII

POLONIO, LAERTES Y OFELIA

Polonio. ¿Aún estás aquí? ¡Qué mala vergüenza! A bordo á bordo; el viento impele ya por la popa tus velas y á ti solo aguardan. Recibe mi bendición y procura imprimir en la memoria estos pocos preceptos. No publiques (21) con facilidad lo que pienses ni ejecutes cosa no bien premeditada primero. Debes ser afable pero no vulgar en el trato. Une á tu alma con vínculos de acero aquellos amigos que adoptaste después de examinada su conducta; pero no acaricies con mano pródiga á los que acaban de salir del cascarón y aún están sin plumas. Huye siempre de mezclarte en disputas, pero una vez metido en ellas, obra de manera que tu contrario huya de ti. Presta el oído á todos y á pocos la voz. Oye las censuras de los demás; pero reserva tu propia opinión. Sea tu vestido tan costoso cuanto tus facultades

lo permitan, pero no afectado en su hechura; rico, no estravagante; porque el traje dice por lo común quién es el sujeto, y los caballeros y principales señores franceses tienen el gusto muy delicado en esta materia. Procura no dar ni pedir prestado á nadie, porque el que presta suele perder á un tiempo el dinero y el amigo, y el que se acostumbra á pedir prestado falta al espíritu de economía y buen orden que nos es tan útil. Pero sobre todo, usa de ingenuidad contigo mismo y no podrás ser falso con los demás; consecuencia tan necesaria como que la noche suceda al día. Adiós, y él permita que mi bendición haga fructificar en tí estos consejos.

Laertes. Humildemente os pido vuestra licencia.

(Se arrodilla y besa la mano á Polonio.)

Polonio. Sí, el tiempo te está convidando y tus criados esperan; vete.

Laertes. Adiós, Ofelia, *(Abrazándose Ofelia y Laertes)* y acuérdate bien de lo que te he dicho.

Ofelia. En mi memoria queda guardado, y tú mismo tendrás la llave.

Laertes. Adiós.

ESCENA IX

POLONIO Y OFELIA

Polonio. ¿Y qué es lo que te ha dicho, Ofelia?

Ofelia. Si gustáis de saberlo, cosas eran relativas al príncipe Hamlet.

Polonio. Bien pensado, en verdad. Me han dicho que de poco tiempo á esta parte te ha visitado varias veces privadamente y que tú le has admitido con mucha complacencia y libertad. Si esto es

así (como me lo han asegurado, á fin de que prevenga el riesgo), debo advertirte que no te has portado con aquella delicadeza que corresponde á una hija mía y á tu propio honor. ¿Qué es lo que ha pasado entre los dos? Dime la verdad.

Ofelia. Ultimamente me ha declarado con mucha ternura su amor.

Polonio. ¡Amor! ¡ah! Tú hablas como una muchacha loquilla y sin experiencia en circunstancias tan peligrosas. ¡Ternura la llamas! ¿Y tú das crédito á esa ternura?

Ofelia. Yo, señor, ignoro lo que debo creer.

Polonio. En efecto es así, y yo quiero enseñártelo. Piensa bien, que eres una niña, que has recibido por verdadera paga esas ternuras que no son moneda corriente. Estímate en más á ti propia, pues si te aprecias en menos de lo que vales (por seguir la (22) comenzada alusión), harás que pierda el entendimiento.

Ofelia. El me ha requerido de amores, es verdad; pero siempre con una apariencia honesta que...

Polonio. Sí, por cierto, apariencia puedes llamarla. ¿Y bien? Prosigue.

Ofelia. Y autorizó cuanto me decía con los más sagrados juramentos.

Polonio. Sí, esas son redes para coger codornices. Yo sé muy bien, cuando la sangre hierve, con cuánta prodigalidad presta el alma juramentos á la lengua; pero son (23) relámpagos, hija mía, que dan más luz que calor; éstos y aquéllos se apagan pronto, y no debes tomarlos por fuego verdadero, ni aun en el instante mismo en que parece que sus promesas van á efectuarse. De hoy en adelante cuida de ser más avara de tu presencia virginal; pon tu conversación á precio más alto y no á la primera insinuación admitas coloquios. Por lo que toca al príncipe, debes creer de él

solamente que es un jóven y que si una vez afloja las riendas, pasará más allá de lo que tú le puedes permitir. En suma, Ofelia, no creas sus palabras, que son fementidas, ni es verdadero el color que aparentan; son intercesoras de profanos deseos; y si parecen sagrados y piadosos votos, es solo para engañar mejor. Por último, te digo claramente, que de hoy mas no quiero que pierdas los momentos ociosos en hablar ni mantener conversación al príncipe. Cuidado con hacerlo así; yo te lo mando. Vete á tu aposento.

Ofelia. Así lo haré, señor.

ESCENA X

Esplanada delante del palacio. Noche obscura

HAMLET, HORACIO, MARCELO.

Hamlet. El aire es frío y sutil en demasía.

Horacio. En efecto, es agudo y penetrante.

Hamlet. ¿Qué hora es ya?

Horacio. Me parece que aún no son las doce.

Marcelo. No, ya han dado.

Horacio. No las he oido. Pues en tal caso ya está cerca el tiempo en que el muerto suele pasearse. Pero ¿qué significa este ruido, señor?

(Suena á lo lejos música de clarines y timbales.)

Hamlet. Esta noche se huelga el rey, pasándola desvelado en un banquete con gran vocería y traspieses de embriaguez: y á cada copa del Rín que bebe, los timbales y cornetas anuncian con estrépito sus victoriosos brindis.

Horacio. ¿Se acostumbra eso aquí?

Hamlet. Sí se acostrumbra; pero aunque he nacido en

este país y estoy hecho á sus estilos, me parece que sería más decoroso quebrantar esta costumbre que seguirla. Un exceso tal, que embrutece el entendimiento, nos infama á los ojos de las otras naciones desde oriente á occidente. Nos llaman ebrios; manchan nuestro nombre con este dictado afrentoso, y en verdad que él solo, por mas que poseamos en alto grado otras buenas cualidades, basta á empañar el lustre de nuestra reputación. Así acontece frecuentemente á los hombres. Cualquiera defecto natural en ellos, sea de su nacimiento, del cual no son culpables (puesto que nadie puede escoger su origen), sea cualquiera desorden ocurrido en su temperamento, que muchas veces rompe los límites y reparos de la razón, ó sea cualquier hábito que se aparte demasiado de las costumbres recibidas, llevando estos hombres consigo el signo de un solo defecto que imprimió en ellos la naturaleza ó el acaso, aunque sus virtudes fuesen tantas cuantas es concedido á un mortal, y tan puras como la bondad celeste, serán no obstante amancilladas en el concepto público por aquel único vicio que las acompaña: un solo adarme de mezcla quita el valor al más precioso metal, y le envilece.

Horacio. ¿Veis, señor? Ya viene.

(Aparécese la sombra del Rey Hamlet hacia el fondo del teatro. Hamlet al verla se retira lleno de horror, y después se encamina hacia ella.)

Hamlet. ¡Angeles (24) y ministros de piedad, defendednos! Ya seas alma dichosa ó condenada visión, traigas contigo aura celestial ó ardores del infierno, sea malvada ó benéfica intención la tuya, en tal forma te me presentas, que es necesario que yo te hable. Sí, te he de hablar. . Hamlet, mi rey, mi padre, soberano de Dinamarca... ¡Oh! respóndeme, no me atormentes con la duda. Dime

¿por qué tus venerables huesos, ya sepultados, han roto su vestidura fúnebre? ¿Por qué el sepulcro donde te dimos urna pacífica, te ha echado de sí, abriendo sus senos que cerraban pesados mármoles? ¿Cuál puede ser la causa de que tu difunto cuerpo, del todo armado, vuelva otra vez á ver los rayos pálidos de la luna, añadiendo á la noche horror? ¿Y que nosotros, ignorantes y débiles por naturaleza, padezcamos agitación espantosa con ideas que exceden á los alcances de nuestra razón? Dí, ¿por qué es esto? ¿por qué? ó ¿qué debemos hacer nosotros?

Horacio. Os hace señas de que le sigáis, como si deseara comunicaros algo á solas.

Marcelo. Ved con qué expresivo ademán os indica que le acompañéis á lugar más remoto; pero no hay que ir con él.

Horacio. No, por ningún motivo.

Hamlet. Si no quiere hablar, habré de seguirle.

Horacio. No hagáis tal, señor.

Hamlet. ¿Y por qué no? ¿Qué temores debo tener? Yo no estimo la vida en nada, y á mi alma ¿qué puede él hacerla, siendo como él mismo cosa inmortal?... Otra vez me llama... Voile á seguir.

Horacio. Pero, señor, si os arrebata al mar (25) ó la espantosa cima de ese monte, levantado sobre los peñascos que baten las ondas, y allí tomase alguna otra forma horrible, capaz de impediros el uso de razón, y enajenarla con frenesí... ¡Ay! ved lo que hacéis. El lugar solo inspira ideas melancólicas á cualquiera que mire la enorme distancia desde aquella cumbre al mar, y sienta en la profundidad su bramido ronco.

Hamlet. Todavía me llama... Camina. Ya te sigo.

(La sombra hará los movimientos que indica el diálogo. Horacio y Marcelo quieren detener á Hamlet, y él los aparta con violencia, y la sigue.)

Marcelo. No, señor, no iréis.
Hamlet. Dejadme.
Horacio. Creedme, no le sigáis.
Hamlet. Mis hados me conducen y prestan á la menor fibra de mi cuerpo la nerviosa robustez del leon de Nemea. Aún me llama... Señores, apartad esas manos... por Dios... ó quedará muerto .. las mías el que me detenga... Otra vez te digo que andes, que voy á seguirte.

ESCENA XI

HORACIO, MARCELO.

Horacio. Su exaltada imaginación le arrebata.
Marcelo. Sigámosle, que en esto no debemos obedecerle.
Horacio. Sí, vamos detrás de él... ¿Cuál será el fin de este suceso?
Marcelo. Algún grave mal se oculta en Dinamarca.
Horacio. Los cielos dirigirán el éxito.
Marcelo. Vamos, sigámosle.

ESCENA XII

Parte remota cercana al mar, vista á lo lejos del palacio de Elsingor

HAMLET, LA SOMBRA DEL REY HAMLET.

Hamlet. ¿Adónde me quieres llevar? Habla, yo no paso de aquí.
La sombra. Mírame.
Hamlet. Ya te miro.
La sombra. Cuasi es ya llegada la hora en que debo restituirme á las sulfúreas y atormentadoras llamas.

Hamlet. ¡Oh, alma infelíz!

La sombra. No me compadezcas: presta solo atentos oidos á lo que voy á revelarte.

Hamlet. Habla, yo te prometo atención.

La sombra. Luego que me oigas, prometerás venganza.

Hamlet. ¿Por qué?

La sombra. Yo soy el alma de tu padre, destinada por cierto tiempo á vagar de noche, y aprisionada en fuego durante el día, hasta que sus llamas purifiquen las culpas que cometí en el mundo. ¡Oh! si no me fuera vedado manifestar los secretos de la prisión que habito, pudiera decirte cosas que la menor de ellas bastaría á despedazar tu corazón, helar tu sangre juvenil; tus ojos, inflamados como estrellas, saltar de tus órbitas; tus anudados cabellos separarse, erizándose como las púas del colérico espín. Pero estos eternos misterios no son para los oidos humanos. Atiende, atiende, ¡ay! atiende. Si tuviste amor á tu tierno padre...

Hamlet. ¡Oh Dios!

La sombra. Venga su muerte; venga un homicidio cruel y atroz.

Hamlet. ¿Homicidio?

La sombra. Sí, homicidio cruel, como todos lo son; pero el más cruel y el más injusto y el más aleve.

Hamlet. Refiéremelo (26) presto, para que con alas veloces como la fantasía, ó con la prontitud de los pensamientos amorosos, me precipite á la venganza.

La sombra. Ya veo cuán dispuesto te hallas, y aunque tan insensible fueras como las malezas que se pudren incultas en las orillas del Leteo, no dejaría de conmoverte lo que voy á decir. Escúchame ahora, Hamlet. Esparcióse la voz de que estando en mi jardín dormido me mordió una serpiente. Todos los oidos de Dinamarca fueron groseramente engañados con esta fabulosa invención; pero tú de-

bes saber, mancebo generoso, que la serpiente que mordió á tu padre hoy ciñe su corona.

Hamlet. ¡Oh! Présago me lo decía el corazón. ¡Mi tio!...

La sombra. Sí; aquel incestuoso, aquel monstruo adúltero, valiéndose de su talento diabólico, valiéndose de traidoras dádivas... (¡Oh, talento y dádivas malditas, que tal poder tenéis para seducir!) supo inclinar á su deshonesto apetito la voluntad de la reina mi esposa, que yo creía tan llena de virtud. ¡Oh, Hamlet, cuán grande fué su caida! Yo, cuyo amor para con ella fué tan puro... yo, siempre tan fiel á los solemnes juramentos que en nuestro desposorio la hice, yo fuí aborrecido, y se rindió á aquel miserable, cuyas prendas eran en verdad harto inferiores á las mías Pero así como la verdad será incorruptible aunque la disolución procure excitarla bajo divina forma, así la incontinencia, aunque viviese unida á un ángel radiante, profanará con oprobio su tálamo celeste... Pero ya me parece que percibo el ambiente de la mañana. Debo ser breve. Dormía yo una tarde en mi jardín, según lo acostumbraba siempre. Tu tío me sorprende en aquella hora de quietud, y trayendo consigo una ampolla de licor venenoso, derrama en mi oido su ponzoñosa destilación, la cual de tal manera es contraria á la sangre del hombre, que semejante en la sutileza al mercurio, se dilata por todas las entradas del cuerpo, y con súbita fuerza le ocupa, cuajando la más pura y robusta sangre como la leche con las gotas ácidas. Este efecto produjo inmediatamente en mí, y el cutis hinchado comenzó á despegarse á trechos con una especie de lepra en ásperas y asquerosas costras. Así fué, que estando durmiendo perdí á manos de mi hermano mismo mi corona, mi esposa y mi vida á un tiempo. Perdí la vida cuando mi pecado estaba en

todo su vigor, sin hallarme dispuesto para aquel trance, sin haber recibido el pan eucarístico, sin haber sonado el clamor de agonía, sin lugar al reconocimiento de tanta culpa, presentado al tribunal eterno con todas mis imperfecciones sobre mi cabeza. ¡Oh, maldad horrible, horrible!... Si oyes la voz de la naturaleza, no sufras, no, que el tálamo real de Dinamarca sea el lecho de la lujuria y abominable incesto. Pero de cualquier modo que dirijas la acción, no manches con delito el alma, previniendo ofensas á tu madre. Abandona este cuidado al cielo; deja que aquellas agudas puntas, que tiene fijas en su pecho, la hieran y atormenten. Adiós. Ya la luciérnaga, amortiguando su aparente fuego, nos anuncia la proximidad del día. Adiós, adiós. Acuérdate de mí

ESCENA XIII

HAMLET, Y DESPUÉS HORACIO Y MARCELO.

Hamlet. ¡Oh vosotros, ejércitos celestiales! ¡oh tierra!.. ¿y quién más? ¿invocaré al infierno también?... ¡Eh! no... Detente, corazón mío, detente; y vos, mis nervios, no así os debilitéis en un momento, sostenedme robustos... ¡Acordarme de tí! Sí, alma infeliz, mientras haya memorias en este agitado mundo. ¡Acordarme de tí! Sí, yo me acordaré y yo borraré de mi fantasía todos los recuerdos frívolos, las sentencias de los libros, las ideas é impresiones de lo pasado que la juventud y la observación estamparon en ella. Tu precepto solo, sin mezcla de otra cosa menos digna, vivirá escrito en el volumen de mi entendimiento. Sí, por los cielos te lo juro... ¡Oh, mujer la más

delincuente! ¡Oh, malvado, malvado! ¡halagüeño y execrable malvado! Conviene (27) que yo apunte en este libro... *(Saca un libro de memorias, y escribe en él.)* Sí... que un hombre puede halagar y sonreirse, y ser un malvado: á lo menos estoy seguro de que en Dinamarca hay un hombre así, y este es mi tío... Sí, tú eres... ¡Ah! pero la expresión que debo conservar es esta: «Adiós, adiós acuérdate de mí.» Yo he jurado acordarme.

Horacio. ¡Señor! ¡señor! *(gritando desde adentro.)*

Marcelo. ¡Hamlet! *(gritando desde adentro.)*

Horacio. Los cielos le asistan.

Hamlet. ¡Oh! háganlo así.

Marcelo. ¡Hola! ¡eh! señor.

Hamlet. ¡Hola! amigos, ¡eh! venid, venid acá.

(Salen Horacio y Marcelo.)

Marcelo. ¿Qué ha sucedido?

Horacio. ¿Qué noticias nos dais?

Hamlet. ¡Oh! maravillosas.

Horacio. Mi amado señor, decidlas.

Hamlet. No, que lo revelaréis.

Horacio. No, yo os prometo que no haré tal.

Marcelo. Ni yo tampoco.

Hamlet. ¿Creéis vosotros que pudiese haber cabido en el corazón humano... Pero ¿guardaréis secreto?

Los dos. Sí, señor, yo os lo juro.

Hamlet. No existe en toda Dinamarca (28) un infame... que no sea un gran malvado.

Horacio. Pero no era necesario, señor, que un muerto saliera á persuadirnos esa verdad.

Hamlet. Sí, cierto, tenéis razón; y por eso mismo, sin tratar más del asunto, será bien despedirnos y separarnos; vosotros adonde vuestros negocios ó vuestra inclinación os lleven... que todos tienen sus inclinaciones y negocios, sean los que sean; y yo, ya lo sabéis, á mi triste ejercicio, á rezar.

Horacio. Todas esas palabras, señor, carecen de sentido y orden.

Hamlet. Mucho me pesa de haberos ofendido con ellas; sí, por cierto, me pesa en el alma.

Horacio. ¡Oh! señor, no hay ofensa ninguna.

Hamlet. Sí, por San Patricio (29) que sí la hay, y muy grande, Horacio... En cuanto á la aparición... es un difunto venerable... sí, yo os lo aseguro... Pero reprimid cuanto os fuese posible el deseo de saber lo que ha pasado entre él y yo. ¡Ah, mis buenos amigos! Yo os pido, pues sois mis amigos y mis compañeros en el estudio y en las armas, que me concedáis una corta merced.

Horacio. Con mucho gusto, señor; decid cuál sea.

Hamlet. Que nunca revelaréis á nadie lo que habéis visto esta noche.

Los dos. A nadie lo diremos.

Hamlet. Pero es menester que lo juréis.

Horacio. Os doy mi palabra de no decirlo.

Marcelo. Yo os prometo lo mismo.

Hamlet. Sobre mi espada.

Marcelo. Ved que ya lo hemos prometido.

Hamlet. Sí, sí, sobre mi espada (30).

La sombra. Juradlo.

(Se oirá la voz de la sombra, que suena á varias distancias debajo de tierra. Hamlet y los demás, horrorizados, mudan de situación, según lo indica el diálogo.)

Hamlet. ¡Ah! ¿eso (31) dices?... ¿Estás ahí, hombre de bien?... Vamos, ya le oís hablar en lo profundo. ¿Queréis jurar?

Horacio. Proponed la fórmula.

Hamlet. Que nunca diréis lo que habéis visto. Juradlo por mi espada.

La sombra. Juradlo.

Hamlet. *¿Hic et ubique?* Mudaremos de lugar. Señores, acercaos aquí; poned otra vez las manos en mi espada, y jurad por ella que nunca diréis nada de esto que habéis oido y visto.

La sombra. Juradlo por su espada.

Hamlet. Bien has dicho, topo viejo, bien has dicho... Pero ¿cómo puedes taladrar con tal prontitud los senos de la tierra, diestro minador? Mudemos otra vez de puesto, amigos.

Horacio. ¡Oh! Dios de la luz y de las tinieblas; ¡qué extraño prodigio es este!

Hamlet. Por eso como á un (32) extraño debéis hospedarle y tenerle oculto. Ello es, Horacio, que en el cielo y en la tierra hay más de lo que puede soñar tu filosofía. Pero venid acá y, como antes dije, prometedme (así el cielo os haga felices) que por más (33) singular y extraordinaria que sea de hoy más mi conducta (puesto que acaso juzgaré á propósito afectar un proceder del todo extravagante), nunca vosotros al verme así daréis nada á entender, cruzando los brazos de esta manera ó haciendo con la cabeza este movimiento, ó con frases inequívocas como, sí, sí, nosotros sabemos: nosotros pudiéramos si quisiéramos... si gustáramos de hablar; hay tanto que decir en eso; pudiera ser que... ó en fin, cualquiera otra expresión ambigua, semejante á estas, por donde se infiera que vosotros sabéis algo de mí. Juradlo; así en vuestras necesidades os asista el favor de Dios. Juradlo.

La sombra. Jurad.

Hamlet. Descansa, descansa, agitado espíritu. Señores, yo me recomiendo á vosotros con la mayor instancia, y creed que por más infeliz que Hamlet se halle, Dios querrá que no le falten medios para manifestaros la estimación y amistad que os profesa. Vámonos. Poned el dedo en la boca, yo os lo ruego... La naturaleza está en desorden... ¡Iniquidad execrable! ¡Oh! ¡Nunca yo hubiera nacido para castigarla! Venid, vámonos juntos.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA (1)

Sala en casa de Polonio

POLONIO Y REINALDO

Polonio. Reinaldo, entrégale este dinero y estas cartas. *(Le da un bolsillo y unas cartas).*

Reinaldo. Así lo haré, señor.

Polonio. Sería un admirable golpe (2) de prudencia, que antes de verle te informaras de su conducta.

Reinaldo. En eso mismo estaba yo.

Polonio. Sí, es muy buena idea, muy buena. Mira, lo primero has de averiguar qué dinamarqueses hay en París, y cómo, en qué términos, con quién y en dónde están, á quién tratan, qué gastos tienen; y sabiendo por estos rodeos y preguntas indirectas que conocen á mi hijo, entonces ve en derecho á tu objeto, encaminando á él en particular tus indagaciones. Haz como si le conocieras de lejos, diciendo: sí, conozco á su padre, y á algunos amigos suyos, y aun á él un poco... ¿Lo has entendido?

Reinaldo. Sí, señor, muy bien.

Polonio. Sí, le conozco un poco; pero... has de añadir entonces) pero no le he tratado. Si es el que yo creo, á fe que es bien calavera; inclinado á tal ó tal vi-

cio... y luego dirás de él cuanto quieras fingir; digo, pero que no sean cosas tan fuertes que puedan deshonrarle. Cuidado con eso: Habla solo de aquellas travesuras, aquellas locuras y extravíos comunes á todos, que ya se reconocen por compañeros inseparables de la juventud y la libertad.

Reinaldo. Como el jugar, ¿eh?

Polonio. Sí, el jugar, beber, esgrimir, jurar, disputar... Hasta esto bien puedes alargarte.

Reinaldo. Y aun con eso hay harto para quitarle el honor.

Polonio. No por cierto; además, que todo depende del modo con que le acuses. No debes achacarle delitos escandalosos, ni pintarle como un joven abandonado enteramente á la disolución; no, no es esa mi idea. Has de insinuar sus defectos con tal arte, que parezcan nulidades producidas de falta de sujeción y no otra cosa, extravíos de una imaginación ardiente, ímpetus nacidos de la efervescencia general de la sangre.

Reinaldo. Pero, señor...

Polonio. ¡Ah!, tú querrás saber con qué fin debes hacer esto, ¿eh?

Reinaldo. Gustaría de saberlo.

Polonio. Pues, señor, mi fin es este, y creo que es proceder con mucha cordura. Cargando estas pequeñas faltas sobre mi hijo (como ligeras manchas de una obra preciosa), ganarás por medio de la conversación la confianza de aquel á quien pretendas examinar. Si él está persuadido de que el muchacho tiene los mencionados vicios que tú le imputas, no dudes que él convenga con tu opinión, diciendo: Señor mío, ó amigo, ó caballero... en fin, según el título ó dictado de la persona ó del país...

Reinaldo. Sí, ya estoy.

Polonio. Pues entonces él dice... (3) dice... ¿Qué iba yo á

decir ahora?... Algo iba yo á decir. ¿En qué estábamos?

Reinaldo. En que él concluiría diciendo al amigo ó al caballero...

Polonio. Sí, concluirá diciendo... es verdad... así te dirá precisamente: Es verdad, yo conozco á ese mozo, ayer le ví, ó cualquier otro día, ó en tal y tal ocasión, con este ó con aquel sujeto; y allí, como habéis dicho, le ví que jugaba, allá le encontré en una comilona, acullá en una quimera sobre el juego de pelota, y (puede ser que añada) le he visto entrar en una casa pública, *videlicet*, en un burdel, ó cosa tal. ¿Lo entiendes ahora? Con el anzuelo de la mentira poseerás la verdad, que así es como nosotros los que tenemos talento y prudencia solemos conseguir por indirectas el fin directo, usando de artificios y disimulación. Así lo harás con mi hijo, según la instrucción y advertencias que acabo de darte. ¿Me has encendido?

dido?

Reinaldo. Sí, señor, quedo enterado.

Polonio. Pues adiós, buen viaje.

Reinaldo. Señor...

Polonio. Examina por tí mismo sus inclinaciones.

Reinaldo. Así lo haré.

Polonio. Dejándole que obre libremente.

Reinaldo. Está bien, señor.

Polonio. Adiós.

ESCENA II

POLONIO Y OFELIA

Polonio. Y bien, Ofelia; ¿qué hay de nuevo?

Ofelia. ¡Ay, señor, que he tenido un susto muy grande!

Polonio. ¿Con qué motivo? Por Dios que me lo digas.

Ofelia. Yo estaba haciendo (4) labor en mi cuarto, cuando el príncipe Hamlet, la ropa desceñida, sin sombrero en la cabeza, sucias las medias, sin atar, caídas hasta los pies, pálido como su camisa, las piernas trémulas, el semblante triste como si hubiera salido del infierno para anunciar horror... se presenta delante de mí.

Polonio. Loco, sin duda por tus amores, ¿eh?

Ofelia. Yo, señor, no lo sé; pero en verdad lo temo.

Polonio. ¿Y qué te dijo?

Ofelia. Me asió una mano y me la apretó fuertemente. Apartóse después á la distancia de su brazo, y poniendo así la otra mano sobre su frente, fijó la vista en mi rostro recorriéndole con atención. como si hubiese de retratarle. De este modo permaneció largo rato, hasta que por último sacudiéndome ligeramente el brazo y moviendo tres veces la cabeza abajo y arriba, exhaló un suspiro tan profundo y triste, que pareció deshacérsele en pedazos el cuerpo y dar fin á su vida. Hecho esto, me dejó, y levantada la cabeza comenzó á andar, sin valerse de los ojos para hallar el camino; salió de la puerta sin verla, y al pasar por ella fijó la vista en mí.

Polonio. Ven conmigo; quiero ver al Rey. Ese es un verdadero éxtasis de amor, que siempre fatal así mismo en su exceso violento, inclina la voluntad á empresas temerarias, más que ninguna otra pasión de cuantas debajo del cielo combaten nuestra naturaleza. Mucho siento este accidente. Pero dime, ¿le has tratado con dureza en estos últimos días?

Ofelia. No, señor; solo en cumplimiento de lo que mandásteis, le he devuelto sus cartas, y me he negado á sus visitas.

Polonio. Y eso basta por haberle trastornado así. Me pesa no haber juzgado con más acierto de su pasión.

Yo temí que era solo un artificio suyo para perderte... ¡Sospecha indigna! ¡Eh! Tan (5) propio parece de la edad anciana pasar más allá de lo justo en sus conjeturas, como lo es en la juventud la falta de previsión. Vamos, vamos á ver al Rey. Conviene que lo sepa. Si le callo este amor sería más grande el sentimiento que pudiera causarle teniéndole oculto, que el disgusto que recibirá al saberlo. Vamos.

ESCENA III

Salón de Palacio

CLAUDIO, GERTRUDIS, RICARDO, GUILLERMO Y ACOMPAÑAMIENTO

Claudio. Bien venido (6), Guillermo; y tú también, querido Ricardo. Además de lo mucho que se me dilataba el veros, la necesidad que tengo de vosotros me ha determinado á solicitar vuestra venida. Algo habéis oido ya de la transformación de Hamlet. Así puedo llamarla, puesto que ni en lo interior ni en lo exterior se parece nada al que antes era; ni llego á imaginar qué otra causa haya podido privarle así de la razón, si ya no es la muerte de su padre. Yo os ruego á entrambos, pues desde la primera infancia os habéis criado con él, y existe entre vosotros aquella intimidad nacida de la igualdad en los años y el genio, que tengais á bien deteneros en mi corte algunos días. Acaso el trato vuestro restablecerá su alegría; y aprovechando las ocasiones que se presenten, vez cuál sea la ignorada aflicción que así le consume, para que descubriéndola procuremos su alivio.

Gertrudis. Él ha hablado mucho de vosotros, mis buenos

señores, y estoy segura de que no se hallarán otros dos sujetos á quienes él profese mayor cariño. Si tanta fuese vuestra bondad, que gustéis de pasar con nosotros algún tiempo para contribuir al logro de mi esperanza, vuestra asistencia será remunerada como corresponde al agradecimiento de un Rey.

Ricardo. VV. MM. tienen soberana autoridad en nosotros, y en vez de rogar deben mandarnos.

Guillermo. Uno y otro obedeceremos, y postramos á vuestros pies, con el más puro afecto, el celo de serviros que nos anima.

Claudio. Muchas gracias, cortés Guillermo. Gracias, Ricardo.

Gertrudis. Os quedo muy agradecida, señores, y os pido que veais cuanto antes á mi doliente hijo. *(A los criados).* Conduzca alguno de vosótros á estos caballeros adonde Hámlet se halle.

Guillermo. Haga el cielo que nuestra compañía y nuestros conatos puedan serle agradables y útiles.

Gertrudis. Sí. Amén.

ESCENA IV

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO Y ACOMPAÑAMIENTO

Polonio. Señor, los embajadores (7) enviados á Noruega han vuelto ya en extremo contentos.

Claudio. Siempre has sido tú padre de buenas nuevas.

Polonio. ¡Oh! sí, ¿no es verdad? Y os puedo asegurar, venerado señor, que mis acciones y mi corazón no tienen otro objeto que el servicio de Dios y el de mi Rey; y si este talento mío no ha perdido enteramente aquel seguro olfato con que supo siempre rastrear asuntos políticos, pienso haber

descubierto ya la verdadera causa de la locura del príncipe.

Claudio. Pues dínosla, que estoy impaciente de saberla.

Polonio. Será bien que deis primero audiencia á los embajadores; mi informe servirá de postres á este gran festín.

Claudio. Tú mismo puedes ir á cumplimentarlos é introducirlos. *(Váse Polonio.)* Dice que ha descubierto, amada Gertrudis, la caúsa verdadera de la indisposición de tu hijo.

Gertrudis. ¡Ah! yo dudo que él tenga otra mayor que la muerte de su padre, y nuestro acelerado casamiento.

Claudio. Yo sabré examinarle.

ESCENA V

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, VOLTIMAN, CORNELIO Y ACOMPAÑAMIENTO

Claudio. Bien venidos, amigos. Dí, Voltiman, ¿qué, respondió nuestro hermano el Rey de Noruega?

Voltiman. Corresponde con la más sincera amistad á vuestras atenciones y á vuestro ruego. Así que llegamos mandó suspender los armamentos que hacía su sobrino, fingiendo ser preparativos contra el polaco; pero mejor informado después, halló ser cierto que se dirigían en ofensa vuestra. Indignado de que abusaran así de la impotencia á que le han reducido su edad y sus males, envió estrechas órdenes á Fortimbrás, que sometiéndose prontamente á las reprensiones del tío, le ha jurado por último que nunca más tomará las armas contra V. M. Satisfecho de este procedimiento el anciano Rey, le señala sesenta mil escudos anuales, y le permite emplear contra Polonia las

tropas que había levantado. A este fin os ruega concedáis paso libre por vuestros estados al Ejército prevenido para tal empresa, bajo las condiciones de recíproca seguridad, expresadas aquí.

(Saca unos papeles y se los dá á Claudio.)

Claudio. Está bien; leeré en tiempo más oportuno sus proposiciones y reflexionaré lo que debo en este caso responderle. Entre tanto os doy gracias por el feliz desempeño de vuestro encargo. Descansad A la noche seréis conmigo en el festín. Tendré gusto de veros.

ESCENA VI

CLAUDIO, GERTRUDIS Y POLONIO

Polonio. Este asunto se ha concluido muy bien. *(Claudio hace una seña, y se retira el acompañamiento.)* Mi soberano (8), y vos, señora: explicar lo que es la dignidad de un monarca, las obligaciones del vasallo, porque el día es día, noche la noche y tiempo el tiempo, sería gastar inútilmenta el día, la noche y el tiempo. Así, pues, como (9) quiera que la gravedad es el alma del talento, y que nada hay más enfadoso que los rodeos y perífrasis..., seré muy breve. Vuestro noble hijo está loco; y le llamo loco, porque, si en rigor se examina, ¿qué otra cosa es la locura sino estar enteramente loco? Pero dejando esto aparte.

Gertrudis. Al caso, Polonio, al caso, y menos artificios.

Polonio. Yo os prometo, señora, que no me valgo de artificio alguno ¡es cierto que él está loco! es cierto que es lástima, y es lástima que sea cierto; pero dejemos á un lado esta pueril antítesis, que no quiero usar de artificios. Convengamos, pues, en

que está loco, y ahora falta descubrir la causa de este efecto, ó por mejor decir, la causa de este defecto; porque este defecto defectuoso nace de una causa, y así resta considerar lo restante. Yo tengo una hija... la tengo mientras es mía; que en prueba de su respecto y sumisión... notad lo que os digo... me ha entregado esta carta. *(Saca una carta y lee en ella los pedazos que indica el diálogo.)* Ahora resumid los hechos y sacaréis la consecuencia. *Al ídolo celestial de mi alma, á la sin par Ofelia...* Esta es una alta frase... una falta de frase sin par. Es una falta de frase; pero oid lo demás. *Estas letras destinadas á que tu blanco y hermoso pecho las guarde: estas...*

Gertrudis. ¿Y esa carta se la ha enviado Hamlet?

Polonio. ¡Bueno por cierto! Esperad un poco, seré muy fiel.

Duda que son de fuego las estrellas,
Duda si al sol el movimiento falta,
Duda lo cierto, admite lo dudoso;
Pero no dudes de mi amor las ansias.

Estos versos aumentan mi dolor, querida Ofelia; ni sé tampoco expresar mis penas con arte; pero cree que te amo en extremo, con el mayor extremo posible. Adiós. Tuyo siempre, mi adorada niña, mientras esta máquina exista.—Hamlet.

Mi hija, en fuerza de su obediencia, me ha hecho ver esta carta, y además me ha contado las solicitudes del príncipe, según han ocurrido, con todas las circunstancias del tiempo, el lugar y el modo.

Claudio. Y ella ¿cómo ha recibido su amor?

Polonio. ¿En qué opinión me tenéis?

Claudio. En la de un hombre honrado y veraz.

Polonio. Y me complazco en probaros que lo soy. Pero, ¿qué hubierais pensado de mí, si cuando he vis-

to que tomaba vuelo ese ardiente amor... porque os puedo asegurar que aun antes que mi hija me hablase, ya lo había yo advertido... ¿qué hubiera pensado de mí V. M. y la Reina que está presente, si hubiera tolerado este galanteo? ¿Si haciéndome violencia á mí propio hubiera permanecido silencioso y mudo, mirándolo con indiferencia? ¿Qué hubierais pensado de mí? No, señor, yo he ido en derechura al asunto, y la dije á la niña, ni más ni menos: Hija, el Sr. Hamlet es un príncipe muy superior á tu esfera... Esto no debe pasar adelante. Y después la mandé que se encerrase en su estancia, sin admitir recados ni recibir presentes. Ella ha sabido aprovecharse de mis preceptos, y el príncipe... (para abreviar la historia) al verse desdeñado, comenzó á padecer melancolías, después inapetencia, después vigilias, después debilidad, después aturdimiento y después (por una graduación natural) la locura que le saca fuera de sí y que todos nosotros lloramos.

Claudio. ¿Creeis, señora, que esto haya pasado así?

Gertrudis. Me parece bastante probable.

Polonio. ¿Ha sucedido alguna vez... (tendría gusto de saberlo) que yo haya dicho positivamente, esto hay, y que haya resultado lo contrario?

Claudio. No se me acuerda.

Polonio. Pues separadme ésta de éste, *(Señalando la cabeza y el cuello)* si otra cosa hubiere en el asunto... ¡Ah! por poco que las circunstancias me ayuden, yo descubriré la verdad donde quiera que se oculte, aunque el centro de la tierra la sepultara.

Claudio. ¿Y cómo te parece que pudiéramos hacer nuevas indagaciones?

Polonio. Bien sabéis que el príncipe suele pasearse algunas veces por esa galería cuatro horas enteras.

Gertrudis. Es verdad, así suele hacerlo.

Polonio. Pues cuando él venga, yo haré que mi hija le salga al paso. Vos y yo nos ocultaremos detrás de los tapices. para observar lo que hace al verla. Si él no la ama y no es esta la causa de haber perdido el juicio, despedidme de vuestro lado y de vuestra corte, y enviadme á una alquería á guiar un arado.

Claudio. Sí, yo lo quiero averiguar.

Gertrudis. Pero, ¿vêis? (10) ¡Qué lástima! Leyendo viene el infeliz.

Polonio. Retiraos, yo os lo suplico: retiraos entrambos, que le quiero hablar si me dais licencia.

ESCENA VII

POLONIO Y HAMLET

Polonio. ¿Cómo os va, mi buen señor?

(Hamlet sale leyendo un libro.)

Hamlet. Bien, á Dios gracias.

Polonio. ¿Me conoceis?

Hamlet. Perfectamente. Tú vendes peces.

Polonio. ¿Yo? No, señor.

Hamlet. Así fueras honrado.

Polonio. ¿Honrado decís?

Hamlet. Sí, señor, que lo digo. El ser honrado, según va el mundo, es lo mismo que ser escogido uno entre diez mil.

Polonio. Todo eso es verdad.

Hamlet. Pues no la dejes pasear al sol. La concepción es una bendición del cielo, pero no del modo en que tu hija podrá concebir. Cuida de esto, amigo.

Polonio. Pero ¿qué quereis decir con eso? Siempre está pensando en mi hija. No obstante, al principio no me conoció... Djio que vendo peces... ¡Está rematado, rematado!... Y en verdad que yo también

siendo mozo, me ví muy trastornado por el amor... casi tanto como él. Quiero hablarle otra vez. ¿Qué estais leyendo?

Hamlet. Palabras, palabras, todo palabras.

Polonio. ¿Y de qué se trata?

Hamlet. ¿Entre quién?

Polonio. Digo que de qué trata el libro que leeis.

Hamlet. De calumnias. Aquí dice (12) el malvado satírico que los viejos tienen la barba blanca, las caras con arrugas, que vierten de sus ojos ámbar abundante y goma de ciruela, que padecen gran debilidad de piernas y mucha falta de entendimiento. Todo lo cual, señor mío, aunque yo plena y eficazmente lo creo, con todo eso, no me parece bien hallarlo afirmado en tales términos; porque al fin vos seríais sin duda tan jóven como yo, si os fuera posible andar hacia atrás como el cangrejo.

Polonio. Aunque todo esto es locura, no deja de observar método en lo que dice. ¿Quereis venir, señor, adonde no os dé el aire?

Hamlet. ¿Adónde? ¿A la sepultura?

Polonio. Cierto que allí no da el aire. ¡Con qué agudeza responde siempre! Estos golpes felices son frecuentes en la locura, cuando en el estado de razón y salud tal vez no se logran. Voile á dejar, y disponer al instante el careo entre él y mi hija. Señor, si me dais licencia de que me vaya...

Hamlet. No me puedes pedir cosa que con más gusto te conceda, exceptuando la vida, eso sí, sxceptuando la vida.

Polonio. Adiós, señor.

Hamlet. ¡Fastidiosos y extravagantes viejos!

Polonio. *(A Guillermo y Ricardo, que salen por donde él se van.)* Si buscais al príncipe, vedle ahí.

ESCENA VIII

HAMLET, RICARDO Y GUILLERMO

Ricardo. Buenos días, señor.

Guillermo. Dios guarde á V. A.

Ricardo. Mi venerado príncipe.

Hamlet. ¡Oh, buenos amigos! ¿Cómo va? ¡Guillermo, Ricardo, guapos mozos! ¿Cómo va? ¿Qué se hace de bueno?

Ricardo. Nada, señor: pasamos una vida muy indiferente.

Guillermo. Nos creemos felices en no ser demasiado felices. No, no servimos de airon al tocado de la fortuna.

Hamlet. ¿Ni de suelas á su calzado?

Ricardo. Ni uno ni otro.

Hamlet. En tal caso (13) estareis colocados hacia su cintura; allí es el centro de los favores.

Guillermo. Cierto, como privados suyos

Hamlet. Pues allí en lo más oculto .. ¡Ah! dices bien, ella es una prostituta... ¿Qué hay de nuevo?

Ricardo. Nada, sino que ya los hombres van siendo buenos.

Hamlet. Señal que el día del juicio va á venir pronto. Pero vuestras noticias no son ciertas... Permitid que os pregunte más particularmente: ¿por qué delitos os ha traido aquí vuestra mala suerte á vivir en prisión?

Guillermo. ¿En prisión decís?

Hamlet. Sí: Dinamarca es una carcel.

Ricardo. También el mundo lo será.

Hamlet. Y muy grande, con muchas guardas, encierros y calabozos; y Dinamarca es uno de los peores.

Ricardo. Nosotros no éramos de esa opinión.

Hamlet. Para vosotros podrá no serlo, porque nada hay

bueno ni malo sino en fuerza de nuestra fantasía. Para mí es una verdadera cárcel.

Ricardo. Será vuestra ambición la que os le figura tal: la grandeza de vuestro ánimo le hallará estrecho.

Hamlet. ¡Oh, Dios mío! Yo pudiera estar encerrado en la cáscara de una nuez, y creerme soberano de un estado inmenso... Pero estos sueños terribles me hacen infeliz.

Ricardo. Todos esos sueños son ambición, y todo cuanto al ambicioso le agita no es más que la sombra de un sueño.

Hamlet. El sueño en sí no es más que una sombra.

Ricardo. Ciertamente, y yo considero la ambición por tan ligera y vana, que me parece la sombra de una sombra.

Hamlet. De donde resulta que los mendigos son cuerpos, y los monarcas y héroes agigantados, sombras de los mendigos... Iremos un rato á la corte, señores, porque á la verdad no tengo la cabeza para discurrir.

Los dos. Os iremos sirviendo.

Hamlet. ¡Oh!, no se trate de eso. No os quiero confundir con mis criados, que, á fe de hombre de bien, me sirven indignamente. Pero decidme, por nuestra amistad antigua, ¿qué hacéis en Elsingor?

Ricardo. Señor, hemos venido únicamente á veros.

Hamlet. Tan pobre soy, que aun de gracias estoy escaso: no obstante, agradezco vuestra fineza... Bien que os puedo asegurar que mis gracias, aunque se paguen á ochavo, se pagan mucho. ¿Y quién os ha hecho venir? ¿Es libre esta visita? ¿Me la hacéis por vuestro gusto propio? Vaya, habladme con franqueza; vaya, decídmelo.

Guillermo. ¿Y qué os hemos de decir, señor?...

Hamlet. Todo lo que haya acerca de esto. A vosotros os envían sin duda, y en vuestros ojos hallo una es-

pecie de confesión, que toda vuestra reserva no puede desmentir. Yo sé que el bueno del Rey y también la reina os han mandado que vengais.

Ricardo. Pero ¿á qué fin?

Hamlet. Eso es lo que debeis decirme. Pero os pido por los derechos de nuestra amistad, por la conformidad de nuestros años juveniles, por las obligaciones de nuestro no interrumpido afecto, por todo aquello, en fin, que sea para vosotros más grato y respetable, que me digais con sencillez la verdad. ¿Os han mandado venir, ó no?

Ricardo. *(Mirando á Guillermo.)* ¿Qué dices tú?

Hamlet. Ya os he dicho que lo estoy viendo en vuestros ojos: si me estimais de veras, no hay que desmentirlos.

Guillermo. Pues, señor, es cierto; nos han hecho venir.

Hamlet. Y yo os voy á decir el motivo; así me anticiparé á vuestra propia confesión, sin que la fidelidad que debeis al Rey y la Reina quede por vosotros ofendida. Yo he perdido de poco tiempo á esta parte, sin saber la causa, toda mi alegría, olvidando mis ordinarias ocupaciones; y este accidente ha sido tan molesto á mi salud, que la tierra, esa divina máquina, me parece un promontorio estéril; ese dosel magnífico de los cielos, ese hermoso firmamento que veis sobre nosotros, esa techumbre majestuosa sembrada de doradas luces, no otra cosa me parece que una desagradable y pestífera multitud de vapores. ¡Qué admirable es la fábrica del hombre! ¡Qué nobleza su razón! ¡Qué infinitas sus facultades! ¡Qué expresivo y maravilloso en su forma y sus movimientos! ¡Qué semejante á un ángel en sus acciones! Y en su espíritu, ¡qué semejante á Dios! El es, sin duda, lo más hermoso de la tierra, el más perfecto de todos los animales. Pues no obstante, ¿qué juzgais que es en mi estimación ese purifi-

cado? El hombre no me deleita... ni menos la mujer... Bien que ya veo en vuestra sonrisa que aprobais mi opinión.

Ricardo. En verdad, señor, que no habéis acertado mis ideas.

Hamlet. Pues ¿por qué te reías cuando dije que no me deleita el hombre?

Ricardo. Me reí al considerar, puesto que los hombres no os deleitan, qué comidas de cuaresma daréis á los cómicos que hemos hallado en el camino, y están ahí deseando emplearse en el servicio vuestro.

Hamlet. El que hace de rey sea muy bien venido; Su Majestad recibirá mis obsequios como es de razón; el arrojado caballero sacará á lucir su espada y su broquel, el enamorado no suspirará de balde, el que hace de loco acabará su papel en paz, el patán dará aquellas risotadas con que sacude los pulmones árido, y la dama expresará libremente su pasión, ó las interrupciones del verso hablarán por ella. ¿Y qué cómicos son?

Ricardo. Los que más os agradan regularmente. La compañía trágica de nuestra ciudad.

Hamlet. ¿Y por qué andan vagando así? ¿No les sería mejor para su reputación y sus intereses establecerse en alguna parte?

Ricardo. Creo que los (14) últimos reglamentos se lo prohiben.

Hamlet. ¿Son hoy tan bien recibidos como cuando yo estuve en la ciudad? ¿Acude siempre el mismo concurso?

Ricardo. No, señor, no por cierto.

Hamlet. ¿Y en qué consiste? ¿Se han echado á perder?

Ricardo. No, señor. Ellos han procurado seguir siempr su acostumbrado método; pero hay aquí un cría de (15) chiquillos, vencejos, chillones, qu gritando en la declamación fuera de propósit

son por esto mismo palmoteados hasta el exceso. Esta es la diversión del día; y tanto han denigrado los espectáculos ordinarios (como ellos los llaman), que muchos caballeros de espada en cinta, atemorizados de las plumas de ganso de este teatro, rara vez se atreven á poner el pie en los otros.

Hamlet. ¡Oiga! ¿Con que son muchachos? ¿Y quién los sostiene? ¿Qué sueldo les dan? ¿Abandonarán el ejercicio cuando pierdan la voz para cantar? Y cuando tengan que hacerse cómicos ordinarios, como parece verosímil que suceda, si carecen de otros medios, ¿no dirán entonces que sus compositores los han perjudicado, haciéndoles declamar contra la profesión misma que han tenido que abrazar después?

Ricardo. Lo cierto es que han ocurrido ya muchos disgustos por ambas partes, y la nación ve sin escrúpulo continuarse la discordia entre ellos. Ha habido tiempo en que el dinero de las piezas no se cobraron hasta que el poeta y el cómico reñían y se hartaban de bofetones.

Hamlet. ¿Es posible?

Guillermo. ¡Oh, si lo es! Como que ha habido ya muchas cabezas rotas.

Hamlet. Y qué, ¿los chicos han vencido en esas peleas?

Ricardo. Cierto que sí, y se hubieran burladc del mismo Hércules con maza y todo.

Hamlet. No es extraño. Ya veis mi tío, rey de Dinamarca. Los que se mofaban de él mientras vivió mi padre, ahora dan veinte, cuarenta, cincuenta y aun cien ducados por su retrato de miniatura. En esto hay algo que es más que natural, si la filosofía pudiera descubrirlo.

Guillermo. Ya están ahí los cómicos.

Hamlet. Pues, caballeros, muy bien venidos á Elsingor; acercaos aquí, dadme las manos. Las señales de

una buena acogida consisten por lo común en ceremonias y cumplimientos; pero permitid que os trate así, porque os hago saber que yo debo recibir muy bien á los cómicos en lo exterior, y no quisiera que las distinciones que á ellos les haga pareciesen mayores que las que os hago á vosotros. Bien venidos... Pero, mi tío padre, y mi madre tía, á fe â fe, que se equivocan mucho.

Guillermo. ¿En qué, señor?

Hamlet. Yo no estoy loco sino cuando sopla el nordeste; pero cuando corre el sur, distingo muy bien un huevo de una castaña.

ESCENA IX

DICHOS Y POLONIO

Polonio. Dios os guarde, señores.

Hamlet. Oye aquí, Guillermo, y tú también... un oyente á cada lado. ¿Veis aquel vejestorio que acaba de entrar? Pues aún no ha salido de mantillas.

Ricardo. O acaso habrá vuelto á ellas, porque, según se dice, la vejez es segunda infancia.

Hamlet. Apostaré que me viene á hablar de los cómicos; tened cuidado... Pues, señor, tú tienes razón; eso fué el lunes por la mañana, no hay duda.

Polonio. Señor, tengo que daros una noticia.

Hamlet. Señor, tengo que daros una noticia. *(Imitando la voz de Polonio.)* Cuando Roscio era actor en Roma...

Polonio. Señor, los cómicos han venido.

Hamlet. ¡Tuh! tuh! tuh!

Polonio. Como soy hombre de bien que sí.

Hamlet. Cada actor viene, caballero, en burro.

(Hamlet declama este verso en tono trágico y los que dice poco después.)

Polonio. Estos son los más excelentes actores del mundo, así en la tragedia (16) como en la comedia, historia ó pastoral, en lo cómico pastoral, histórico-pastoral, trágico-histórico, tragi-cómico-histórico-pastoral, escena (17) indivisible, poema ilimitado... ¡Qué! Para ellos ni Séneca es demasiado grave, ni Plauto es demasiado ligero, y en cuanto á las reglas de composición y á la franqueza cómica, estos son los únicos.

Hamlet. ¡Oh Jepté, juez de Israel!...
¡Qué tesoro poseiste!

Polonio. ¿Y qué tesoro era el suyo, señor?

Hamlet. ¿Qué tesoro?
No más que una hermosa hija
A quien amaba en extremo.

Polonio. Siempre pensando en mi hija.

Hamlet. ¿No tengo razón, anciano Jepté?

Polonio. Señor, si me llamais Jepté, cierto es que tengo una hija á quien amo en extremo.

Hamlet. ¡Oh! No es eso lo que se sigue.

Polonio. Pues ¿qué sigue, señor?

Hamlet. Esto:
No hay más suerte que Dios, ni más destino.
Y luego, ya sabes:
Que cuanto nos sucede él lo previno.
Lee la primera (18) línea de aquella devota canción, y ella sola te manifestará lo demás. Pero, ¿veis? Ahí vienen otros á hablar por mí.

ESCENA X

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO, POLONIO Y CUATRO CÓMICOS

Hamlet. Bien venidos, señores; me alegro de veros á todos tan buenos. Bien venidos... ¡Oh, oh, camarada antiguo! Mucho se te ha arrugado la cara

desde la última vez que te ví. ¿Vienes á Dinamarca á hacerme parecer viejo á mí también? ¡Y tú, mi niña, oiga! Ya eres una señorita; por la Virgen, que ya está vuesarced una cuarta más cerca del cielo desde que no la he visto. Dios (19) quiera que tu voz, semejante á una pieza de oro falso, no se descubra al echarla en el crisol. Señores, muy bien venidos todos. Pero amigos, yo voy en derechura al caso, y corro detrás del primer objeto que se me presenta, como halconero francés. Yo quiero al instante una relación. Sí, veamos alguna prueba de vuestra habilidad. Vaya un pasaje afectuoso.

Cómico 1.° ¿Y cuál queréis, señor?

Hamlet. Me acuerdo de haberte oído en otro tiempo una relación que nunca se ha representado al público, ó una sola vez cuando más... Sí, y me acuerdo también que no agradaba á la multitud; no era ciertamente manjar para el vulgo. Pero á mí me pareció entonces, y aun á otros cuyo dictamen vale más que el mío, una excelente pieza, bien dispuesta la fábula y escrita con elegancia y decoro. No faltó, sin embargo, quien dijo que no había en los versos toda la sal necesaria para sazonar el asunto, y que lo insignificante del estilo anunciaba poca sensibilidad en el autor; bien que no dejaban de tenerla por obra escrita con método, instructiva y elegante, y más brillante que delicada. Particularmente me gustó mucho en ella una relación que Eneas hace á Dido, y, sobre todo, cuanto habla de la muerte de Príamo. Si la tienes en la memoria... empieza por aquel verso... deja, deja, veré si me acuerdo.

Pirro feroz como la hircana tigre...

(Todos los versos de esta escena los dicen con declamación trágica).

No es este; pero empieza con Pirro... ¡ah!...

Pirro (20) feroz, con pavonadas armas,
Negras como su intento, reclinado
Dentro en los senos del caballo enorme,
A la lóbrega noche parecía.
Ya su terrible, ennegrecido aspecto
Mayor espanto da. Todo le tiñe
De la cabeza al pie caliente sangre
De ancianos y matronas, de robustos
Mancebos y de vírgenes, que abrasa
El fuego de inflamados edificios
En confuso montón; á cuya horrenda
Luz que despiden, el caudillo insano
Muerte y estrago esparce. Ardiendo en ira,
Cubierto de cuajada sangre, vuelve
Los ojos, al carbunclo semejantes,
Y busca, instado de infernal venganza,
Al viejo abuelo Príamo...
Prosigue tú.

Polonio. ¡Muy bien declamado, á fe mía! Con buen acento y bella expresión.

Cómico 1.° Al momento
Le ve lidiando, ¡resistencia breve!
Contra los griegos; su temida espada
Rebelde al brazo ya, le pesa inútil.
Pirro, de furias lleno, le provoca
A liza desigual; herirle intenta,
Y el aire solo del funesto acero
Postra al débil anciano. Y cual si fuese
A tanto golpe el Ilion sensible,
Al suelo desplomó sus techos altos,
Ardiendo en llamas, y al rumor suspenso.
Pirro... ¿Le veis? La espada que venía
A herir del teucro la nevada frente
Se detiene en los aires, y él inmoble,
Absorto y mudo y sin acción su enojo,
La imagen de un tirano representa
Que figuró el pincel. Mas como suele

Tal vez el cielo en tempestad obscura
Para su movimiento, de los aires
El ímpetu cesar, y en silenciosa
Quietud de muerte reposar el orbe,
Hasta que el trueno, con horror zumbando,
Rompe la alta región; así un instante
Suspensa fué la cólera de Pirro,
Y así, dispuesto á la venganza, el duro
Combate renovó. No más tremendo
Golpe en las armas de Mavorte eternas
Dieron jamás los cíclopes tostados,
Que sobre el triste anciano la cuchilla
Sangrienta dió del sucesor de Aquiles.
¡Oh fortuna falaz!... Vos, poderosos
Dioses, quitadla su dominio injusto;
Romped los rayos de su rueda y calces,
Y el eje circular desde el Olimpo
Caiga en pedazos del abismo al centro.

Polonio. Es demasiado largo.

Hamlet. Lo mismo dirá de tus barbas el barbero. Prosigue. Este solo gusta de ver bailar ó de oir cuentos de alcahuetas, ó si no se duerme. Prosigue con aquello de Hécuba.

Cómico 1.° Pero quien viese ¡oh vista dolorosa!
La mal ceñida reina...

Hamlet. ¡La mal ceñida Reina!

Polonio. Eso es bueno, mal ceñida Reina, ¡bueno!

Cómico 1.° Pero quien viese, ¡oh, vista dolorosa!
La mal ceñida Reina, el pie desnudo,
Girar de un lado al otro, amenazando
Extinguir con sus lágrimas el fuego...
En vez de vestidura rozagante
Cubierto el seno, harto fecundo un día,
Con las ropas del lecho arrebatadas
(Ni á más la dió lugar el susto horrible),
Rasgado un velo en su cabeza, donde
Antes resplandeció corona augusta...

¡Ay! quién la viese, á los supremos hados
Con lengua venenosa execraria.
Los dioses mismos, si á piedad les mueve
El linaje mortal, dolor sintieran
De verla, cuando al implacable Pirro
Halló esparciendo en trozos con su espada
Del muerto esposo los helados miembros.
Lo ve, y exclama con gemido triste,
Bastante á conturbar allá en su altura
Las deidades de olimpo, y los brillantes
Ojos del cielo humedecer en lloro.

Polonio. Ved cómo muda de color, y se le han saltado las lágrimas. No, no prosigáis.

Hamlent. Basta ya; presto me dirás lo que falta. Señor mío, es menester hacer que estos cómicos se establezcan, ¿lo entiendes? y agasajarlos bien. Ellos son sin duda el epítome histórico de los siglos, y más te valdrá tener después de muerto un mal epitafino, que una mala reputación entre ellos mientras vivas.

Polonio. Yo, señor, los trataré conforme á sus méritos.

Hamlet. ¡Qué cabeza esta! No, señor, mucho mejor. Si á los hombres se les hubiese de tratar según merecen, ¿quién escaparía de ser azotado? Trátalos como corresponde á tu nobleza y á tu propio honor; cuanto menor sea su mérito, mayor sea tu bondad. Acompáñalos.

Polonio. Venid, señores.

Hamlet. Amigos, id con él. Mañana habrá comedia. Oye aquí tú, amigo, dime, ¿no pudiérais representar *la muerte de Gonzago?*

Cómico 1.° Sí, señor.

Hamlet. Pues mañana á la noche quiero que se haga. ¿Y no podrías, si fuese menester, aprender de memoria unos doce ó diez y seis versos que quiero escribir é insertar en la pieza? ¿Podrás?

Cómico 1.° Sí, señor.

Hamlet. Muy bien; pues vete con aquel caballero, y cuenta no hagáis burla de él. Amigos, hasta la noche. Pasadlo bien.

Ricardo. Señor.

Hamlet. Id con Dios.

ESCENA XI

Hamlet. Ya estoy solo. ¡Qué abatido, qué insensible soy, ¿No es admirable que este actor, en un fábula, en una ficción, pueda dirigir tan á su placer el ánimo, que así agite y desfigure el rostro de la declamación, vertiendo de sus ojos lágrimas, débil la voz, y todas sus acciones tan acomodadas á lo que quiere expresar? Y esto por nadie: por Hécuba. ¿Y quién es Hécuba para él, ó él para ella, que así llora sus infortunios? Pues ¡qué no haría si él tuviese los tristes motivos de dolor que yo tengo! Inundaría el teatro con llanto, su terrible acento conturbaría á cuantos le oyesen, llenaría de desesperación al culpado, de temor al inocente, al ignorante de confusión, y sorprendería con asombro la facultad de los ojos y los oídos. ¡Pero yo, miserable, sin vigor y estúpido, sueño adormecido, permanezco mudo, y miro con tal indiferencia mis agravios! Qué, ¿nada merece un rey con quien se cometió el más atroz delito para despojarle del cetro y la vida? ¿Soy cobarde yo? ¿Quién se (21) atreve á llamarme villano, ó á insultarme en mi presencia, arrancarme la barba, soplármela al rostro, asirme de la nariz, ó hacerme tragar lejía que me llegue al pulmón? ¿Quién se atreve á tanto? ¿Sería yo capaz de sufrirlo? Sí, que no es posible sino que yo sea como la paloma, que carece de hiel, incapaz de acciones crueles; á no ser esto,

ya se hubieran cebado los milanos del aire en los despojos de aquel indigno, deshonesto, homicida, pérfido seductor, feroz malvado, que vive sin remordimientos de su culpa. Pero ¿por qué he de ser tan necio? ¿Será generoso proceder el mío, que yo, hijo de un querido padre (de cuya muerte alevosa el cielo y el infierno mismo me piden venganza), afeminado y débil desahogue con palabras el corazón, prorrumpa en execraciones vanas como una prostituta (22) vil ó un pillo de cocina? ¡Ah! no, ni aun solo imaginarlo, ¡Eh!... Yo he oído que tal vez asistiendo á una representación hombres muy culpados, han sido heridos en el alma con tal violencia por la ilusión del teatro, que á vista de todos han publicado sus delitos; que la culpa, aunque sin lengua, siempre se manifestará por medios maravillosos. Yo haré que estos actores representen delante de mi tío algún pasaje que tenga semejanza con la muerte de mi padre. Yo le heriré en lo más vivo del corazón, observaré sus miradas; si muda (23) de color, si se estremece, ya sé lo que me toca hacer. La aparición que ví pudiera ser un espíritu del infierno. Al demonio no le es difícil presentarse bajo la más agradable forma: sí, y acaso como él es tan poderoso sobre una imaginación perturbada, valiéndose de mi propia debilidad y melancolía. me engaña para perderme. Yo voy á adquirir pruebas más sólidas, y esta representación ha de ser el lazo en que se enrede la conciencia del rey.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Galería del Palacio

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, OFELIA, RICARDO, GUILLERMO

Claudio. ¿Y no os fué posible indagar en la conversación que con él tuvísteis, de qué nace aqnel desorden de espíritu que tan cruelmente altera su quietud con turbulencia y peligrosa demencia?

Ricardo. El mismo reconoce los extravíos de su razón, pero no ha querido manifestarnos el origen de ellos.

Guillermo. Ni le hallamos en disposición de ser examinado, porque siempre huye de la cuestión con un rasgo de locura, cuando ve que le conducimos al punto de descubrir la verdad.

Gertrudis. ¿Fuísteis bien recibidos de él?

Ricardo. Con mucha cortesía.

Guillermo. Pero se le conocía una cierta sujeción.

Ricardo. Preguntó poco, pero repondía á todo con prontitud.

Gertrudis. ¿Le habeis convidado para alguna diversión?

Ricardo. Sí, señora, porque casualmente habíamos encontrado una compañía de cómicos en el camino; se lo dijimos, y mostró complacencia al oirlo. Están ya en la corte, y creo que tienen orden de representarle esta noche una pieza.

Polonio. Asi es la verdad, y me ha encargado de suplicar á VV. MM. que asistan á verla y oirla.

Claudio. Con mucho gusto; me complace en extremo saber que tiene tal inclinación. Vosotros, señores, excitadle á ella, y aplaudid su propensión á este género de placeres.

Ricardo. Así lo haremos.

ESCENA II

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO Y OFELIA

Polonio. Paséate por aquí, Ofelia. Sí V. M. gusta, podemos ya ocultarnos. Haz que lees en este libro (*dándola un libro*): esta ocupación disculpará la soledad del sitio... ¡Materia es por cierto en que tenemos de que acusarnos! ¡Cuántas veces con el semblante de la devoción y la apariencia de acciones piadosas engañamos al diablo mismo!

Claudio. Demasiado cierto es... (*Ap.* ¡Qué cruelmente ha herido esa reflexión mi conciencia! El rostro de la meretriz, hermoseada con el arte, no es más feo despojado de los afeites, que lo es mi delito disimulado en palabras traidoras. ¡Oh, qué pesada carga me oprime!)

Polonio. Ya le siento llegar, señor; conviene retirarnos.

ESCENA IV

HAMLET Y OFELIA

(*Hamlet dirá este monólogo creyéndose solo. Ofelia á un extremo del teatro lee.*)

Hamlet. Existir (2) ó no existir, esta es la cuestión. ¿Cuál es más digna acción del ánimo: sufrir los tiros penetrantes de la fortuna injusta, ú oponer los brazos á este torrente de calamidades, y darlas fin con atrevida resistencia? Morir es dormir. ¿No más? ¿Y por un sueño, diremos, las aflicciones se acabaron y los dolores sin número, patrimonio de nuestra débil naturaleza?... Este es

un término que deberíamos solicitar con ansia. Morir es dormir... y tal vez soñar. Sí, y ved aquí el grande obstáculo; porque el considerar qué sueños podrán ocurrir en el silencio del sepulcro, cuando hayamos abandonado este despojo mortal, es razón harto poderosa para detenernos. Esta es la consideración que hace nuestra infelicidad tan larga. ¿Quién, si esto no fuese, aguantaría la lentitud de los tribunales, la insolencia de los empleados, las tropelias que recibe pacífico el mérito de los hombres más dignos, las angustias de un mal pagado amor, las injurias y quebrantos de la edad, la violencia de los tiranos, el desprecio de los soberbios, cuando el que esto sufre pudiera procurar su quietud con solo un puñal? ¿Quién podría tolerar tanta opresión, sudando, gimiendo bajo el peso de una vida molesta, si no fuese que el temor de que existe alguna cosa más allá de la muerte (aquel país desconocido, de cuyos límites ningún caminante torna) nos embaraza en dudas y nos hace sufrir los males que nos cercan, antes que ir á buscar otros de que no tenemos seguro conocimiento? Esta previsión nos hace á todos cobardes: así la natural tintura del valor se debilita con los barnices pálidos de la prudencia; las empresas de mayor importancia por esta sola consideración mudan camino, no se ejecutan, y se reducen á designios vanos. Pero .., ¡la hermosa Ofelia! ¡Graciosa niña, espero que mis defectos no serán olvidados en tus oraciones.

Ofelia. ¿Cómo os habéis sentido, señor, en todos estos días?

Hamlet. Muchas gracias. Bien.

Ofelia. Conservo en mi poder algunas expresiones vuestras que deseo restituiros mucho tiempo ha, y os pido que ahora las tomeis.

Hamlet. No, yo (3) nunca te dí nada.

Ofelia. Bien sabéis, señor, que os digo verdad... Y con ellas me disteis palabras de tan suave aliento compuestas, que aumentaron con extremo su valor; pero ya disipado aquel perfume, recibidlas, que un alma generosa considera como viles los más opulentos dones, si llega á entibiarse el efecto de quien los dió. Vedlos aquí.

(Presentándole algunas joyas. Hamlet rehusa tomarlas.)

Hamlet. ¡Oh! ¡oh! ¿Eres honesta?

Ofelia. Señor...

Hamlet. ¿Eres hermosa?

Ofelia. ¿Qué pretendéis decir con eso?

Hamlet. Que si eres honesta y hermosa, no debes consentir que tu honestidad trate con tu belleza.

Ofelia. ¿Puede acaso tener la hermosura mejor compañera que la honestidad?

Hamlet. Sin duda ninguna. El poder de la hermosura convertirá á la honestidad en una alcahueta, antes que la honestidad logre dar á la hermosura sú semejanza. En otro tiempo se tenía esto por una paradoja; pero en la edad presente es cosa probada... Yo te quería antes, Ofelia.

Ofelia. Así me lo dabais á entender.

Hamlet. Y tú no debieras haberme creído, porque nunca puede la virtud ingerirse tan perfectamente en nuestro endurecido tronco, que nos quite aquel resquemo original... Yo no te he querido nunca.

Ofelia. Muy engañada estuve.

Hamlet. Mira, vete á un convento: ¿para qué te has de exponer á ser madre de hijos pecadores? Yo soy medianamente bueno; pero al considerar algunas cosas de que puedo acusarme, sería mejor que mi madre no me hubiese parido. Yo soy muy soberbio, vengativo, ambicioso, con más pecados sobre mi cabeza que pensamientos para explicarlos, fantasía para darles forma, ni tiempo

para llevarlos á ejecución. ¿A qué fin los miserables como yo han de existir arrastrados entre el cielo y la tierra? Todos somos insignes malvados: no creas á ninguno de nosotros; vete, vete á un convento... ¿En dónde está tu padre?

Ofelia. En casa está, señor.

Hamlet. Sí; pues que cierren bien todas las puertas, para que si quiere hacer locuras las haga dentro de su casa. Adiós. *(Hace que se va, y vuelve.)*

Ofelia. ¡Oh mi buen Dios, favorecedle!

Hamlet. Si te casas, quiero darte esta maldición en dote, Aunque seas un hielo en la castidad, aunque seas tan pura como la nieve, no podrás librarte de la calumnia. Vete á un convento. Adiós. Pero.., escucha: si tienes necesidad de casarte, cásate con un tonto; porque los hombres avisados saben muy bien que vosotras los convertís en fieras... Al convento, y pronto. Adiós. *(Hace que se va y vuelve).*

Ofelia. ¡El cielo con su poder le alivie!

Hamlet. He oído hablar mucho de vuestros afeites y embelecos. La naturaleza os dió una cara y vosotras os haceis otra distinta. Con esos brinquillos, ese pasito corto, ese hablar aniñado, pasais por inocentes y convertís en gracia vuestros defectos mismos. Pero no hablemos más de esta materia, que me ha hecho perder la razón... Digo sólo que de hoy en adelante no habrá más casamientos; los que ya están casados (exceptuando uno) permanecerán así; los otros se quedarán solteros... Vete al convento, vete.

ESCENA V

Ofelia. ¡Oh, qué trastorno ha padecido ese alma generosa! La penetración del certesano, la lengua del

sabio, la espada del guerrero, la esperanza y delicias del estado, el espejo de la cultura, el modelo de la gentileza que estudiaban los más advertidos, todo, todo se ha aniquilado. Y yo, la más desconsolada é infeliz de las mujeres, que gusté algún día la miel de sus promesas suaves, veo ahora aquel noble y sublime entendimiento desacordado, como la campana sonora que se hiende, aquella incomparable presencia, aquel semblante de florida juventud, alterado con el frenesí. ¡Oh, cuánta, cuánta es mi desdicha de haber visto lo que ví, para ver ahora lo que veo

ESCENA VI

CLAUDIO, POLONIO Y OFELIA

Claudio. ¡Amor! ¡Qué! No van por ese camino sus afectos; ni en lo que ha dicho, aunque algo falto de orden, hay nada que parezca locura. Alguna idea tiene en el ánimo que cubre y fomenta su melancolía, y recelo que ha de ser un mal el fruto que produzca. A fin de prevenirlo, he resuelto que salga prontamente para Inglaterra á pedir en mi nombre los atrasados tributos. Acaso el mar y los países diferentes podrán con la variedad de objetos alejar esta pasión que le ocupa, sea lo que fuere, sobre la cual su imaginación sin cesar golpea. ¿Qué te parece?

Polonio. Que asi es lo mejor. Pero yo creo, no obstante, que el origen y principio de su aflicción provengan de un amor mal correspondido. Tú, Ofelia, no hay para qué nos cuentes lo que ha dicho el príncipe, que todo lo hemos oído.

ESCENA VII

CLAUDIO Y POLONIO

Polonio. Haced lo que os parezca, señor; pero si lo juzgais á propósito, sería bien que la reina retirada á solas con él, luego que se acabe el espectáculo, le inste á que la manifieste sus penas, hablándodole con entera libertad. Yo, si lo permitís, me pondré en paraje de donde pueda oir toda la conversación. Si no logra su madre descubrir este arcano, enviadle á Inglaterra, ó desterradle adonde vuestra prudencia os dicte.

Claudio. Así se hará. La locura de los poderosos debe ser examinada con escrupulosa atención.

ESCENA VIII

Salón del Palacio

(El salón estará iluminado; habrá asientos que formen semicírculo para el concurso que ha de asistir al espectáculo. Ha de haber en el foro una gran puerta con pabellones y cortina, por donde saldrán á su tiempo los actores que deben representar.)

HAMLET Y DOS CÓMICOS

Hamlet. Dirás (4) este pasaje en la forma que te le he declamado yo: con soltura de lengua, no con voz desentonada, como lo hacen muchos de nuestros cómicos; más valdría entonces dar mis versos al pregonero para que los dijese. Ni manotees así acuchillando el aíre; moderación en todo, puesto que aun en el torrente, la tempestad, y por me-

jor decir, el huracán de las pasiones, se debe conservar aquella templanza que hace suave y elegante la expresión. A mí me desazona en extremo ver á un hombre muy cubierta la cabeza con su cabellera, que á fuerza de gritos estropea los afectos que quiere esprimir, y rompe y desgarra los oídos del vulgo rudo, que solo gusta de gesticulaciones insignificantes y de estrépito. Yo mandaría azotar á un energúmeno de tal especie, Herodes de farsa, más furioso que el mismo Herodes. Evita, evita este vicio.

Cómico. 1.° Así os lo prometo.

Hamlet. Ni seas tampoco demasiado frío; tu misma prudencia debe guiarte. La acción debe corresponder á la palabra, y ésta á la acción, cuidando siempre de no atropellar la simplicidad de la naturaleza. No hay defecto que más se oponga al fin de la representación, que desde el principio hasta ahora ha sido y es ofrecer á la naturaleza un espejo en que vea la virtud su propia forma, el vicio su imagen, cada nación y cada siglo sus caracteres. Si esta pintura se exagera ó se debilita, excitará la risa de los ignorantes; pero no puede menos de disgustar á los hombres de buena razón, cuya censura debe ser para vosotros de más peso que la de toda la multitud que llena el teatro. Yo he visto representar á algunos cómicos, que otros aplaudían con entusiasmo, por no decir con escándalo, los cuales no tenían acento ni figura de cristianos, ni de gentiles, ni de hombres; que al verlos hincharse y bramar no los juzgué de la especie humana, sino unos simulacros rudos de hombres, hechos por algún mal aprendiz. Tan inicuamente imitaban la naturaleza.

Cómico. 1.° Yo creo que en nuestra compañía se ha corregido bastante ese defecto.

Hamlet. Corregidle del todo, y cuidad también que los que hacen (5) de payos no añadan nada á lo que está escrito en su papel; porque algunos de ellos, para hacer reir á los oyentes más adustos, empiezan á dar risotadas, cuando el interés del drama debería ocupar toda la atención. Esto es indigno, y manifiesta demasiado en los necios que lo practican el ridículo empeño de lucirlo. Id á prepararos.

ESCENA IX

HAMLET, POLONIO, RICARDO, GUILLERMO

Hamlet. Y bien, Polonio, ¿gustará el rey de oir esta pieza?

Polonio. Sí, señor, al instante, y la reina también.

Hamlet. Ve á decir á los cómicos que se despachen. ¿Queréis ir vosotros á darles prisa?

Ricardo. Con mucho gusto.

ESCENA X

HAMLET Y HORACIO

Hamlet, ¿Quién es?... ¡Ah! Horacio.

Horacio. Veisme aquí, señor, á vuestras órdenes.

Hamlet. Tú, Horacio, eres un hombre cuyo trato me ha agradado siempre.

Horacio. ¡Oh! Señor...

Hamlet. No creas que pretendo adularte. ¿Ni qué utilidades puedo yo esperar de tí, que exceptuando tus buenas prendas no tienes otras rentas para alimentarte y vestirte? ¿Habrá quién adule al pobre? No... Los que tienen almibarada la lengua, váyanse á lamer con ella la grandeza estúpida, y do-

blen los goznes de sus rodillas donde la lisonja encuentre galardón. ¿Me has entendido? Desde que mi alma se halló capaz de conocer á los hombres y pudo elegirlos, tú fuiste el escogido y marcado para ella; porque siempre, ó desgraciado ó feliz, has recibido con igual semblante los premios y los reveses de la fortuna. Dichosos aquellos cuyo temperamento y juicio se combinan con tal acuerdo, que no son entre los dedos de la fortuna una flauta dispuesta á sonar según ella guste. Dame un hombre que no sea esclavo de sus pasiones, y yo le colocaré en el centro de mi corazón: sí, en el corazón de mi corazón, como lo hago contigo. Pero yo me dilato demasiado en esto. Esta noche se representa un drama delante del Rey; una de sus escenas contiene circunstancias muy parecidas á las de la muerte de mi padre, de que ya te hablé. Te encargo que cuando este paso se represente observes á mi tío con la más viva atención del alma; si al ver uno de aquellos lances su oculto delito no se descubre por sí solo, sin duda el que hemos visto es un espíritu infernal, y son todas mis ideas más negras que los yunques de Vulcano. Examínale cuidadosamente; yo también fijaré mi vista en su rostro y después uniremos nuestras observaciones para juzgar lo que su exterior nos anuncie.

oracio. Está bien, señor; y si durante el espectáculo logra hurtar á nuestra indagación el menor arcano, yo pago el hurto.

amlet. Ya vienen á la función; vuélvome á hacer el loco, y tú busca asiento.

ESCENA XI

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, HORACIO, POLONIO, OFELIA, RICARDO, GUILLERMO Y ACOMPAÑAMIENTO DE DAMAS, CABALLEROS, PAJES Y GUARDIAS.

(Suena marcha dánica.)

Claudio. ¿Cómo estás, mi querido Hamlet?

Hamlet. Muy bueno, señor; me mantengo del aire como el camaleón, engordo con esperanzas. No podréis cebar así á vuestros capones.

Claudio. No comprendo esa respuesta, Hamlet, ni tales razones son para mí.

Hamlet. Ni para mí tampoco. ¿No dices tú que una vez representaste en la Universidad, eh?

Polonio. Sí, señor, así es; y fuí reputado por muy buen actor.

Hamlet. ¿Y qué hiciste?

Polonio. El papel de Julio César. Bruto me asesinaba en el Capitolio.

Hamlet. Muy bruto (6) fué el que cometió en el Capitolio tan capital delito. ¿Están ya prevenidos los cómicos?

Ricardo. Sí, señor, y esperan sólo vuestras órdenes.

Gertrudis. Ven aquí, mi querido Hamlet, ponte á mi lado.

(Gertrudis y Claudio se sientan junto á la puerta por donde han de salir los actores. Siguen por su orden las damas y caballeros. Hamlet se sienta en el suelo á los pies de Ofelia.)

Hamlet. No, señora; aquí hay un imán de más atracción para mí.

Polonio. ¡Ah! ¡ah! ¿Habéis notado eso?

Hamlet. ¿Permitiréis que me ponga sobre vuestra rodilla?

Ofelia. No, señor.

Hamlet. Quiero decir, apoyar mi cabeza en vuestra rodilla.

Ofelia. Sí, señor.

Hamlet. ¿Pensáis que yo quisiera cometer alguna indecencia?

Ofelia. No, no pienso nada de eso.

Hamlet. ¡Qué dulce cosa es... (7)

Ofelia. ¿Qué decís, señor?

Hamlet. Nada.

Ofelia. Se conoce que estáis de fiesta.

Hamlet. ¿Quién, yo?

Ofelia. Sí, señor.

Hamlet. Lo hago solo por divertiros. Y, bien mirado, ¿qué debe hacer un hombre sino vivir alegre? Ved mi madre qué contenta está, y mi padre murió ayer.

Ofelia. ¡Eh! no, señor, que ya hace dos meses.

Hamlet. ¿Tanto ha? ¡Oh! pues quiero vestirme todo de arminios, y llévese el diablo el luto. ¡Dios mío! ¿Dos meses ha que murió, y todavía se acuerdan de él? De esa manera ya puede esperarse que la memoria de un grande nombre le sobreviva quizá medio año; bien que es menester que haya sido fundador de Iglesias, que si no, por la Virgen santa, no habrá nadie que de él se acuerde, como del caballo de palo, de quien dice aquel epitafio:

Ya murió el caballito de palo,
Y ya le olvidaron así que murió.

(Suenan (8) trompetas, y se da principio á la escena muda. Salen el duque y la duquesa (que lo harán los cómicos primero y segundo; al encontrarse, se saludan y abrazan afectuosamente; ella se arrodilla mostrando el mayor respeto; él la levanta y reclina la cabeza sobre el pecho de su esposa. Acuéstase el duque en un lecho de flores, y ella se retira al verle dormido. Sale el cómico tercero (que hace el papel de Luciano, sobrino del duque), se acerca, le quita al duque la corona, la besa, le derrama en el oído una porción de licor que lleva en un frasco, y hecho esto se

va. Vuelve la duquesa, y hallando muerto á su marido, manifiesta gran sentimiento. Sale Luciano con dos ó tres que le acompañan, y hace ademanes de dolor; manda retirar el cadáver, y quedando á solas con la duquesa, la solicita y la ofrece dádivas: ella reviste un poco y le desdeña, pero al fin admite su amor. Vanse.)

Ofelia. ¿Qué significa esto, señor?

Hamlet. Eso es un asesinato oculto, y anuncia grandes maldades.

Ofelia. Según parece, la escena muda contiene el argumento del drama.

ESCENA XII

CÓMICO CUARTO Y DICHOS

Hamlet. Ahora lo sabremos por lo que nos diga ese actor; los cómicos no pueden callar un secreto, todo lo cuentan.

Ofelia. ¿Nos dirá éste lo que significa la escena que hemos visto?

Hamlet. Sí por cierto, y cualquiera otra escena que le hagais ver. Como no os avergoncéis de representársela, él no se avergonzará de deciros lo que significa.

Ofelia. ¡Qué malo, qué malo sois! Pero dejadme atender á la pieza.

Cómico 4.°
Humildemente os pedimos
Que escuchéis esta tragedia,
Disimulando las faltas
Que haya en nosotros y en ella.

Hamlet. ¿Es esto prólogo, ó mote de sortija?

Ofelia. ¡Qué corto ha sido!

Hamlet. Como cariño de mujer.

ESCENA XIII

CÓMICO PRIMERO, CÓMICO SEGUNDO Y DICHOS

Cómico 1.º Ya treinta (9) vueltas dió de Febo el carro.
A las ondas saladas de Nereo
Y al globo de la tierra, y treinta veces
Con luz prestada han alumbrado el suelo
Doce lunas, en giros repetidos,
Después que el dios de amor y el himeneo
Nos enlazaron, para dicha nuestra,
En nudo santo el corazón y el cuello.

Cómico 2.º Y ¡oh! quiera el cielo que otros tantos giros,
A la luna y al sol, señor, contemos
Antes que el fuego de este amor se apague.
Pero es mi pena inconsolable al veros
Doliente, triste y tan diverso ahora
De aquel que fuísteis... Tímida recelo...
Mas toda mi aflicción nada os conturbe;
Que en pecho femenil llega al exceso
El temor y el amor. Allí residen
En igual proporción ambos afectos,
O no existe ninguno, ó se combinan
Este y aquél con el mayor extremo.
Cuán grande es el amor que á vos me inclina,
Las pruebas lo dirán que dadas tengo;
Pues tal es mi temor. Si un fino amante,
Sin motivo tal vez vive temiendo,
La que al veros así toda es temores,
Muy puro amor abrigará en el pecho.

Cómico 1.º Sí, yo debo dejarte, amada mía;
Inevitable es ya; cederán presto
A la muerte mis fuerzas fatigadas;
Tú vivirás, gozando del obsequio
Y el amor de la tierra. Acaso entonces

Un digno esposo...

Cómico 2.° No, dad al silencio
Esos anuncios. ¿Yo? ¿Pues no serían
Traición culpable en mí tales afectos?
¿Yo un nuevo esposo? No; la que se entrega
Al segundo señor, mató al primero.

Hamlet. Esto es zumo de ajenjos.

Cómico 2.° Motivos de interés tal vez inducen
A renovar los nudos de himeneo,
No motivos de amor; yo causaría
Segunda muerte á mi difunto dueño,
Cuando del nuevo esposo recibiera
En tálamo nupcial amantes besos.

Cómico 1.° No dudaré que el corazón te dicta
Lo que aseguras hoy; fácil creemos
Cumplir lo prometido, y fácilmente
Se quebranta y se olvida. Los deseos
Del hombre á la memoria están sumisos,
Que nace activa y desfallece presto.
Así pende (10) del ramo acerbo el fruto,
Y así maduro, sin impulso ajeno,
Se desprende después. Difícilmente
Nos acordamos de llevar á efecto
Promesas hechas á nosotros mismos,
Que al cesar la pasión cesa el empeño,
Cuando de la aflicción y la alegría
Se moderan los ímpetus violentos,
Con ellos se disipan las ideas
A que dieron lugar, y el más ligero
Acaso los placeres en afanes
Muda tal vez, y en risa los lamentos.
Amor, como la suerte, es inscontante:
Que en este mundo al fin nada hay eterno,
Y aún se ignora si él manda á la fortuna,
O si ésta del amor cede al imperio.
Si el poderoso del lugar sublime
Se precipita, le abandonan luego

Cuantos gozaron su favor; si el pobre
Sube á prosperidad, los que le fueron
Más enemigos su amistad procuran,
(Y el amor sigue á la fortuna en esto),
Que nunca al venturoso amigos faltan,
Ni al pobre desengaños y desprecios.
Por diferente senda se encaminan
Los destinos del hombre y sus afectos,
Y solo en él la voluntad es libre,
Mas no la ejecución; y así el suceso
Nuestros designios todos desvanece.
Tú me prometes no rendir á nuevo
Yugo tu libertad... Esas ideas
¡Ay!, morirán cuando me vieres muerto.

Cómico 2.° Luces me niegue el sol, frutos la tierra,
Sin descanso y placer viva muriendo,
Desesperada y en prisión obscura,
Su mesa envidie al eremita austero;
Cuantas penas el ánimo entristecen,
Todas turben el fin de mis deseos
Y los destruyan, ni quietud encuentre
En parte alguna con afán eterno;
Si ya difunto mi primer esposo,
Segundas bodas pérfida celebro.

Hamlet. Si ella no cumpliese lo que promete...

Cómico 1.° Mucho juraste... Aquí gozar quisiera
Solitaria quietud; rendido siento
Al cansancio mi espíritu. Permite
Que alguna parte le conceda al sueño
De las molestas horas.

(Se acuesta en un lecho de flores).

Cómico 2.° El te halague
Con tranquilo descanso, y nunca el cielo
En unión tan feliz pesares mezcle. *(Vase).*

Hamlet. Y bien, señora, ¿qué tal os va pareciendo la pieza?

Gertrudis. Me parece que esa mujer promete demasiado.

Hamlet. Sí, pero lo cumplirá.

Claudio. ¿Te has (11) enterado bien del asunto? ¿Tiene algo que sea de mal ejemplo?

Hamlet. No, señor, no. Si todo ello es de mera ficción; un veneno... fingido; pero mal ejemplo, ¡qué! no, señor.

Claudio. ¿Cómo se intitula este drama?

Hamlet. *La Ratonera.* Cierto que sí... es un título metafórico. En esta pieza se trata de un homicidio cometido en Viena... el duque se llama Gonzago y su mujer Baptista... Ya, ya veréis presto... ¡Oh! ¡es un enredo maldito! ¿Y qué importa? A V. M. y á mí, que no tenemos culpado el ánimo, no nos puede incomodar; al rocín (12) que esté lleno de mataduras le hará dar coces; pero á bien que nosotros no tenemos desollado el lomo.

ESCENA XIV

CÓMICO TERCERO Y DICHOS

Hamlet. Este que sale ahora se llama Luciano, sobrino del duque.

Ofelia. Vos suplis perfectamente la falta del coro.

Hamlet. Y aun pudiera servir de intérprete entre vos y vuestro amante, si viese puestos en acción entrambos títeres.

Ofelia. ¡Vaya, que tenéis una lengua que corta!

Hamlet. Con un buen suspiro que déis, se la quita el filo.

Ofelia. Eso es; siempre de mal en peor.

Hamlet. Así hacéis vosotras en la elección de maridos: de mal en peor... Empieza, asesino... Déjate de poner ese gesto de condenado, y empieza. Vamos... el cuervo graznador está ya gritando venganza.

Cómico 3.° Negros designios, brazo ya dispuesto
A ejecutarlos, tósigo oportuno,

Sitio remoto, favorable el tiempo,
Y nadie que le observe. Tú, estraído
De la profunda noche en el silencio,
Atroz veneno, de mortales yerbas
(Invocada Prosérpina) compuesto;
Infectadas tres veces, y otras tantas
Esprimidas después, sirve á mi intento
Pues á tu actividad mágica, horrible,
La robusted vital cede tan presto.

(Acércase adonde está durmiendo el cómico primero; destapa un frasquillo, y le echa una porción de licor en el oído.)

¿Veis? Ahora le envenena en el jardín para usurparle el cetro. El duque se llama Gonzago..... Es historia cierta, y corre escrita en muy buen italiano. Presto veréis cómo la mujer de Gonzago se enamora del matador.

(Levántase Claudio lleno de indignación, Gertrudis los caballeros, damas y acompañamiento hacen lo mismo, y se van según lo indica el diálogo.)

Ofelia. El rey se levanta.

Hamlet. Qué, ¿le atemoriza un fuego aparente?

Gertrudis. ¿Qué tenéis, señor?

Polonio. No paséis adelante, dejadlo.

Claudio. Traed luces. Vamos de aquí.

Todos. Luces, luces.

ESCENA XV

HAMLET, HORACIO, CÓMICO PRIMERO, CÓMICO TERCERO.

(Hamlet canta estos versos en voz baja, y representa los que siguen después. Los cómicos primero y tercero estarán retirados á un extremo del teatro, esperando sus órdenes.)

El ciervo herido llora,
Y el corzo no tocado
De flecha voladora,

Se huelga por el prado;
Véis este desvelado;
Que tanto el mundo va desordenado (13).
Y dígame, señor mío: si en adelante la fortuna me tratase mal, con esta gracia que tengo para la música, y un bosque da plumas en la cabeza, y un par de lazos provenzales en mis zapatos rayados, ¿no podría hacerme lugar entre un coro de comediantes.

Horacio. Mediano papel.

Hamlet. ¿Mediano? excelente
Tú sabes, Damón querido,
Que esta nación ha perdido
Al mismo Jove, y violento
Tirano le ha sucedido
En el trono mal habido,
Un... ¿quién diré yo? Un... un sapo.

Horario. Bien pudieras haber conservado el consonante.

Hamtet. ¡Oh!, mi buen Horacio; cuando aquel espíritu dijo es demasiado cierto. ¿Le has visto ahora?

Horacio. Sí, señor, bien lo he visto.

Hamlet. ¿Cuando se trató del veneno?

Horacio. Bien, le observé entonces.

Hamlet. ¡Ah! Quisiera algo de música *(A los cómicos)*: traedme unas flautas..... Si el rey no gusta de la comedia, será sin duda porque..... porque no le gusta Vaya un poco de música.

ESCENA XVI

HAMLET, HORACIO, RICARDO, GUILLERMO.

Guillermo. Señor, ¿permitiréis que os diga una palabra?

Hamlet. Y una historia entera.

Guillermo. El rey...

Hamlet. Muy bien: ¿que le sucede?

Guillermo. Se ha retirado á su cuarto con mucha destemplanza.

Hamlet. ¿De vino, eh?

Guillermo. No, señor, de cólera.

Hamlet. Pero ¿no sería más acertado írselo á contar al médico? ¿No veis que si yo me meto en hacerle purgar ese humor bilioso, puede ser que se le aumente?

Guillermo. ¡Oh señor!, Dad algún sentido á lo que habláis, sin desentenderos con tales extravagncias de lo que os vengo á decir.

Hamlet. Estamos de acuerdo. Prosigue, pues.

Guillermo. La reina vuestra madre, llena de la mayor aflicción, me envía á buscaros.

Hamlet. Seais bien venido.

Guillermo. Esos cumplimientos no tienen nada de sinceridad. Si queréis darme una respuesta sensata, desempeñaré el encargo de la reina; si no, con, pediros perdón y retirarme, se acabó todo.

Hamlet. Pues, señor, no puedo.

Guillermo. ¿Cómo?

Hamlet. Me pides una respuesta sensata, y mi razón está un poco achacosa: no obstante, responderé del modo que pueda á cuanto me mandes, ó, por mejor decir, á lo que mi madre me manda. Con que nada hay que añadir en esto. Vamos al caso. Tú has dicho que mi madre...

Ricardo. Señor, lo que dice es que vuestra conducta la ha llenado de sorpresa y admiración.

Hamlet. ¡Oh, maravilloso hijo, que así ha podido aturdir á su madre! Pero dime, ¿esa admiración no ha traído otra consecuencia? ¿No hay algo más?

Ricardo. Solo que desea hablaros en su gabinete, antes que os vayáis á recoger.

Hamlet. La obedeceré, si diez veces (14) fuera mi madre. ¿Tienes algún otro negocio que tratar conmigo?

Ricardo. Señor, yo me acuerdo de que en otro tiempo me estimábais mucho.

Hamlet. Y ahora también. Te lo juro por estas manos rateras.

Ricardo. Pero, ¿cuál puede ser el motivo de vuestra indisposición? Eso, por cierto, es cerrar vos mismo las puertas á vuestra libertad, no queriendo comunicar con vuestros amigos los pesares que sentís.

Hamlet. Estoy muy atrasado.

Ricardo. ¿Cómo es posible, cuando tenéis el voto del rey mismo para no sucederle en el trono de Dinamarca?

Hamlet. Sí, pero mientras nace la yerba.... Ya es un poco antiguo el tal refrán. ¡Ah!, ya están aquí las flautas.

ESCENA XVII

CÓMICO TERCERO Y DICHOS.

Hamlet. Dejadme ver una... ¿A qué tengo de ir ahí? *(Guillermo y Ricardo se acercan á Hamlet con ademán obsequioso, siguiéndole adonde quiera que se vuelve, hasta que viendo su enfado se apartan.)* Parece que me quieres hacer caer en alguna trampa, según me cercas por todos lados.

Guillermo. Ya veo, señor, que si el deseo de cumplir con mi obligación me da osadía, acaso el amor que os tengo me hace grosero también é importuno.

Hamlet. No entiendo bien eso. ¿Quieres tocar esta flauta?

Guillermo. Yo no puedo, señor.

Hamlet. Vamos.

Guillermo. De veras que no puedo.

Hamlet. Yo te lo suplico.

Guillermo. Pero si no sé palabra de eso.

Hamlel. Más fácil es que tenderse á la larga. Mira, pon el pulgar y los demás dedos según convenga sobre estos agujeros, sopla con la boca, y verás qué lindo resulta. ¿Ves? Estos son los puntos.

Guillermo. Bien, pero si no sé hacer uso de ellos para que produzcan armonía. Como ignoro el arte...

Hamlet. Pues mira tú en qué opinión tan baja me tienes. Tú me quieres tocar, presumes conocer mis registros, pretendes extraer lo más íntimo de mis secretos, quieres hacer que suene desde el más grave al más agudo de mis tonos; y ve aquí este pequeño órgano, capaz de excelentes voces y de armonía, que tú no puedes hacer sonar. ¿Y juzgas que se me taña á mí con más facilidad que á una flauta? No, dame el nombre del instrumento que quieras; por más que le manejes y te fatigues, jamás conseguirás hacerle producir el menor sonido.

ESCENA XVIII

POLONIO Y DICHOS

Hamlet. ¡Oh! Dios te bendiga.

Polonio. Señor, la Reina quisiera hablaros al instante.

Hamlet. ¿No ves allí aquella nube que parece un camello?

Polonio. Cierto, así en el tamaño parece un camello.

Hamlet. Pues ahora me parece una comadreja.

Polonio. No hay duda, tiene figura de comadreja.

Hamlet. O como una ballena.

Polonio. Es verdad, sí, como una ballena.

Hamlet. Pues al instante iré á ver á mi madre. Tanto harán éstos, que me volverán loco de veras. Iré, iré al instante.

Polonio. Así se lo diré.

Hamlet. Fácilmente se dice: al instante viene... Dejadme solo, amigos.

ESCENA XIX

Hamlet. Este es el espacio (15) de la noche apto á los maleficios. Esta es la hora en que los cementerios se abren, y el infierno respira contagios al mundo. Ahora podría yo beber caliente sangre; ahora podría ejecutar tales acciones, que el día se estremeciese al verlas. Pero vamos á ver á mi madre. ¡Oh corazón!, no desconozcas la naturaleza ni permitas que en este firme pecho se albergue la fiereza de Nerón. Déjame ser (16) cruel, pero no parricida. El puñal que ha de herirla esté en mis palabras, no en mi mano; disimulen el corazón y la lengua; sean las que fueren las execraciones que contra ella pronuncie, nunca, nunca mi alma solicitará que se cumplan.

ESCENA XX

Gabinete

CLAUDIO, RICARDO Y GUILLERMO

Claudio. No, no le quiero aquí, ni conviene á nuestra seguridad dejar libre el campo á su locura. Preveníos, pues, y haré que inmediatamente se os despache para que él os acompañe á Inglaterra. El interés de mi corona no permite ya exponerme á un riesgo tan inmediato, que crece por instantes en los accesos de su demencia.

Guillermo. Al momento dispondremos nuestra marcha. El más santo y religioso temor es aquel que procu-

ra la existencia de tantos individuos, cuya vida pende de V. M.

Ricardo. Si es obligación en un particular defender su vida de toda ofensa, por medio de la fuerza y el arte, ¿cuánto más lo será conservar aquella en quien estriba la felicidad pública? Cuando llega á faltar el monarca no muere él solo, sino que á manera de un torrente precipitado arrebata consigo cuanto le rodea; como una gran rueda colocada en la cima del más alto monte, á cuyos enormes rayos están asidas innumerables piezas menores, que si llega á caer, no hay ninguna de ellas, por más pequeña que sea, que no padezca igualmente en el total destrozo. Nunca el soberano exhala un suspiro, sin excitar en su nación general lamento.

Claudio. Yo os ruego que os prevengais sin dilación para el viaje. Quiero encadenar este temor, que ahora camina demasiado libre.

Los dos. Vamos á obedeceros con la mayor prontitud.

ESCENA XXI

CLAUDIO Y POLONIO

Polonio. Señor, ya se ha encaminado al cuarto de su madre. Voy á ocultarme detrás de los tapices para ver el suceso. Es seguro que ella le reprenderá fuertemente; y como vos mismo habéis observado muy bien, conviene que asista á oir la conversación alguien más que su madre, que naturalmente le ha de ser parcial, como á todas sucede. Quedáos, adiós; yo volveré á veros antes que os recojáis, para deciros lo que haya pasado.

Claudio. Gracias, querido Polonio.

ESCENA XXII

Claudio. ¡Oh, mi (17) culpa es atroz! Su hedor sube al cielo, llevando consigo la maldición más terrible: la muerte de un hermano. No puedo recogerme á orar, por más que eficazmente lo procuro; que es más fuerte que mi voluntad el delito que la destruye. Como el hombre á quien dos obligaciones llaman, me detengo á considerar por cuál empezaré primero, y no cumplo ninguna... Pero si este brazo execrable estuviese aún más teñido en la sangre fraterna, ¿faltará en los cielos piadosos suficiente lluvia para volverle cándido como la nieve misma? ¿De qué sirve la misericordia, si se niega á ver el rostro del pecado? ¿Qué hay en la oración sino aquella duplicada fuerza, capaz de sostenernos al ir á caer, ó de adquirirnos el perdón habiendo caído?... Sí, alzaré mis ojos al cielo, y quedará borrada mi culpa... Pero, ¿qué género de oración habré de usar? Olvida, Señor, olvida el horrible homicidio que cometí... ¡Ah!, que será imposible, mientras vivo poseyendo los objetos que me determinaron á la maldad, mi ambición, mi corona, mi esposa... ¿Podrá merecerse el perdón cuando la ofensa existe? En este mundo estragado sucede con frecuencia que la mano delincuente, derramando el oro, aleja la justicia y corrompe con dádivas la integridad de las leyes; no así en el cielo, que allí no hay engaños, allí comparecen las acciones humanas como ellas son, y nos vemos compelidos á manifestar nuestras faltas todas sin excusa, sin rebozo alguno... En fin, en fin, ¿qué debo hacer?... Probemos lo que puede el arrepentimiento... ¿y qué no podrá?... Pero ¿qué

ha de poder con quien no puede arrepentirse? ¡Oh situación infeliz! ¡Oh conciencia, ennegrecida con sombras de muerte! ¡Oh alma mía aprisionada!, que cuanto más te esfuerzas para ser libre, más quedas oprimida. ¡Angeles, asistidme! Probad en mí vuestro poder. Dóblense mis rodillas tenaces; y tú, corazón mío de aceradas fibras, hazte blando como los nervios del niño que acaba de nacer. Todo, todo puede enmendarse. *(Se arrodilla y apoya los brazos y la cabeza en un sillón.)*

ESCENA XXIII

CLAUDIO Y HAMLET

Hamlet. Esta es la ocasión propicia. Ahora está rezando: ahora le mato... *(Saca la espada; da algunos pasos en ademán de ir á herirle; se detiene, y se retira otra vez hacia la puerta.)* Y así se irá al cielo... ¿Y es esta mi venganza? No, reflexionemos. Un malvado asesina á mi padre, y yo, su hijo único, aseguro al malhechor la gloria; ¿no es esto, en vez de castigo, premio y recompensa? El sorprendió á mi padre acabados los desórdenes del banquete, cubierto de más culpas que Mayo tiene flores... ¿Quién sabe, sino Dios, la estrecha cuenta que hubo de dar? Pero, según nuestra razón concibe, terrible ha sido su sentencia. ¿Y quedaré vengado dándole á este la muerte, precisamente cuando purifica su alma, cuando se dispone para la partida? No, espada mía, vuelve á tu lugar y espera ocasión de ejecutar más tremendo golpe. Cuando esté (18) ocupado en el juego, cuando blasfeme colérico, ó duerma con la embriaguez, ó se abandone á los placeres incestuosos del le-

cho, ó cometa acciones contrarias á su salvación hiérele entonces; caiga precipitado al profundo, y su alma quede negra y maldita, como el infierno que ha de recibirle. *(Envaina la espada.)* Mi madre me espera. Malvado, esta medicina, que te dilata la dolencia, no evitará tu muerte.

ESCENA XIV

Claudio. Mis palabras suben al cielo, mis afectos quedan en la tierra. *(Se levanta con agitación.)* Palabras sin afectos nunca llegan á los oídos de Dios.

ESCENA XV

Cuarto de la Reina

GERTRUDIS, POLONIO Y HAMLET

Polonio. Va á venir al momento. Mostradle entereza; decidle que sus locuras han sido demasiado atrevidas é intolerables; que vuestra bondad le ha protegido, mediando entre él y la justa indignación que excitó. Yo, entretanto, (19) retirado aquí, guardaré silencio. Habladle con libertad, yo os lo suplico.

Hamlet. *(Gritando desde adentro.)* ¡Madre!, ¡madre!

Gertrudis. Así te lo prometo; nada temo. Ya le siento llegar. Retírate.

(Polonio se oculta detrás de unos tapices.)

ESCENA XVI

GERTRUDIS, HAMLET Y POLONIO

Hamlet. ¿Qué me (20) mandais, señora?

Gertrudis. Hamlet, muy ofendido tienes á tu padre.

Hamlet. Madre, muy ofendido tenéis al mío.

Gertrudis. Ven, ven aquí; tú me respondes con lengua demasiado libre.

Hamlet. Voy, voy, allá... Y vos me preguntáis con lengua bien perversa.

Gertrudis. ¿Qué es esto, Hamlet?

Hamlet. ¿Y qué es eso, madre?

Gertrudis. ¿Te olvidas de quien soy yo?

Hamlet. No, por la cruz bendita que no me olvido. Sois la Reina, casada con el hermano de vuestro primer esposo, y... ¡ojalá no fuera así!... ¡Eh! Sois mi madre.

Gertrudis. Bien está. Yo te pondré delante de quien te haga hablar con más acuerdo.

Hamlet. Venid *(Hamlet, asiendo de un brazo á Gertrudis, la hace sentar)*, sentaos, y no saldréis de aquí; no os moveréis sin que os ponga un espejo delante, en que veais lo más oculto de vuestra conciencia.

Gertrudis. ¿Qué intentáis hacer? ¿Quieres matarme?... ¿Quién me socorre?... ¡Cielos!

(Al ver Gertrudis la extraordinaria agitación que Hamlet manifiesta en su semblante y acciones, teme que va á matarla, y grita despavorida pidiendo socorro. Polonio quiere salir de donde está oculto y después se detiene. Hamlet advierte que los tapices se mueven, sospecha que Claudio está escondido detrás de ellos, saca la espada, da dos ó tres estocadas sobre el bulto que halla, y prosigue hablando con su madre.)

Polonio. Socorro pide... ¡Oh! ..

Hamlet. ¿Que es esto?... Un ratón... Murió... (21) Un ducado á que ya está muerto.

Polonio. ¡Ay de mí!

Gertrudis. ¿Qué has hecho?

Hamlet. Nada... ¿Qué se yo?... ¿Si sería el Rey?

Gertrudis. ¡Qué acción tan precipitada y sangrienta!

Hamlet. Es verdad, madre mía, acción sangrienta, y casi tan horrible como la de matar á un Rey y casarse después con su hermano.

Gertrudis. ¿Matar á un Rey?

Hamlet. Sí, señora, eso he dicho. *(Alza el tapiz y aparece Polonio muerto en el suelo.)* Y tú, miserable, temerario, entremetido, loco... Adiós. Yo te tomé por otra persona de más consideración. Mira el premio que has adquirido; ve ahí el riesgo que tiene la demasiada curiosidad... *(Volviendo á hablar con Gertrudis, á quien hace sentar de nuevo.)* No, no os torzáis las manos... Sentaos aquí, y dejad que yo os tuerza el corazón. Así he de hacerlo, si no le tenéis formado de impenetrable pasta, si las costumbres malditas no le han convertido en un muro de bronce opuesto á toda sensibilidad.

Gertrudis. ¿Qué hice yo, Hamlet, para que con tal aspereza me insultes?

Hamlet. Una acción que mancha la tez purpúrea de la modestia y da nombre de hipocresía á la virtud; arrebata las flores de la frente hermosa de un inocente amor, colocando un vejigatorio en ella; que hace más pérfidos los votos conyugales que las promesas del tahur; una acción que destruye la buena fe, alma de los contratos, y convierte la inefable religión en una compilación frívola de palabras; una acción, en fin, capaz de inflamar en ira la faz del cielo y trastornar con desorden horrible esta sólida y artificiosa máquina del mundo, como si se aproximara su fin temido.

Gertrudis. ¡Ay de mí! ¿Y qué acción es esa, que así exclamas al anunciarla con espantosa voz de trueno?

Hamlet. Véis aquí presentes en esta y esta pintura *(Señalando á dos retratos que habrá en la pared, uno del Rey Hamlet y otro de Claudio)* los retratos de dos hermanos. ¡Ved cuánta gracia residía en aquel semblante! Los cabellos (22) del sol, la frente como la del mismo Júpiter, su vista imperiosa y amenazadora como la de Marte, su gentileza semejante á la del mensajero Mercurio cuando aparece sobre una montaña cuya cima llega á los cielos. ¡Hermosa combinación de formas, donde cada uno de los Dioses imprimió su carácter, para que el mundo admirase tantas perfecciones en un hombre solo. Este fué vuestro esposo. Ved ahora el que sigue. Este es vuestro esposo, que como la espiga con tizón destruye la sanidad de su hermano. ¿Lo veis bien? ¿Pudísteis abandonar las delicias de aquella colina hermosa por el cieno de ese pantano inmundo? ¡Ah!, ¿lo véis bien?... Ni podéis llamarlo amor, porque en vuestra edad los hervores de la sangre estaban ya tibios y obedientes á la prudencia; ¿y qué prudencia descendería desde aquel á éste? Sentidos tenéis, que á no ser así no tuviérais afectos; pero esos sentidos deben de padecer letargo profundo. La demencia misma no podría incurrir en tanto terror; ni el frenesí tiraniza con tal exceso las sensaciones, que no quede suficiente juicio para saber elegir entre dos objetos cuya diferencia es tan visible... ¿Qué espíritu infernal os pudo engañar y cegar así? Los ojos sin el tacto, el tacto sin la vista, los oídos, el olfato solo, una débil porción de cualquier sentido hubiera bastado á impedir tal estupidez... ¡Oh modestia! ¿Y no te sonrojas? ¡Rebelde infierno!, si así pudiste inflamar las médulas de una matrona, permi-

te que la virtud en la edad juvenil sea dócil como la cera, y se liquide en sus propios fuegos; ni se invoque al pudor para resistir su violencia, puesto que el hielo mismo con tal actividad se enciende, y es ya el entendimiento el que prostituye al corazón.

Gertrudis. ¡Oh, Hamlet!, no digas más... Tus razones me hacen dirigir la vista á mi conciencia, y advierto allí las más negras y groseras manchas, que acaso nunca podrán borrarse.

Hamlet. ¡Y permanecer así entre el pestilente sudor de un lecho incestuoso, envilecida en corrupción, prodigando caricias de amor en aquella sentida impura!

Gertrudis. No más, no más, que esas palabras como agudos puñales hieren mis oídos... No más, querido Hamlet.

Hamlet. Un asesino... un malvado.. vil... inferior mil veces á vuestro difunto esposo... escarnio de los reyes, ratero del imperio y el mando, que robó la preciosa corona y se la guardó en el bolsillo.

Gertrudis. No más...

ESCENA XVII

GERTRUDIS Y HAMLET

Hamlet. *(La sombra del Rey Hamlet)* Un Rey de botarga... ¡Oh espíritus (23) celestes! Defendedme, cubridme con vuestras alas... ¿Qué quieres, venerada sombra?

Gertrudis. ¡Ay!, que está fuera de sí.

Hamlet. ¿Vienes acaso á culpar la negligencia de tu hijo, que, debilitado por la compasión y la tardanza, olvida la importante ejecución de tu precepto terrible?... Habla.

La sombra. No lo olvides. Vengo á inflamar de nuevo tu ardor casi extinguido. Pero ¿ves? Mira cómo has llenado de asombro á tu madre. Ponte entre ella y su alma agitada, y hallarás que la imaginación obra con mayor violencia en los cuerpos débiles. Háblala, Hamlet.

Hamlet. ¿En qué pensáis, señora?

Gertrudis. ¡Ay triste! ¿Y en qué piensas tú, que así diriges la vista donde no hay nada, razonando con el aire incorpóreo?... Toda tu alma se ha pasado á tus ojos, que se mueven horribles; y tus cabellos, que pendían, adquiriendo vida y movimiento se erizan y levantan como los soldados á quienes improviso rebato despierta. ¡Hijo de mi alma! ¡Oh!, derrama sobre el ardiente fuego de tu agitación la paciencia fría... ¿A quién estás mirando?

Hamlet. A él, á él... ¿Le véis qué pálida luz despide? Su aspecto y su dolor bastarían á conmover las piedras... ¡Ay! no me mires así; no sea que ese lastimoso semblante destruya mis designios crueles, no sea que al ejecutarlos equivoque los medios, y en vez de sangre se derramen lágrimas.

Gertrudis. ¿A quién dices eso?

Hamlet. ¿No véis nada allí?

Gertrudis. Nada, y veo todo lo que hay.

Hamlet. ¿Ni oisteis nada tampoco?

Gertrudis. Nada más que lo que nosotros hablamos.

Hamlet. Mirad allí... ¿Le véis?... Ahora se va... Mi padre... con el traje mismo que se vestía... ¿Véis por donde va?... Ahora llega al pórtico.

ESCENA XVIII

GERTRUDIS Y HAMLET

Gertrudis. Todo es efecto de la fantasía. El desorden que padece tu espíritu produce esas ilusiones vanas.

Hamlet. ¿Desórden? Mi pulso, como el vuestro, late con regular intervalo, y anuncia igual salud en sus compases... Nada de lo que he dicho es locura. Haced la prueba, y veréis si os repito cuantas ideas y palabras acabo de proferir, y un loco no puede hacerlo. ¡Ah, madre mía! En merced os pido que no apliquéis al alma esa unción halagüeña, creyendo que es mi locura la que habla, y no vuestro delito. Con tal medicina lograréis solo irritar la parte ulcerada, aumentando la ponzoña pestífera que interiormente la corrompe... Confesad al cielo vuestra culpa, llorad lo pasado, precaved lo futuro, y no extendáis el beneficio sobre las malas hierbas para que prosperen lozanas. Perdonad este desahogo á mi virtud, ya que en esta delincuente edad la virtud misma tiene que pedir perdón al vicio, y aun para hacerle bien le halaga y le ruega.

Gertrudis. ¡Ay, Hamlet! Tú despedazas mi corazón.

Hamlet. ¿Sí? Pues apartad de vos aquella porción más dañada, y vivid con la que resta más inocente. Buenas noches... Pero no volvais al lecho de mi tío. Si carecéis de virtud, aparentadla al menos. La costumbre (27), aquel monstruo que destruye las inclinaciones y afectos del alma, si en lo demás es un demonio, tal vez es un ángel cuando sabe dar á las buenas acciones una cierta facilidad cen que insensiblemente las hace parecer innatas. Conteneos por esta noche; este esfuerzo os

hará más fácil la abstinencia próxima, y la que siga después la hallaréis más fácil todavía. La costumbre es capaz de borrar la impresión misma de la naturaleza, reprimir las malas inclinaciones y alejarlas de nosotros con maravilloso poder. Buenas noches; y cuando aspiréis de veras á la bendición del cielo, entonces yo os pediré vuestra bendición... La desgracia de este hombre *(Hace ademán de cargar con el cuerpo de Polonio; pero dejándole en el suelo otra vez vuelve á hablar á Gertrudis)* me aflige en extremo; pero Dios lo ha querido así; á él le ha castigado por mi mano, y á mí también precisándome á ser el instrumento de su enojo. Yo le conduciré adonde convenga y sabré justificar la muerte que le dí, Basta. Buenas noches. Porque (25) soy piadoso, debo ser cruel; ve aquí el primer daño cometido; pero aún es mayor el que después ha de ejecutarse... ¡Ah!, escuchad otra cosa.

Gertrudis. ¿Cuál es? ¿Qué debo hacer?

Hamlet. No hacer nada de cuanto os he dicho, nada. Permitid que el Rey, hinchado con el vino, os conduzca otra vez al lecho, y allí os acaricie, apretando lascivo vuestras mejillas, y os tiente el pecho con sus malditas manos, y os bese con negra boca. Agradecida, entonces, declaradle cuanto hay en el caso, decidle que mi locura no es verdadera, que todo es artificio... Sí, decídselo, porque ¿cómo es posible que una reina hermosa modesta, prudente, oculte secretos de tal importancia á aquel (26) gato viejo, murciélago, sapo torpísimo? ¿Cómo sería posible callárselo? Id, y á pesar de la razón y del sigilo, abrid la jaula sobre el techo de la casa y haced que los pájaros se vuelen; y semejante al mono (tan amigo de hacer experiencias), meted la cabeza en la trampa, á riesgo de perecer en ella misma.

Gertrudis. No, no lo temas; que si las palabras se forman del aliento, y este anuncia vida, no hay vida ni aliento en mí para repetir lo que me has dicho

H*amlet.* ¿Sabéis que debo ir á Inglaterra?

Gertrudis. ¡Ah! Ya lo había olvidado. Sí, es cosa resuelta.

H*amlet.* He sabido que hay ciertas cartas selladas, y que mis dos condiscípulos (de quienes yo me fiaré como de una víbora ponzoñosa) van encargados de llevar el mensaje, facilitarme la marcha y conducirme al precipicio. Pero yo los dejaré hacer; que es mucho gusto ver volar al minador con su propio hornillo, y mal irán las cosas ó yo escavaré una vara no más debajo de sus minas, y les haré saltar hasta la luna. ¡Oh, es mucho gusto cuando un pícaro tropieza con quien se las entiende!... Este hombre me hace ahora su ganapán... *(Quiere llevar á cuestas el cadáver, y no pudiendo hacerlo cómodamente, le ase de un pie y se le lleva arrastrando)* le llevaré arrastrando á la pieza inmediata. Madre, buenas noches... Por cierto que el señor consejero (que fué en vida un hablador impertinente) es ahora bien reposado, bien serio y taciturno. Vamos, amigo, que es menester sacaros de aquí y acabar con ello. Buenas noches, madre.

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

Salón de Palacio

CLAUDIO, GERTRUDIS Y GUILLERMO

Claudio. Esos suspiros, esos profundos sollozos alguna causa tienen: dime cuál es; conviene que la sepa yo... ¿En donde está tu hijo?

Gertrudis. Dejadnos solos un instante. *(Vánse Ricardo y Guillermo).* ¡Ah, señor, lo que he visto esta noche!

Claudio. ¿Qué ha sido. Gertrudis? ¿Qué hace Hamlet?

Gertrudis. Furioso está como el mar y el viento; cuando disputan entre sí cuál es más fuerte. Turbado con la demencia que le agita, oyó algún ruido detrás del tapiz; saca la espada, grita: un raton, un ratón; y en su ilusión frenética mató al buen anciano que se hallaba oculto.

Claudio. ¡Funesto accidente! Lo mismo hubiera hecho conmigo si hubiera estado allí. Ese desenfrenado insolente amenaza á todos: á mí, á ti misma, á todos en fin. ¡Oh!... ¿Y cómo disculparemos una acción tan sangrienta? Nos la imputarán sin duda á nosotros, porque nuestra autoridad debería haber reprimido á ese joven loco, poniéndole en paraje donde á nadie pudiera ofender. Pero el excesivo amor que le tenemos nos ha impedido

hacer lo que más convenía; bien así como el que padece una enfermedad vergonzosa que, por no declararla, consiente primero que le devore la sustancia vital. ¿Y dónde ha ido?

Gertrudis. A retirar de allí el difunto cuerpo, y en medio de su locura llora el error que ha cometido. Así el oro (1) manifiesta su pureza, aunque mezclado tal vez con metales viles.

Claudio. Vamos, Gertrudis, y apenas toque el sol la cima de los montes haré que se embarque y se vaya; en tanto será necesario emplear toda nuestra autoridad y nuestra prudencia para ocultar ó disculpar un hecho tan indigno.

ESCENA II

CLAUDIO, GERTRUDIS, RICARDO Y GUILLERMO

Claudio. ¡Oh, Guillermo, amigos! Id entrambos con alguna gente que os ayude... Hamlet, ciego de frenesí, ha muerto á Polonio y le ha sacado arrastrando del cuarto de su madre. Id á buscarle, habladle con dulzura, y haced llevar el cadáver á la capilla. No os detengáis. *(Vánse Ricardo y Guillermo.)* Vamos, que pienso llamar á nuestros más prudentes amigos para darles cuenta de esta imprevista desgracia, y de lo que resuelvo hacer. Acaso por este medio la calumnia (cuyo rumor ocupa la extensión del orbe, y dirige sus emponzoñados tiros con la certeza que el cañón á su blanco), errando esta vez el golpe, dejará nuestro nombre ileso y herirá solo al viento insensible. ¡Oh! Vamos de aquí... Mi alma está llena de agitación y de terror.

ESCENA III

Cuarto de Hamlet

HAMLET, RICARDÓ Y GUILLERMO

Hamlet. Colocado ya en lugar seguro .. Pero...

Ricardo. *(Desde adentro).* ¡Hamlet! Señor!

Hamlet. ¿Qué ruido es este? ¿Quién llama á Hamlet?... ¡Oh! Ya están aquí.

(Salen Ricardo y Guillermo)

Ricardo. Señor, ¿qué habéis hecho del cadáver?

Hamlet. Ya está entre el polvo, del cual es pariente cercano.

Ricardo Decidnos en dónde está, para que le hagamos llevar á la capilla.

Hamlet.. ¡Ah!... no lo creais, no.

Ricardo. ¿Qué es lo que no debemos creer?

Hamlet. Que yo pueda guardar vuestro secreto, y os revele el mío... Y además, ¿qué ha de responder el hijo de un rey á las instancias de un entremetido palaciego?

Ricardo. ¿Entremetido me llamáis?

Hamlet. Sí, señor, entremetido; que como una esponja chupa del favor del Rey las riquezas y la autoridad. Pero estas gentes á lo último de su carrera es cuando sirven mejor al príncipe; porque éste, semejante al mono, se los mete en un rincón de la boca; allí los conserva, y el primero que entró es el último que se traga. Cuando el rey necesite lo que tú (que eres su esponja) le hayas chupado, te coge, te esprime, y quedas enjuto otra vez.

Ricardo. No comprendo lo que decís.

Hamlet. Me place en extremo. Las razones agudas son ronquidos para los oídos tontos.

Ricardo. Señor, lo que importa es que nos digáis en dónde está el cuerpo, y os vengáis con nosotros á ver al rey.

Hamlet. El cuerpo (2) está con el rey; pero el rey no está con el cuerpo. El rey viene á ser una cosa, como...

Guillermo. ¿Qué cosa, señor?

Hamlet. Una cosa que no vale nada... pero aguarda, Pablo... Vamos á verle.

ESCENA IV

Salón de Palacio

Claudio. Le he enviado á llamar, y he mandado buscar el cadáver. ¡Qué peligroso es dejar en libertad á este mancebo! Pero no es posible tampoco ejercer sobre él la severidad de las leyes. Está muy querido de la fanática multitud, cuyos afectos se determinan por los ojos, no por la razón, y que en tales casos considera el castigo del delincuente y no el delito. Conviene, para mantener la tranquilidad, que esta repentina ausencia de Hamlet aparezca como cosa muy de antemano meditada y resuelta. Los males desesperados no se alivian con desesperados remedios.

ESCENA V

Claudio y Ricardo

Claudio. ¿Qué hay, qué ha sucedido?

Ricardo. No hemos podido lograr que nos diga adónde ha llevado el cadáver.

Claudio. Pero él, ¿en dónde está?

Ricardo. Afuera quedó con gente que le guarda, esperando vuestras órdenes.

Claudio. Traedle á mi presencia.

Ricardo. Guillermo, que venga el príncipe.

ESCENA VI

CLAUDIO, RICARDO, HAMLET, GUILLERMO Y CRIADOS

Claudio. Y bien, Hamlet, ¿en dónde está Polonio?

Hamlet. Ha ido á cenar.

Claudio. ¿A cenar? ¿Adónde?

Hamlet. No adonde coma, sino adonde es comido, entre una numerosa congregación de gusanos. El gusano es el monarca supremo de todos los comedores. Nosotros (3) engordamos á los demás animales para engordarnos, y engordamos para el gusanillo, que nos come después. El rey gordo y el mendigo flaco son dos platos diferentes, pero se sirven á una misma mesa. En esto para todo.

Claudio. ¡Ah!

Hamlet. Tal vez un hombre puede pescar con el gusano que ha comido á un rey, y comerse después el pez que se alimentó de aquel gusano.

Claudio. ¿Y qué quieres decir con eso?

Hamlet. Nada más que manifestar cómo un rey puede pasar progresivamente á las tripas de un mendigo.

Glaudio. ¿En dónde está Polonio?

Hamlet. En el cielo. Enviad á alguno que lo vea, y si vuestro comisionado no le encuentra allí, entonces podéis vos mismo irle á buscar á otra parte. Bien que, si no le halláis en todo este mes, le oleréis sin duda al subir los escalones de la galería.

Claudio. Id allá á buscarle. *(Vánse los criados.)*

Hamlet. No, él no se moverá de allí hasta que vayan por él.

Claudio. Este suceso, Hamlet, exige que atiendas á tu propia seguridad, la cual me interesa tanto como lo demuestra el sentimiento que me causa la acción que has hecho. Conviene que salgas de aquí con acelerada diligencia. Prepárate, pues. La nave está ya prevenida, el viento es favorable, los compañeros aguardan, y todo está pronto para tu viaje á Inglaterra.

Hamlet. ¿A Inglaterra?

Claudio. Sí, Hamlet.

Hamlet. Muy bien.

Claudio. Sí, muy bien debe parecerte, si has comprendido el fin á que encaminan mis deseos.

Hamlet. Yo veo un ángel que los ve... Pero vamos á Inglaterra. ¡Adiós, mi querida madre!

Claudio ¿Y tu padre, que te ama, Hamlet?

Hamlet. Mi madre... Padre y madre son marido y mujer; marido y mujer son una carne misma, con que... mi madre... ¡Eh! Vamos á Inglaterra.

ESCENA VII

CLAUDIO, RICARDO, GUILLERMO

Claudio. Seguidle inmediatamente; instad con viveza su embarco, no se dilate un punto. Quiero verle fuera de aquí esta noche. Partid. Cuanto es necesario á esta comisión, está sellado y pronto. Id, no os detengáis. *(Vánse Ricardo y Guillermo.)* Y tú, Inglaterra, si en algo estimas mi amistad (de cuya importancia mi gran poder te avisa), pues aún miras sangrientas las heridas que re-

cibiste del acero dinamarqués, y en dócil temor me pagas tributos, no dilates tibia la ejecución de mi suprema voluntad, que por cartas escritas á este fin te pide con la mayor instancia la pronta muerte de Hamlet. Su vida es para mí una fiebre ardiente, y tú sola puedes aliviarme. Hazlo así, Inglaterra, y hasta que sepa que descargaste el golpe, por más feliz que mi suerte sea, no se restablecerán en mi corazón la tranquilidad ni la alegría.

ESCENA VIII

Campo sslitario en las fronteras de Dinamarca

FORTIMBRÁS, UN CAPITÁN Y SOLDADOS

Fortimbrás. Id, capitán (4), saludad en mi nombre al monarca danés; decidle que, en virtud de su licencia, Fortimbrás pide el paso libre por su reino, según se le ha prometido. Ya sabéis el sitio de nuestra reunión. Si algo quiere S. M. comunicarme, hacedle saber que estoy pronto á ir en persona á darle pruebas de mi respeto.

Capitán. Así lo haré, señor.

Fortimbrás. Y vosotros caminad con paso vagaroso.

ESCENA IX

UN CAPITÁN, HAMLET, RICARDO, GUILLERMO Y SOLDADOS

Hamlet. Caballero (5), ¿de dónde son estas tropas?

Capitán. De Noruega, señor.

Hamlet. Y decidme, ¿adónde se encaminan?

Capitán. Contra una parte de Polonia.

Hamlet. ¿Quién las acaudilla?

Capitán. Fortimbrás, sobrino del anciano rey de Noruega.

Hamlet. ¿Se dirigen contra toda Polonia, ó sólo á alguna parte de sus fronteras?

Capitán Para deciros sin rodeos la verdad, vamos á adquirir una porción de tierra, de la cual (exceptuando el honor) ninguna otra utilidad puede esperarse. Si me la diesen arrendada en cinco ducados, no la tomaría, ni pienso que produca mayor interés al de Noruega ni al polaco, aunque á pública subasta la vendan.

Hamlet. ¿Sin duda el polaco no tratará de resistir?

Capitán. Antes bien ha puesto ya en ella tropas que la guarden.

Hamlet. De ese modo el sacrificio de dos mil hombres y veinte mil ducados no decidiría la posesión de un objeto tan frívolo. Esa es una apostema del cuerpo político, nacida de la paz y excesiva abundancia que revienta en lo interior, sin que exteriormente se vea la razón por que el hombre perece. Os doy muchas gracias de vuestra cortesía.

Capitán. Dios os guarde. *(Vánse el capitán y los soldados.)*

Ricardo. ¿Queréis proseguir el camino?

Hamlet. Presto os alcanzaré. Id adelante un poco.

ESCENA X

Hamlet. Cuantos (6) accidentes ocurren todos me asustan, excitando á la venganza mi adormecido aliento. ¿Qué es el hombre que funda su mayor felicidad y emplea todo su tiempo en dormir y alimentarse? Es un bruto, y no más. No, aquel que nos formó dotados de tan extenso conocimiento, que con él podemos ver lo pasado y futuro, no nos dió ciertamente esta facultad, esta

razón divina, para que estuviera en nosotros sin uso y torpe. Sea, pues, brutal negligencia, sea tímido escrúpulo que no se atreve á penetrar los casos venideros (proceder en que hay más parte de cobardía que de prudencia), yo no sé para qué existo, diciendo siempre: tal cosa debo hacer, puesto que hay en mí suficiente razón, voluntad, fuerza y medios para ejecutarla. Por todas partes hallo ejemplos grandes que me estimulan. Prueba es bastante ese fuerte y numeroso ejército conducido por un príncipe joven y delicado, cuyo espíritu impelido de ambición generosa desprecia la incertidumbre de los sucesos, y expone su existencia frágil y mortal á los golpes de la fortuna, á la muerte, á los peligros más terribles, y todo por un objeto de tan leve interés. El ser grande no consiste, por cierto, en obrar solo cuando ocurre un gran motivo, sino en saber hallar una razón plausible de contienda, aunque sea pequeña la causa, cuando se trata de adquirir honor. ¿Cómo, pues, permanezco yo en ocio indigno, muerto mi padre alevosamente, mi madre envilecida... estímulos capaces de excitar mi razón y mi ardimiento, que yacen dormidos? Mientras para vergüenza mía veo la destrucción inmediata de veinte mil hombres, que por un capricho, por una estéril gloria van al sepulcro como á sus lechos, combatiendo por una causa que la multitud es incapaz de comprender, por un terreno que aún no es suficiente sepultura á tantos cadáveres... ¡Oh!, de hoy más, ó no existirá en mi fantasía idea ninguna ó cuantas forme serán sangrientas.

ESCENA XI

Galería de palacio

Gertrudis y Horacio

Gertrudis. No, no quiero hablarla.

Horacio. Ella insta por veros. Está loca, es verdad; pero eso mismo debe excitar vuestra compasión.

Gertrudis. ¿Y qué pretende? ¿Qué dice?

Horacio. Habla mucho de su padre: dice que continuamente oye que el mundo está lleno de maldad; solloza, se lastima el pecho, y airada trastorna con el pie cuanto al pasar encuentra. Proflere razones equívocas en que apenas se halla sentido; pero la misma extravagancia de ellas mueve á los que las oyen á retenerlas, examinando el fin con que las dice y dando á sus palabras una combinación arbitraria, según la idea de cada uno. Al observar sus miradas, sus movimientos de cabeza, su gesticulación expresiva, llegan á creer que puede haber en ella algún asomo de razón; pero nada hay de cierto, sino que se halla en el estado más infeliz.

Gertrudis. Será bien hablarla, antes que mi repulsa esparza conjeturas fatales en aquellos ánimos que todo lo interpretan siniestramente. Hazla venir. *(Vase Horacio).* El más frívolo acaso parece á mi dañada conciencia presagio de algún grave desastre. Propia es de la culpa es tu desconfianza. Tan lleno está siempre de recelos el delincuente, que el temor de ser descubierto hace tal vez que él mismo se descubra.

ESCENA XII

GERTRUDIS, OFELIA Y HORACIO

Ofelia. ¿En dónde está la hermosa Reina de Dinamarca?
Gertrudis. ¿Cómo va, Ofelia?
Ofelia. *(Estos versos, y todos los que siguen en el presente acto, los canta Ofelia.)*

¿Cómo al amante
Que fiel te sirva,
De otro cualquiera
Distinguiría?
Por las veneras
De su esclavina,
Bordón, sombrero
Con plumas rizas,
Y su calzado
Que adoran cintas.

Gertrudis. ¡Oh querida mía! ¿Y á qué propósito viene esa canción?
Ofelia. ¿Eso decís?... Atended á ésta:

Muerto es ya, señora,
Muerto, y no está aquí.
Una tosca piedra
A sus plantas ví,
Y al césped del prado
Su frente cubrir.

¡Ah! ¡ah! ¡ah! *(Dando risotadas.)*
Gertrudis. Sí; pero, Ofelia...
Ofelia. Oid, oid.

Blancos paños le vestían...

ESCENA XIII

CLAUDIO, GERTRUDIS, OFELIA Y HORACIO

Gertrudis. ¡Desgraciada! ¿Véis esto, señor?

Ofelia.
Blancos paños le vestían
Como la nieve del monte,
Y al sepulcro le conducen
Cubierto de bellas flores,
Que en tierno llanto de amor
Se humedecieron entonces.

Claudio. ¿Cómo estás, graciosa niña?

Ofelia. Buena; Dios os lo pague... Dicen que la lechuza fué antes una doncella, hija de un panadero... ¡Ah!... Sabemos lo que somos ahora, pero no lo que podemos ser... Dios vendrá á visitaros.

Claudio. Alusión á su padre.

Ofelia. Pero no, no hablemos más en esto; y si os preguntan lo que significa, decid:

De San Valentino (7)
La fiesta es mañana:
Yo, niña amorosa,
Al toque del alba
Iré á que me veas
Desde tu ventana,
Para que la suerte
Dichosa me caiga.
Despierta el mancebo,
Se viste de gala.

Y él responde entonces:

Por el sol te juro
Que no lo olvidara,
Si tú no te hubieras
Venido á mi cama.

Claudio. ¡Graciosa Ofelia!

Ofelia. Sí, voy á acabar: sin jurarlo, os prometo que la voy á concluir.

¡Ah, mísera! ¡Cielos!
¡Torpeza villana!
¿Qué galán desprecia
Ventura tan alta?
Pues todos son falsos,
Le dice indignada:
Antes que en tus brazos
Me mirase incauta,
De hacerme tu esposa
Me diste palabra.
Y abriendo las puertas
Entró la muchacha,
Que viniendo virgen
Volvió desflorada.

Claudio. ¿Cuánto ha que está así?

Ofelia. Yo espero que todo irá bien... Debemos tener paciencia... *(Se entristece y llora.)* Pero yo no puedo menos de llorar considerando que le han dejado sobre la tierra fría... Mi hermano lo sabrá... preciso... Y yo os doy las gracias por vuestros buenos consejos... *(Con mucha viveza y alegría.)* Vamos, la carroza. Buenas noches, señoras, buenas (8) noches. Amiguitas, buenas noches, buenas noches.

Claudio. *(A Horacio.)* Acompáñala á su cuarto, y haz que la asista suficiente guardia. Yo te lo ruego.

ESCENA XIV

CLAUDIO Y GERTRUDIS

Claudio. ¡Oh! todo es efecto de un profundo dolor; todo nace de la muerte de su padre; y ahora observo, Gertrudis, que cuando los males vienen, no vie-

nen esparcidos como espías, sino reunidos en escuadrones. Su padre muerto, tu hijo ausente (habiendo dado él mismo justo motivo á su destierro), el pueblo alterado en tumulto con dañadas ideas y murmuraciones sobre la muerte del buen Polonio, cuyo entierro oculto ha sido no leve imprudencia de nuestra parte. La desdichada Ofelia fuera de sí, turbada su razón, sin la cual somos vanos simulacros, ó comparables solo á los brutos, y por último (y esto no es menos esencial que todo lo restante), su hermano, que ha venido secretamente de Francia, y en medio de tan extraños casos, se oculta entre sombras misteriosas, sin que falten lenguas maldicientes que envenenen sus oídos, hablándole de la muerte de tu padre. Ni en tales discursos, á falta de noticias seguras, dejaremos de ser citados continuamente de boca en boca. Todos estos afanes juntos, mi querida Gertrudis, como una máquina destructora que se dispara, me dan muchas muertes á un tiempo.

(Suena á lo lejos un rumor confuso, que se irá aumentando durante la escena siguiente.)

Gertrudis. ¡Ah, Dios! ¿Qué estruendo es éste?

ESCENA XV

CLAUDIO, GERTRUDIS Y UN CABALLERO

Claudio. ¿En dónde está mi guardia?... Acudid... defended las puertas... ¿Qué es esto?

Caballero. Huid (9), señor. El Océano, sobrepujando sus términos, no traga las llanuras con ímpetu más espantoso que el que manifiesta el joven Laertes ciego de furor, venciendo la resistencia que le oponen vuestros soldados. El vulgo le apellida

señor; y como si ahora comenzase á existir el mundo, la antigüedad y la costumbre (apoyo y seguridad de todo buen Gobierno) se olvidan y se desconocen. Gritan por todas partes: nosotros elegimos por Rey á Laertes. Los sombreros arrojados al aire, las manos y las lenguas le aplauden, llegando á las nubes la voz general que repite: Laertes será nuestro Rey. ¡Viva Laertes!

Gertrudis. ¡Con qué alegría sigue ladrando esa traílla pérfida el rastro mal seguro en que va á perderse!

Claudio. Ya han roto las puertas.

ESCENA XVI

LAERTES, CLADIO, GERTRUDIS, SOLDADOS Y PUEBLO

Laertes. ¿En dónde está el Rey? *(Volviendo hacia la puerta por donde ha salido, detiene á los conjurados que le acompañan, y hace que se retiren.)* Vosotros quedaos todos fuera.

(Voces.) No, entremos.

Laertes. Yo os pido que me dejéis.

(Voces.) Bien, bien está.

Laertes. Gracias, señores. Guardad las puertas... Y tú, indigno príncipe, dame á mi padre.

Gertrudis. Menos, menos ardor, querido Laertes.

Laertes. Si hubiese en mí una gota de sangre con menos ardor, me declararía por hijo espurio, infamaría de cornudo á mi padre é imprimiría sobre la frente limpia y casta de mi madre honestísima la nota infame de prostituta.

Claudio. Pero, Laertes, ¿cuál es el motivo de tan atrevida rebelión?... Déjale, Gertrudis, no le contengas... No temas nada contra mí. Existe una fuerza divina que defiende á los reyes; la traición no puede como quisiera penetrar hasta ellos, y ve ma-

logrados en la ejecución todos sus designios... Dime, Laertes, ¿por qué estás tan airado?... Déjale, Gertrudis... Habla tú.

Laertes. ¿En dónde está mi padre?

Claudio. Murió.

Gertrudis. Pero no le ha muerto el Rey.

Claudio. Déjale preguntar cuando quiera.

Laertes. ¿Y cómo ha sido su muerte?... ¡Eh!,.. No, á mí no se me engaña. Váyase al infierno la fidelidad, llévese el más atezado demonio los juramentos de vasallaje, sepúltense la conciencia, la esperanza de salvación en el abismo más profundo... La condenación eterna no me horroriza; suceda lo que quiera, ni este ni el otro mundo me importan nada... Solo aspiro, y éste es el punto en que insisto, solo aspiro á dar completa venganza á mi difunto padre.

Claudio. ¿Y quién te lo puede estorbar?

Laertes. Mi voluntad sola, y no todo el universo; y en cuanto á los medios de que he de valerme, yo sabré economizarlos de suerte que un pequeño esfuerzo produzca efectos grandes.

Claudio. Buen Laertes, si deseas saber la verdad acerca de la muerte de tu amado padre, ¿está escrito en tu venganza que hayas de atropellar sin distinción amigos y enemigos, culpados é inocentes?

Laertes. No; solo á mis enemigos.

Claudio. ¿Querrás sin duda conocerlos?

Laertes. ¡Oh! A mis buenos amigos yo los recibiré con abiertos brazos, y semejante al pelícano amoroso los alimentaré, si necesario fuese con mi sangre misma.

Claudio. Ahora hablaste como buen hijo y como caballero. Laertes, ni tengo culpa en la muerte de tu padre, ni alguno ha sentido como yo su desgracia. Esta verdad deberá ser tan clara á tu razón como á tus ojos la luz del día.

(Voces.) Dejadla entrar. *(Ruidos y voces dentro.)*

Laertes. ¿Qué novedad... qué ruido es éste?

ESCENA XVII

CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES, OFELIA Y ACOMPAÑAMIENTO

(Ofelia sale vestida de blanco, el cabello suelto y una guirnalda en la cabeza, hecha de paja y flores silvestres, trayendo en el faldellín muchas flores y hierbas.)

Laertes. ¡Oh, calor activo abrasa mi cerebro! ¡Lágrimas en extremo cáusticas, consumid la potencia y la sensibilidad de mis ojos! Por los cielos te juro que esa demencia tuya será pagada por mí con tal exceso, que el peso del castigo tuerza el fiel y baje la balanza... ¡Oh, rosa de Mayo, amable niña, mi querida Ofelia, mi dulce hermana!... ¡Oh cielos! ¿Y es posible que el entendimiento de una tierna joven sea tan frágil como la vida del hombre decrépito?... Pero la naturaleza (10) es muy fina en amor, y cuando éste llega al exceso, el alma se desprende tal vez de alguna preciosa parte de sí misma, para ofrecérsela en don al objeto amado.

Ofelia.

Lleváronle en su ataud
Con el rostro descubierto.
Ay no ni, ay ay ay no ni.
Y sobre su sepultura
Muchas lágrimas llovieron.
Ay no ni, ay ay ay no ni.

Adiós, querido mío. Adiós.

Laertes. Si gozando de tu corazón me incitaras á la venganza, no pudieras conmoverme tanto.

Ofelia. Debéis de cantar aquello de

Abajito está (11):
Llámele, señor, que abajito está.

¡Ay, qué á propósito viene el estribillo!... El pí-

caro del mayordomo fué el que robó á la señorita.

Laertes. Esas palabras vanas producen mayor efecto en mí, que el más concertado discurso.

Ofelia. Aquí traigo romero, que es bueno para la memoria. *(A Laertes.)* Tomad, amigo, para que os acordéis... Y aquí hay trinitarias, que son para los pensamientos.

Laertes. Aun en medio de su delirio quiere aludir á los pensamientos que la agitan y á sus memorias tristes.

Ofelia. *(A Gertrudis.)* Aquí hay hinojo para vos y palomillas y ruda... (12) para vos también, y esto poquito es para mí... Nosotros podemos llamarla hierba santa del domingo... Vos la usaréis con la distinción que os parezca... *(A Claudio.)* Esta es una margarita... Bien os quisiera dar algunas violetas; pero todos se marchitaron cuando murió mi padre. Dicen que tuvo un buen fin.

Un solitario (13)
De plumas vario
Me da placer.

Laertes. Ideas funestas, aflicción, pasiones terribles, los horrores del infierno mismo, todo en su boca es gracioso y suave.

Ofelia.

Nos deja, se va,
Y no ha de volver.
No, que ya murió,
No vendrá otra vez...
Su barba era nieve,
Su pelo también.
Se fué ¡dolorosa
Partida! se fué.
En vano exhalamos
Suspiros por él.
Los celos piadosos
Descanso le dén.

A él y á todas las almas cristianas. Dios lo quiera... ¡Eh! señores, adiós.

ESCENA XVIII

CLAUDIO, GERTRUDIS Y LAERTES

Laertes. ¡Véis esto, Dios mío!

Claudio. Yo debo tomar parte en tu aflicción, Laertes; no me niegues este derecho. Oyeme aparte. Elige entre los más prudentes de tus amigos aquellos que te parezca. Oigannos á entrambos, y juzguen Si por mí propio ó por mano ajena resulto culpado, mi reino, mi corona, mi vida, cuanto puedo llamar mío, todo te lo daré para satisfacerte. Si no hay culpa en mí, deberé contar otra vez con tu obediencia, y unidos ámbos, buscaremos les medios de aliviar tu dolor.

Laertes. Hágase lo que decís... Su arrebatada muerte, su obscuro funeral, sin trofeos, armas ni escudos sobre el cadáver, ni debidos honores, ni decorosa pompa; todo, todo está clamando del cielo á la tierra por un examen el más riguroso.

Claudio. Tú le obtendrás, y la segur terrible de la justicia caerá sobre el que fuere delincuente. Ven conmigo.

ESCENA XIX

Sala en casa de Horacio

HORACIO Y UN CRIADO

Horacio. ¿Quiénes son los que me quieren hablar.

Criado. Unos marineros que, según dicen, os traen cartas.

Horacio. Hazlos entrar. *(Vase el criado.)* Yo no sé de qué parte del mundo pueda nadie escribirme, si ya no es Hamlet mi señor.

ESCENA XX

HORACIO Y DOS MARINEROS

Marinero 1.º Dios os guarde.

Horacio. Y á vosotros también.

Marinero 1.º Así lo hará, si es su voluntad. Estas cartas del embajador que se embarcó para Inglaterra vienen dirigidas á vos, si os llamais Horacio como nos han dicho.

Horacio. *(Lee la carta.)* «Horacio, luego que hayas leído ésta dirigirás esos hombres al Rey, para el cual les he dado una carta. Apenas llevábamos dos días de navegación, cuando empezó á darnos caza un pirata muy bien armado. Viendo que nuestro navío era poco velero, nos vimos precisados á apelar al valor. Llegamos al abordaje: yo salté el primero en la embarcación enemiga, que al mismo tiempo logró desaferrarse de la nuestra, y, por consiguiente, me hallé solo y prisionero. Ellos se han portado conmigo como ladrones compasivos; pero ya sabían lo qne se hacían, y se lo he pagado muy bien. Haz que el Rey reciba las cartas que le envío, y tú ven á verme con tanta diligencia como si huyeras de la muerte. Tengo unas cuantas palabras que decirte al oído, que te dejarán atónito, bien que todas ellas no serán suficientes á expresar la importancia del caso. Esos buenos hombres te conducirán hasta aquí. Guillermo y Ricardo siguieron

su camino á Inglaterra. Mucho tengo que decirte de ellos. Adiós. Tuyo siempre.—HAMLET.» Vamos. Yo os introduciré para que presentéis esas cartas. Conviene hacerlo pronto, á fin de que me llevéis después adonde queda el que os las entregó.

ESCENA XXI

Gabinete del Rey

CLAUDIO Y LAERTES

Horacio. Sin duda tu rectitud aprobará ya mis descargo, y me darás lugar en el corazón como á tu amigo, después que has oído con pruebas evidentes que el matador de tu noble padre conspiraba contra mi vida.

Laertes. Claramente se manifiesta... Pero decidme: ¿por qué no procedéis contra excesos tan graves y culpables, cuando vuestra prudencia, vuestra grandeza, vuestra propia seguridad, todas las consideraciones juntas deberían excitaros tan particularmente á reprimirlos.

Claudio. Por dos razones, que aunque tal vez las juzgarás débites, para mí han sido muy poderosas. Una es (15) que la Reina su madre vive pendiente casi de sus miradas, y al mismo tiempo (sea desgracia ó felicidad mía) tan estrechamente unió el amor mi vida y mi alma á la de mi esposa, que así como los astros no se mueven sino dentro de su propia esfera, así en mí no hay movimiento alguno que no dependa de su voluntad. La otra razón, porque no puedo proceder contra el agresor públicamente, es el grande cariño que le tiene el pueblo; el cual, como la fuente cuyas aguas

mudan los troncos en piedras, bañando en su afecto las faltas del príncipe, convierte en gracias todos sus yerros. Mis flechas no pueden con tal violencia dispararse, que resistan á huracán tan fuerte; y sin tocar el punto á que las dirija, se volverán otra vez al arco.

Laertes. Sí, y en tanto yo he perdido á un ilustre padre y hallo á una hermana en la más deplorable situación... Mi hermana, cuyo mérito (si alcanza el elogio á lo que ya no existe) se levantó sobre lo más sublime de su siglo, por las raras prendas que en ella se admiraron juntas... Pero llegará, llegará el tiempo de mi venganza.

Claudio. Ese cuidado no debe interrumpirte el sueño, ni has de presumir que yo esté formado de materia tan insensible y dura, que me deje remesar la barba y lo tome á fiesta... Presto te informaré de lo demás. Basta decirte que amé á tu padre y que espero darte á conocer la... Pero... ¿Qué noticias traes?

ESCENA XXII

CLAUDIO, LAERTES Y UN GUARDIA

Guardia Señor, véis aquí cartas del príncipe: ésta para V. M., y ésta para la Reina. *(Da unas cartas á Claudio.)*

Claudio. ¡De Hamlet! ¿Quién las ha traído?

Guardia. Dicen que unos marineros; yo no los he visto. Horacio, que las recibió del que las trajo, es el que me las ha entregado á mí.

Claudio. Oirás lo que dicen, Laertes. Déjanos solos.

ESCENA XXIII

CLAUDIO Y LAERTES

Claudio. (*Lee una carta.*) «Alto y podoroso señor: os hago saber como he llegado desnudo á vuestro reino. Mañana os pediré el permiso de ver vuestra presencia real; y entonces, mediante vuestro perdón, os diré la causa de mi extraña y repentina vuelta.—HAMLET.»
¿Qué quiere decir esto? ¿Se habrán vuelto los otros también, ó hay alguna equivocación, ó acaso todo es falso?

Laertes. ¿Conocéis la letra?

Claudio. (*Examinando con atención la carta.*) Sí, es de Hamlet... *Desnudo*... y en una enmienda que hay aquí, dice: *solo*... ¿Qué puede ser esto?

Laertes. Yo nada alcanzo... Pero dejadle venir, que ya siento encenderse en nuevas iras mi corazón... Sí, yo viviré, y le diré en su cara: tú lo hiciste, y fué de esta manera.

Claudio. Si el caso es cierto... ¡Eh! ¡Cómo es posible!... ¿Y qué otra cosa puede ser?... ¿Quieres dirigirte por mí, Laertes?

Laertes. Sí, señor, como no procuréis inclinarme á la paz.

Claudio. A tu propia paz, no á otra ninguna. Si él vuelve ahora disgustado de este viaje y rehusa comenzarle de nuevo, yo le ocuparé en una empresa que medite, en la cual perecerá sin duda. Esta muerte no excitará el aura más leve de acusación; su madre misma absolverá el hecho juzgándole casual.

Laertes. Seguiré en todo vuestras ideas, y mucho más si disponéis que yo sea el instrumento que las ejecute.

Claudio. Todo sucede bien... Desde que te fuiste se ha hablado mucho de ti delante de Hamlet, por una habilidad en que dicen que sobresales. Las demás que tienes no movieron tanto su envidia como esta sola, que en mi opinión ocupa el último lugar.

Laertes. ¿Y qué habilidad es, señor?

Claudio. No es más que un lazo en el sombrero de la juventud, pero que le es muy necesario; puesto que así son propios de la juventud los adornos ligeros y alegres, como de la edad madura las ropas y pieles que se viste por abrigo y decencia... Dos meses há que estuvo aquí un caballero de Normandía... Yo conozco á los franceses muy bien, he militado contra ellos, y son por cierto buenos jinetes; pero el galán de quien hablo era un prodigio en esto. Parecía haber nacido sobre la silla, y hacía ejecutar al caballo tan admirables movimientos como si él y su valiente bruto animaran un cuerpo solo; y tanto excedió á mis ideas, que todas las formas y actitudes que yo pude imaginar no llegaron á lo que él hizo.

Laertes. ¿Decís que era normando?

Claudio. Sí, normando.

Laertes. Ese es Lamond, sin duda.

Claudio. El mismo.

Laertes. Le conozco bien, y es la joya más preciosa de su nación.

Claudio. Pues éste, hablando de ti públicamente, te llenaba de elogios por tu inteligencia y ejercicio en la esgrima, y la bondad de tu espada en la defensa y el ataque; tanto, que dijo alguna vez que sería un espectáculo admirable el verte lidiar con otro de igual mérito, si pudiera hallarse; puesto que, según aseguraba él mismo, los más diestros de su nación carecían de agilidad para las estocadas y los quites cuando tú esgrimías con ellos.

Este informe irritó la envidia de Hamlet y en nada pensó desde entonces sino en solicitar con instancia tu pronto regreso para batallar contigo. Fuera de eso...

Laertes. ¿Y qué hay además de eso, señor?

Claudio. Laertes, ¿amaste á tu padre, ó eres como las figuras de un lienzo, que tal vez aparentan tristeza en el semblante cuando las falta un corazón?

Laertes. ¿Por qué lo preguntáis?

Claudio. No porque piense que no amabas á tu padre, sino porque sé que el amor (15) está sujeto al tiempo, y que el tiempo extingue su ardor y sus centellas, según me lo hace ver la experiencia de los sucesos. Existe en medio de la llama de amor una mecha ó pábilo que la destruye al fin; nada permanece en un mismo grado de bondad constantemente, pues la salud misma, degenerando en plétora, perece por su propio exceso. Cuanto nos proponemos hacer debería ejecutarse en el instante mismo en que lo deseamos, porque la voluntad se altera fácilmente, se debilita y se entorpece, según las lenguas, las manos y los accidentes que se atraviesan; y entonces aquel estéril deseo es semejante á un suspiro que exhalando pródigo el aliento, causa daño en vez de dar alivio... Pero toquemos en lo vivo de la herida. Hamlet vuelve... ¿Qué acción emprenderías tú para manifestar más con las obras que con las palabras que eres digno hijo de tu padre?

Laertes. ¿Qué haré? Le cortaré la cabeza en el templo mismo.

Claudio. Cierto que no debería un homicida hallar asilo en parte alguna, ni reconocer límites una justa venganza; pero, buen Laertes, haz lo que te diré: Permanece oculto en tu cuarto; cuando llegue Hamlet, sabrá que tú has venido; yo le haré acompañar por algunos que alabando tu destreza

den un nuevo lustre á los elogios que hizo de ti el francés. Por último (16), llegaréis á veros; se harán apuestas en favor de uno y otro... él, que es descuidado, generoso, incapaz de toda malicia, no reconocerá los floretes; de suerte que te será muy fácil, con poca sutileza que uses, elegir una espada sin botón, y en cualquiera de las jugadas tomar satisfacción de la muerte de tu padre.

Laertes. Así lo haré, y á ese fin quiero envenenar la espada con cierto ungüento que compré de un charlatán, de cualidad tan mortífera, que mojando un cuchillo en él, adonde quiera que haga sangre, introduce la muerte, sin que haya emplasto eficaz que pueda evitarla, por más que se componga de cuantos simples medicinales crecen debajo de la luna. Yo bañaré la punta de mi espada en este veneno, para que apenas le toque muera.

Claudio. Reflexionemos más sobre esto... Examinemos qué ocasión, qué medios serán más oportunos á nuestro engaño: porque si tal vez se malogra y, equivocada la ejecución, se descubren los fines, valiera más no haberlo emprendido. Conviene, pues, que este proyecto vaya sostenido con otro segundo, capaz de asegurar el golpe, cuando por el primero no se consiga. Espera... Déjame ver si... Haremos una apuesta solemne sobre vuestra habilidad y... Sí, ya hallé el medio. Cuando con la agitación os sintáis acalorados y sedientos (puesto que al fin deberá ser mayor la violencia del combate), él pedirá de beber, y yo le tendré prevenida expresamente una copa que, al gustarla solo, aunque haya podido librarse de tu espada ungida, veremos cumplido nuestro deseo. Pero... calla... ¿Qué ruído se escucha? *(Suena ruído dentro.)*

ESCENA XXIV

GERTRUDIS, CLAUDIO Y LAERTES

Claudio. ¿Qué ocurre de nuevo, amada Reina?

Gertrudis. Una desgracia va siempre pisando las ropas de otra; tan inmediatas caminan. Laertes, tu hermana acaba de ahogarse.

Laertes. ¡Ahogada!... ¿En dónde?... ¡Cielos!

Gertrudis. Donde (17) hallaréis un sauce que crece á las orillas de ese arroyo, repitiendo en las ondas cristalinas la imagen de sus hojas pálidas. Allí se encaminó ridículamente coronada de ranúnculos, hortigas, margaritas y luengas flores purpúreas, que entre los sencillos labradores se reconocen bajo una denominación grosera, y las modestas doncellas llaman dedos de muerto. Llegada que fué, se quitó la guirnalda, y queriendo subir á suspenderla de los pendientes ramos, se troncha un vástago envidioso y caen al torrente fatal ella y todos sus adornos rústicos. Las ropas huecas y extendidas la llevaron un rato sobre las aguas, semejante á una sirena, y en tanto iba cantando pedazos de tonadas antiguas, como ignorante de su desgracia ó como criada y nacida en aquel elemento. Pero no era posible que así durase por mucho espacio... Las vestiduras, pesadas ya con el agua que absorbían, la arrebataron á la infeliz, interrumpiendo su canto dulcísimo la muerte, llena de angustias.

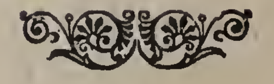
Laertes. Qué, ¿en fin se ahogó? ¡Mísero!

Gertrudis. Sí, se ahogó, se ahogó.

Laertes. ¡Desdichada Ofelia! Demasiada (18) agua tienes ya; por eso quisiera reprimir la de mis ojos... Bien que á pesar de todos nuestros esfuerzos,

imperiosa la naturaleza sigue su costumbre, por más que el valor se avergüence... Pero luego que este llanto se vierta, nada quedará en mí de femenil ni de cobarde... Adiós, señores... Mis palabras de fuego arderían en llamas si no las apagasen estas lágrimas imprudentes. *(Vase Laertes.)*

Claudio. Sigámosle, Gertrudis, que después de haberme costado tanto aplacar su cólera, temo ahora que esta desgracia no la irrite otra vez. Conviene seguirle.



ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

Cementerio contiguo á una Iglesia

SEPULTUREROS PRIMERÓ Y SEGUNDO

Sepultro. 1.° ¿Y es la que ha de (1) sepultarse en tierra sagrada, la que deliberadamente ha conspirado contra su propia salvación?

Sepultro. 2.° Dígote que sí: con que haz presto el hoyo. El juez ha reconocido ya el cadáver, y ha dispuesto que se la entierre en sagrado.

Sepultro. 1.° Yo no entiendo cómo va eso... Aun si se hubiera ahogado haciendo esfuerzos para librarse, anda con Dios.

Sepultro. 2.° Así han juzgado que fué.

Sepultro. 1.° No, no, eso fué *se offendendo*; ni puede haber sido de otra manera, porque... ve aquí el punto de la dificultad: Si yo me ahogo voluntariamente, esto arguye por de contado una acción, y toda acción consta de tres partes, que son: hacer, obrar y ejecutar, de donde se infiere, amigo Rasura, que ella se ahogó voluntariamente.

Sepultro. 2.° ¡Qué!... Pero óigame ahora el tío Socaba.

Sepultro. 1.° No, deja, yo te diré. Mira, aquí está el agua. Bien Aquí está un hombre. Muy bien... Pues, señor, si este hombre va y se mete dentro del agua, se

ahoga á sí mismo; porque por fas ó por nefas ello es que él se va... Pero atiende á lo que digo, Si el agua viene hacia él y le sorprende y le ahoga, entonces no se ahoga á sí propio... Compadre Rasura, el que no desea su muerte no se acorta la vida.

Sepultro. 2.° Y qué, ¿hay leyes para eso?

Sepultro. 1.° Ya se ve que las hay, y por ellas se guía el juez que examina estos casos.

Sepultro. 2.° ¿Quieres que te diga la verdad? Pues mira, si la muerta no fuese una señora yo te aseguro que no la enterrarían en sagrado.

Sepultro. 1.° En efecto, dices bien; y es mucha lástima que los grandes personajes hayan de tener en este mundo especial privilegio, entre todos los demás cristianos, para ahogarse y ahorcarse cuando quieren, sin que nadie les diga nada... Vamos allá con el azadón... *(Pónense los dos á abrir una sepultura en medio del teatro, sacando la tierra con espuertas y entre ella calaveras y huesos.)* Ello es que no hay caballeros de nobleza más antigua que los jardineros, sepultureros y cavadores, que son los que ejercen la profesión de Adán.

Sepultro. 2.° Pues qué, ¿Adán fué caballero? (2)

Sepultro. 1.° ¡Toma! como que fué el primero que llevó armas... Pero voy á hacerte una pregunta, y si no me respondes á cuento, has de confesar que eres un...

Sepultro. 2.° Adelante.

Sepultro. 1.° ¿Cuál es el que construye edificios más fuertes que los que hacen los albañiles y los carpinteros de casas y navíos?

Sepultro. 2.° El que hace la horca, porque aquella fábrica sobrevive á mil inquilinos.

Sepultro. 1.° Agudo eres, por vida mía. Buen edificio es la horca; pero ¿cómo es bueno? Es bueno para los que hacen mal: ahora bien; tú haces mal en de-

cir que la horca es fábrica más fuerte que una iglesia; con que la hora podría ser buena para ti... Volvamos á la pregunta.

Sepultro. 2.° ¿Cuál es el que hace habitaciones más durables que las que hacen los albañiles, los carpinteros de casas y de navíos?

Sepultro. 1.° Sí, dímelo, y sales del apuro.

Sepultro. 2.° Ya se ve que te lo diré.

Sepultro. 1.° Pues vamos.

Sepultro. 2.° Pues no puedo decirlo.

Sepultro. 1.° Vaya, no te rompas la cabeza sobre ello... Tú eres un burro lerdo que no saldrá de su paso por más que le apaleen. Cuando te hagan esta pregunta, has de responder: el sepulturero. ¿No ves que las casas que él hace dura hasta el día del juicio?... Anda, ve ahí á casa de Juanillo y y tráeme una copa de aguardiente.

ESCENA II

HAMLET, HORACIO Y SEPULTURERO PRIMERO

Sepultro. 1.° *(Cantando).* Yo amé en mis primeros años,
Que no me estuviera bien.
Dulce cosa lo juzgué;
Pero casarme, eso no,

Hamlet. ¡Qué poco (3) siente ese hombre lo que hace, que abre una sepultura y canta!

Horacio. La costumbre le ha hecho ya familiar esa ocupación.

Hamlet. Así es la verdad. La mano que menos trabaja tiene más delicado el tacto.

Sepultro. 1.° *(Cantando.)* La edad callada en la huesa
Me hundió con mano cruel,
Y toda se destruyó
La existencia que gocé.

Hamlet. Aquella calavera tendría lengua en otro tiempo, y con ella podría también cantar... ¡Cómo la tira al suelo el pícaro! Como si fuese la quijada con que hizo Caín el primer homicidio. Y la que está maltratando ahora ese bruto podría ser muy bien la cabeza de algún estadista, que acaso pretendió engañar al cielo mismo. ¿No te parece?

Horacio. Bien puede ser.

Hamlet. O la de algún cortesano que diría: felicísimos días, señor excelentísimo, ¿cómo va de salud, mi venerado señor? Esta puede ser la del caballero Fulano, que hacía grandes elogios del potro del caballero Zutano para pedírsele prestado después. ¿No puede ser así?

Horacio. Sí, señor.

Hamlet. ¡Oh! Sí por cierto; y ahora está en poder del señor gusano, estropeada y hecha pedazos con el azadón de un sepulturero... Grandes revoluciones se hacen aquí, si hubiera entre nosotros medios para observarlas... Pero ¿costó acaso tan poco la formación de estos huesos á la naturaleza, que hayan de servir para que esa gente (4) se divierta en sus garitos con ellos?... ¡Eh! Los míos se estremecen al considerarlo.

Sepultro 1.º *(Cantando.)* Una piqueta
Con una azada,
Un lienzo donde
Revuelto vaya,
Y un hoyo en tierra
Que le preparan:
Para tal huésped
Eso le basta.

Hamlet. Y esa otra, ¿por qué no podría ser la calavera de un letrado?... ¿Adónde fueron sus equívocos, sus sutilezas, sus litigios, sus interpretaciones, sus embrollos? ¿Por qué sufre ahora que ese bribón grosero le golpee contra la pared con el azadón

lleno de barro?,.. ¡Y no dirá palabra acerca de un hecho tan criminal!... Este sería quizá, mientras vivió, un gran comprador de tierras, con sus obligaciones, reconocimientos, transacciones, seguridades mutuas, pagos, recibos... Ve aquí el arriendo de sus arriendos y el cobro de sus cobranzas: todo ha venido á parar en una calavera llena de lodo. Los títulos de los bienes que poseyó cabrían difícilmente en su ataud, y no obstante eso, todas las fianzas y seguridades recíprocas de sus adquisiciones no le han podido asegurar otra posesión que la de un espacio pequeño capaz de cubrirse con un par de sus escrituras... ¡Oh! Y á su opulento sucesor tampoco le quedará más.

Horacio. Verdad es, señor.

Hamlet. ¿No se hace el pergamino de piel de carnero?

Horacio. Sí, señor, y de piel de ternera también.

Hamlet. Pues dígote que son más irracionales que las terneras y carneros los que fundan su felicidad en la posesión de tales pergaminos... Voy á tramar conversación con este hombre. *(Al sepulturero.)* ¿De quién es esa sepultura, buena pieza?

Sepultro. 1.° Mía, señor. *(Cantando.)*

Y un hoyo en tierra
Que le preparan:
Para tal huésped
Eso le basta.

Hamlet. Sí; yo creo que es tuya porque estás ahora dentro de ella... Pero la sepultura es para los muertos, no para los vivos: con que has mentido.

Sepultro. 1.° Ve ahí un mentís demasiado vivo; pero yo os le volveré.

Hamlet. ¿Para qué muerto cavas esa sepultura?

Sepultro. 1.° No es hombre, señor.

Hamlet. Pues bien, ¿para qué mujer?

Sepultro. 1.° Tampoco es eso.

Hamlet. ¿Pues qué es lo que ha de enterrarse ahí?

Sepultro. 1.° Un cadáver que fué mujer; pero ya murió... Dios la perdone.

Hamlet. ¡Qué taimado es! Hablémosle clara y sencillamente, porque si no es capaz de confundirnos á equívocos. De tres años á esta parte he observado cuánto se va sutilizando la edad en que vivimos... Por vida mía, Horacio, que ya el villanc sigue tan de cerca al caballero, que muy pronto le desollará el talón... ¿Cuánto tiempo há que eres sepulturero?

Sepultro. 1.° Toda mi vida, se puede decir. Yo comencé el oficio el día que nuestro último rey Hamlet venció á Fortimbrás.

Hamlet. ¿Y cuánto tiempo hará?

Sepultro. 1.° ¡Toma! ¿No lo sabéis? Pues hasta los chiquillo os lo dirán. Eso sucedió el mismo día en que nació el joven Hamlet, el que está loco y se h ido á Inglatera.

Hamlet. ¡Oiga! ¿Y por qué se ha ido á Inglaterra?

Sepultro. 1.° Perque... porque está loco, y allí cobrará su ju cio; y si no lo cobra, á bien que poco importa.

Hamlet. ¿Por qué?

Sepultro 1.° Porque allí todos son tan locos como él, y r será reparado.

Hamlet. ¿Y cómo ha sido volverse loco?

Sepultro. 1.° De un modo muy extraño, según dicen.

Hamlet. ¿De qué modo?

Sepultro. 1.° Habiendo perdido el entendimiento.

Hamlet. Pero, ¿qué motivo dió lugar á eso?

Sepultro. 1.° ¿Qué lugar? Aquí en Dinamarca, donde soy e terrador, y lo he sido de chico y de grande p espacio de treinta años.

Hamlet. ¿Cuánto tiempo podrá estar enterrado un ho bre sin corromperse?

Sepultro. 1.° De suerte que si él no corrompía ya en v (como nos sucede todos los días con mucl

cuerpos galicados, que no hay por donde asirlos), podrá durar cosa de ocho ó nueve años. Un curtidor durará nueve años seguramente.

Hamlet. ¿Pues qué tiene él más que otro cualquiera?

Sepultro. 1.° Lo que tiene es un pellejo tan curtido ya por mor de su ejercicio, que puede resistir mucho tiempo al agua; y el agua, señor mío, es la cosa que más pronto destruye á cualquier hideputa de muerto. Ve aquí una calavera que ha estado debajo de tierra veintitrés años.

Hamlet. ¿De quién es?

Sepultro. 1.° ¡Mayor hideputa, loco!... ¿De quién os parece que será?

Hamlet. Yo ¿cómo he de saberlo?

Sepultro. 1.° ¡Mala peste en él y en sus travesuras!... Una vez me echó un frasco de vino del Rhin por los cabezones... Pues, señor, esta calavera es la calavera de Yorick, el bufon del Rey. *(El sepulturero le da una calavera á Hamlet.)*

Hamlet. ¿Esta?

Sepultro. 1.° La misma.

Hamlet. ¡Ay pobre Yorick!... Yo le conocí, Horacio... Era un hombre sumamente gracioso, de la más fecunda imaginación. Me acuerdo que siendo yo niño me llevó mil veces sobre sus hombros... y ahora su vista me llena de horror, y oprimido el pecho palpita... Aquí estuvieron aquellos labios donde yo dí besos sin número... ¿Qué se hicieron tus burlas, tus brincos, tus cantares y aquellos chistes repentinos que de ordinario animaban la mesa con alegre estrépito? Ahora, falto yo enteramente de músculos, ni aun puedes reirte de tu propia deformidad... Ve al tocador de alguna de nuestras damas, y dila para excitar su risa, que por más que se ponga una pulgada de afeite en el rostro, al fin habrá de experimentar esta misma trasformación... *(Tira la calavera al*

montón de tierra inmediato á la sepultura.) Dime una cosa, Horacio.

Horacio. ¿Cuál es, señor?

Hamlet. ¿Crees tú que Alejandro, metido debajo de tierra, tendría esa forma horrible?

Horacio. Cierto que sí.

Hamlet. ¿Y exhalaría este mismo hedor?... ¡Uh!

Horaeio. Sin diferencia alguna.

(El sepulturero primero, acabada la excavación, sale de la sepultura y se pasea hacia el fondo del teatro. Viene después el sepulturero segundo, que trae el aguardiente; beben y hablan entre sí, permaneciendo retirados hasta la escena siguiente, como lo indica el diálogo.)

Hamlet. ¡En qué abatimiento hemos de parar, Horacio!... Y ¿por qué no podría la imaginación seguir las ilustres cenizas de Alejandro hasta encontrarlas tapando la boca de algún barril?

Horacio. A fe, que sería excesiva curiosidad ir á examinarlo.

Hamlet. No, no por cierto. No hay sino irle siguiendo hasta conducirle allí con probabilidad y sin violencia alguna. Como si dijéramos: Alejandro murió, Alejandro fué sepultado, Alejandro se redujo á polvo, el polvo es tierra, de la tierra hacemos barro.. Y ¿por qué con este barro, en que él está ya convertido, no habrán podido tapar un barril de cerveza? El emperador César, muerto y hecho tierra, puede tapar un agujero para estorbar que pase el aire... ¡Oh! Y aquella tierra que tuvo atemorizado el orbe, servirá tal vez de reparar las hendiduras de un tabique contra las intemperies del invierno... Pero callemos... hagámonos á un lado, que... Sí... aquí viene el Rey, la Reina los grandes... ¿A quién acompañan? ¡Qué ceremonial tan incompleto es éste!... Todo ello me anuncia que el difunto que conducen dió fin á su vida con desesperada mano... Sin duda era

persona de calidad... Ocultémonos un poco y observa.

ESCENA III

Claudio, Gertrdis, Hamlet, Laertes, Horacio, un cura, dos sepultureros, acompañamiento de damas, caballeros y criados.

(Conducen entre cuatro hombres el cadáver de Ofelia, vestida con túnica blanca y coronada de flores. Detrás sigue el preste y todos los que hacen el duelo, atravesando el teatro á paso lento hasta llegar adonde está la sepultura. Suena el clamor de las campanas. Hamlet y Horacio se retiran á un extremo del teatro.)

Laertes. ¿Qué otra ceremonia falta (6)?

Hamlet. Mira, aquél es Laertes, joven muy ilustre.

Laertes. ¿Qué ceremonia falta?

El cura. Ya se han celebrado sus exequias con toda la decencia posible. Su muerte da lugar á muchas dudas, y á no haberse interpuesto la suprema autoridad que modifica las leyes, hubiera sido colocada en lugar profano: allí estuviera hasta que sonase la trompeta final, y en vez de oraciones piadosas, hubieran caído sobre su cadáver guijarros, piedras y cascote. No obstante esto, se la han concedido las vestiduras y adornos virginales, el clamor de las campanas y la sepultura.

Laertes. ¿Con que no se debe hacer más?

El cura. No, más. Profanaríamos los honores sagrados de los difuntos cantando un *Réquiem* para implorar el descanso de su alma, como se hace por aquellos que parten de esta vida con más cristiana disposición.

Laertes. Dadla tierra, pues. *(Ponen el cadáver de Ofelia en*

la sepultura.) Sus hermosos é intactos miembros acaso producirán violetas suaves. Y á ti, clérigo zafio, te anuncio que mi hermana será un ángel del Señor, mientras tú estarás bramando en los abismos.

Hamlet. ¡Qué!... ¡La hermosa Ofelia!

Gertrudis. Dulces dones á mi dulce amiga. *(Esparce flores sobre el cadáver.)* Adiós... Yo deseaba que hubieras sido esposa de mi Hamlet, esposa doncella, y esperé cubrir de flores tu lecho nupcial... pero no tu sepulcro.

Laertes. ¡Oh! Una y mil veces sea maldito aquel cuya acción inhumana te privó á ti del más sublime entendimiento!... No... esperad un instante; no echéis la tierra todavía... no... hasta que otra vez la estreche en mis brazos... *(Métese en la sepultura.)* Echadla ahora sobre la muerta y el vivo, hasta que de este llano hagais un monte que descuelle sobre el antiguo Pelion, ó sobre la azul extremidad del olimpo que toca los cielos.

Hamlet. ¿Quién es el que da á sus penas idioma tan enfático, el que así invoca en su aflicción á las estrellas errantes, haciéndolas detenerse admiradas á oirle?... Yo soy Hamlet, príncipe de Dinamarca.

(Atravesando por en medio de todos, va hacia la sepultura, entra en ella y luchan él y Laertes, y se dan puñaladas. Algunos de los circunstantes van allá, los sacan del hoyo y los separan.)

Laertes. El demonio lleve tu alma.

Hamlet. No es justo lo que pides... Quita esos (7) dedos de mi cuello: porque aunque no soy precipitado ni colérico, algún riesgo hay en ofenderme, y si eres prudente debes evitarle... Quita de ahí esa mano.

Claudio. Separadlos.

Gertrudis. ¡Hamlet! ¡Hamlet!

Todos. ¡Señores!

Horacio. Moderaos, señor.

Hamlet. Yo he querido á Ofelia, y cuatro mil hermanos juntos no podrán con todo su amor exceder al mío... ¿Qué quieres hacer por ella? Dí.

Claudio. Laertes, mira que está loco.

Gertrudis. Por Dios, Laertes, déjale.

Hamlet. Dime lo que intentas hacer. *(Los sepultureros llenan la sepultura de tierra y la apisonan.)* ¿Quieres llorar, combatir, negarte el sustento, hacerte pedazos, beber todo el Esil (8), devorar un caimán? Yo le haré también.., ¿Vienes aquí á lamentar su muerte, á insultarme precipitándote en su sepulcro, á ser enterrado vivo con ella? Pues bien, eso quiero yo; y si hablas de montes, descarguen sobre nosotros yugadas de tierra innumerables, hasta que estos campos tuesten su frente en la tórrida zona, y el alto Osa parezca en su comparación un terrón pequeño... Si me hablas con soberbia, yo usaré un lenguaje tan altanero como el tuyo.

Gertrudis. Todos son efectos de su frenesí, cuya violencia podrá agitarle por algún tiempo; pero después, semejante á la mansa paloma cuando siente animadas las mellizas crías, le veréis sin movimiento y mudo.

Hamlet. Oyeme: ¿cuál es la razón de obrar así conmigo?... Siempre te he querido bien... Pero... nada importa. Aunque el mismo Hércules con todo su poder quiera estorbarlo, el gato mayará y el perro quedará vencedor.

(Vase Hamlet, y Horacio le sigue.)

Claudio. Horacio, ve, no le abandones... Laertes, nuestra plática de la noche anterior fortificará tu paciencia mientras dispongo lo que importa en la ocasión presente... Amada Gertrudis, será bien que alguno se encargue de la guarda de tu hijo... Esta sepultura se adornará con un monumento dura-

ble... Espero que gozaremos brevemente horas más tranquilas; pero entretanto conviene sufrir.

ESCENA IV

Salón del palacio, el mismo que sirvió para la representación, con asientos que han de ocuparse en la escena IX.

HÁMLET Y HORACIO

Hamlet. Baste ya lo dicho sobre esta materia. Ahora quisiera informarte de lo demás; pero, ¿te acuerdas bien de todas las circunstancias?

Horacio. ¿No he de acordarme, señor?

Hamlet. Pues sabrás (9), amigo, que agitado continuamente mi corazón en una especie de combate, no me permitía conciliar el sueño, y en tal situación me juzgaba más infeliz que el delincuente cargado de prisiones. Una temeridad... Bien que debo dar gracias á esta temeridad pues por ella existo... Sí, confesemos que tal vez nuestra indiscreción suele sernos útil, al paso que los planes concertados con la mayor sagacidad se malogran; prueba certísima de que la mano de Dios conduce á su fin todas nuestras acciones, por más que el hombre las ordene sin inteligencia.

Horacio. Así es la verdad.

Hamlet. Salgo pues de mi camarote, mal rebujado con un vestido de marinero; y á tientas, favorecido de la obscuridad, llego hasta donde ellos estaban. Logro mi deseo, me apodero de sus papeles y me vuelvo á mi cuarto. Allí, olvidando mis recelos toda consideración, tuve la osadía de abrir sus

despachos, y en ellos encuentro, amigo, una alevosía del rey. Una orden precisa, apoyada en varias razones de ser importante á la tranquilidad de Dinamarca y aun á la de Inglaterra, y... mil temores y anuncios de mal si me dejan vivo... En fin, decía que luego que fuese leída, sin dilación ni aun para afinar á la segur el filo, me cortasen la cabeza.

oracio. ¿Es posible?

amlet. Mira la orden aquí: (*le enseña un pliego, y vuelve á guardársele)*: podrás leerla en mejor ocasión. Pero, ¿quieres saber lo que yo hice?

oracio. Sí, yo os lo ruego.

amlet. Ya ves como rodeado así de traiciones, ya ellos habían empezado el drama aun antes de que yo hubiese comprendido el prólogo. No obstante, siéntome al bufete, imagino una orden distinta, y la escribo inmediatamente de buena letra... Yo creí algún tiempo (como todos los grandes señores) que el escribir bien fuese un desdoro, y aun no dejé de hacer muchos esfuerzos para olvidar esta habilidad; pero ahora conozco, Horacio, cuán útil me ha sido tenerla. ¿Quieres saber lo que el escrito contenía?

oracio. Sí, señor.

amlet. Una súplica del rey dirigida con grandes instancias al de Inglaterra, como á su obediente feudatario, diciéndole que su recíproca amistad florecería como la palma robusta; que la paz coronada de espigas mantendría la quietud de ambos imperios, uniéndolos en amor durable, con otras expresiones no menos afectuosas; pidiéndole por último que vista que fuese aquella carta, sin otro examen, hiciese perecer con pronta muerte á los dos mensajeros, no dándoles tiempo ni aun para confesar su delito.

oracio. ¿Y como pudistéis sellar?

Hamlet. Aun eso también parece que lo dispuso el cielo; porque felizmente traía conmigo el sello de mi padre, por el cual se hizo el que hoy usa el rey. Cierro el pliego en la forma que el anterior, póngole la misma dirección, el mismo sello, le conduzco sin ser visto al mismo paraje, y nadie nota el cambio... Al día siguiente ocurrió el combate naval: lo que después sucedió, ya lo sabes.

Horacio. De ese modo Guillermo y Ricardo caminan derechos á la muerte.

Hamlet. Ya ves que ellos han solicitado este encargo: mi conciencia no me acusa acerca de este castigo... Ellos mismos se han procurado su ruina... Es muy peligroso al inferior meterse entre las puntas de las espadas, cuando dos enemigos poderosos lidian.

Horacio. ¡Oh, qué rey este!

Hamlet. ¿Juzgas tú que no estoy en obligación de proseguir lo que falta? El que asesinó á mi padre y mi rey, que ha deshonrado á mi madre, que se ha introducido furtivamente entre el solio y mis derechos justos, que ha constituído contra mi vida valiéndose de medios tan aleves... ¿no será justicia rectísima castigarle con esta mano? ¿No será culpa en mí tolerar que ese monstruo exista para cometer, como hasta aquí, maldades atroces?

Horacio. Presto le avisarán de Inglaterra cuál ha sido el éxito de su solicitud.

Hamlet. Sí, presto lo sabrá; pero entre tanto el tiempo es mío, y para quitar á un hombre la vida un instante basta....Sólo me disgusta, amigo Horacio, el lance ocurrido con Laertes, en que olvidado de mí propio, no ví en mi sentimiento la imagen y semejanza del suyo. Procuraré su amistad, sí... Pero, ciertamente, aquel tono amenazador, que daba á sus quejas irritó en exceso mi cólera.

Horacio. Callad... ¿Quién viene aquí?

ESCENA V

HAMLET, HORACIO Y ENRIQUE

Enrique. En hora (10) feliz haya regresado V. A. á Dinamarca.

Hamlet. Muchas gracias, caballero... ¿Conoces á este moscón?

Horacio. No, señor.

Hamlet. Nada se te dé, que el conocerle es por cierto poco agradable. Este es señor de muchas tierras y muy fértiles, y por más que él sea un bestia que manda en otros tan bestias como él, ya se sabe, tiene su pesebre fijo en la mesa del Rey... Es la corneja más charlera que en mi vida he visto; pero, como te he dicho ya, posee una gran porción de polvo.

Enrique. Amable príncipe, si vuestra grandeza no tiene ocupación que se lo estorbe, yo le comunicaría una cosa de parte del Rey.

Hamlet. Estoy dispuesto á oirla con la mayor atención... Pero emplead el sombrero en el uso á que fué destinado. El sombrero se hizo para la cabeza.

Enrique. Muchas gracias, señor... ¡Eh! El tiempo está caluroso.

Hamlet. No, al contrario, muy frío. El viento es Norte.

Enrique. Cierto, que hace bastante frío.

Hamlet. Antes yo creo... á lo menos que mi complexión hace un calor que abrasa.

Enrique. ¡Oh! en extremo... sumamente fuerte como... yo no sé cómo diga... Pues, señor, el Rey me manda que os informe de que ha hecho una grande apuesta eu vuestro favor. Este es el asunto.

Hamlet. Tened presente que el sombrero se...

Enrique. ¡Oh! señor... lo hago por comodidad.,. cierto... Pues ello es que Laertes acaba de llegar á la corte... ¡Oh!, es un perfecto caballero, no cabe duda. Excelentes cualidades, un trato muy dulce, muy bien quisto de todos... Cierto, hablando sin pasión, es menester confesar que es la nata y flor de la nobleza, porque en él se hallan cuantas prendas pueden verse en un caballero.

Hamlet. La pintura que de él hacéis no desmerece nada en vuestra boca, aunque yo creí que al hacer el inventario de sus virtudes se confundirían la aritmética y la memoria, y ambos serían insuficientes para suma tan larga. Pero sin exagerar su elogio, yo le tengo por un hombre de grande espíritu y de tan particular y extraordinaria naturaleza, que (hablando con toda exactitud posible) no se hallara su semejanza sino en su mismo espejo, pues el que presuma buscarla en otra parte sólo encontrará bosquejos informes.

Enrique. V. A. acaba de hacer justicia imparcial en cuanto ha dicho de él.

Hamlet. Sí; pero sépase á qué propósito nos enronquecemos ahora, entremetiendo en nuestra conversación las alabanzas de ese galán.

Enrique. ¿Cómo decís, señor?

Horacio. ¿No fuera mejor que le hablarais con más claridad? Yo creo, señor, que no sería difícil.

Hamlet. Digo que ¿á qué viene ahora hablar de ese caballero?

Eurique. ¿De Laertes?

Horacio. ¡Eh! Ya vació cuánto tenía, y se le acabó la provisión de frases brillantes.

Hamlet. Sí, señor, de ese mismo.

Enrique. Yo creo que no estaréis ignorante de...

Hamlet. Quisiera que no me tuvierais por ignorante; bien que vuestra opinión no me añadiría un gran concepto... Y bien, ¿qué más?

Enrique. Decía, que no podéis mirar el mérito de Laertes.

Hamlet. Yo no me atreveré á confesarlo por no igualarme con él, siendo averiguado que para conocer bien á otro es menester conocerse á sí mismo.

Dnrique. Yo lo decía por su destreza en el arma, puesto que, según la voz general, no se le conoce com•ñero.

Hamlet. ¿Y qué arma es la suya?

Enrique. Espadǎ y draga.

Hamlet. Esas dos armas... Vaya, adelante.

Enrique. Pues, señor, el Rey ha apostado contra él seis caballos bárbaros, y él ha impuesto por su parte (según he sabido) seis espadas francesas con sus dagas y guarniciones correspondientes, como cinturón, colgantes, y así á este tenor... Tres de estas cureñas particularmente son la cosa más bien hecha que puede darse. ¡Cureñas como ellas!... ¡Oh! Es obra de mucho gusto y primor.

Hamlet. Y ¿á qué cosas llamáis cureñas?

Horacio. Ya recelaba yo que sin el socorro de notas marginales no pudiérais acabar el diálogo.

Enrique. Señor, por cureñas entiendo yo, así, los... los cinturones.,.

Hamlet. La expresión sería mucho más propia si pudiéramos llevar al lado un cañón de artillería; pero en tanto que este uso no se introduce, los llamaremos cinturones... En fin, vamos al asunto. Seis caballos bárbaros contra seis espadas francesas con sus cinturones, y entre ellos tres cureñas primorosas... ¿Con que esto es lo que apuesta el francés contra el dinamarqués? ¿Y á qué fin se han impuesto (como vos decís) todas esas cosas?

Enrique. El Rey ha apostado que si batallais con Laertes, en doce jugadas no pasarán de tres botonazos los que él os dé; y él dice que en las mismas do-

ce os dará nueve cuando menos, y desea que esto se juzgue inmediatamente, si os dignáis de responder.

Hamlet. ¿Y si respondo que no?

Enrique. Quiero decir, si admitís el partido que os propone.

Hamlet. Pues, señor, yo tengo que pasearme todavía en esta sala; porque si S. M. no lo há por enojo, esta es la hora crítica en que yo acostumbro respirar el ambiente. Tráiganse aquí los floretes, y si ese caballero lo quiere así, y el Rey se mantiene en lo dicho, le haré ganar la apuesta si puedo, lo que yo ganaré será vergüenza y golpes.

Enrique. Con que ¿lo diré en esos términos?

Hamlet. Esa es la substancia; después lo podéis adornar con todas las flores de vuestro ingenio.

Enrique. Señor, recomiendo nuevamente mis respetos á vuestra grandeza.

Hamlet. Siempre vuestro, siempre.

ESCENA VI

HAMLET Y HORACIO

Hamlet, El hace muy bien de recomendarse á sí mismo; porque si no, dudo mucho que nadie lo hiciese por él.

Horacio. Este me parece un vencejo que empezó á volar y chillar con el cascarón pegado á las plumas.

Hamlet. Sí, y aun antes de mamar hacía ya cumplimientos á la teta... Este es uno de los muchos que en nuestra corrompida edad son estimados, únicamente porque saben acomodarse al gusto del día con esa esterioridad halagüeña y obsequiosa... y y con ella tal vez suelen sorprender el aprecio de los hombres prudentes; pero se parecen de-

masiado á la espuma, que por más que hierva y abulte, á dar un soplo se reconoce lo que es, todaa las ampollas huecas se deshacen, y no queda nada en el vaso.

ESCENA VII

HAMLET, HORACIO Y UN CABALLERO

Caballero. Señor, parece que S. M. os envió un recado con el joven Enrique, y éste ha vuelto diciendo que esperabais en esta sala. El Rey me envía á saber si gustáis de batallar con Laertes inmediatamente, ó si queréis que se dilate.

Hamlet. Yo soy constante en mi resolución, y la sujeto á la voluntad del Rey. Si esta hora fuese cómoda para él, también lo es para mí: con que hágase al instante ó cuando guste, con tal que me halle en la buena disposición que ahora.

Caballero. El Rey y la Reina bajan con toda la corte.

Hamlet. Muy bien.

Caballero. La Reina quisiera que antes de comenzar la batalla, hablarais á Laertes con dulzura y expresiones de amistad.

Hamlet. Es advertencia muy prudente.

ESCENA VIII

HAMLET Y HORACIO

Horacio. Temo que habéis de perder, señor.

Hamlet. No, yo pienso que no. Desde que él partió para Francia, no he cesado de ejercitarme, y creo que

le llevaré ventaja... Pero... no podrás imaginarte qué angustia siento aquí en el corazón... ¿Y sobre qué?... No hay motivo.

Horacio. Con todo eso, señor...

Hamlet. ¡Ilusiones vanas!.. Especie de presentimientos capaces sólo de turbar un alma femenil.

Horacio. Si sentís interiormente alguna repugnancia, no hay para qué empeñaros. Yo me adelantaré á encontrarlos, y les diré que estáis indispuesto.

Hamlet. No, no... Me burlo yo de tales presagios. Hasta en la muerte de un pajarillo interviene una providencia irresistible. Si mi hora es llegada, no hay que esperarla; si no ha de venir ya, seña que es ahora; y si ahora no fuese habrá de ser después: todo consiste en hallarse prevenido para cuando venga. Si el hombre al terminar su vida ignora siempre lo que podría ocurrir después ¿qué importa que lo pierda tarde ó presto? Sepa morir (11).

ESCENA IX

HAMLET, HORACIO, CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES, ENRIQUE; CABALLEROS, DAMAS Y ACOMPAÑAMIENTO.

Claudio. Ven, Hamlet; ven y recibe esta mano que te presento.

(Hace que Hamlet y Laertes se den la mano.)

Hamlet. Laertes, si estáis (12) ofendido de mí, os pido perdón. Perdonadme como caballero. Cuantos se hallan presentes saben, y aun vos mismo lo habréis oído, el desorden que mi razón padece. Cuanto haya hecho insultando la ternura de vuestro corazón, vuestra nobleza ó vuestro honor, cualquiera acción, en fin, capaz de irritaros declaro solemnemente en este lugar que ha sido

efecto de mi locura. ¿Puede Hamlet haber ofendido á Laertes? No. Hamlet no ha sido, porque estaba fuera de sí; y si en tal ocasión (en que él á sí propio se desconocía) ofendió á Laertes, no fué Hamlet, el agresor, porque Hamlet lo desaprueba y lo desmiente. Pues ¿quién puede ser? Su demencia sola... Siendo esto así el desdichado Hamlet es partidario del ofendido, al paso que en su propia locura reconoce su mayor contrario. Permitid, pues, que delante de esta asamblea me justifique de toda siniestra intención, y espero de vuestro ánimo generoso el olvido de mis desaciertos. Disparaba el arpón sobre los muros de ese edificio; y por error herí á mi hermano.

Laertes. Mi corazón, cuyos impulsos naturales eran los prímeros á pedirme en este caso venganza, queda satisfecho. Mi honra no me permite pasar adelante ni admitir reconciliación alguna, hasta que examinando el hecho por ancianos y virtuosos árbitros, se declare que mi pundonor está sin mancilla. Mientras llega este caso, admito con afecto recíproco el que me anunciais, y os prometo de no ofenderle.

Hamlet. Yo recibo con sincera gratitud ese ofrecimiento, y en cuanto á la batalla que va á comenzarse, lidiaré con vos como si competidor fuese mi hermano... Vamos. Dadnos floretes.

Laertes. Sí, vamos... uno á mí.

Hamlet. La victoria no os será difícil: vuestra habilidad lucirá mi ignorancia, como una estrella resplandeciente entre las tinieblas de la noche.

Laertes. No os burléis, señor.

Hamlet. No, no me burlo.

Claudio. Dales floretes, joven Enrique. Hamlet, ya sabes cuáles son las condiciones.

Hamlet. Sí, señor, y en verdad que habéis apostado por el más débil.

(Traen los criados una mesa, y en ella, cuando lo manda Claudio, ponen jarros y copas de oro que llenan de vino. Claudio y Gertrudis se sientan junto á la mesa, y todos los demás, según su clase, ocupan los asientos restantes. Quedan en pie los criados que sirven las copas, Hamlet *y Laertes, que se disponen para batallar y* Horacio *y Enrique en calidad de jueces ó padrinos.)*

Claudio. No temo perder. Yo os he visto ya esgrimir á entrambos, y aunque él haya adelantado después, por eso mismo el premio es mayor á favor nuestro.

Laertes. Este es muy pesado. Dejadme ver otro.

(Enrique trae varios floretes. Hamlet *toma una y Laertes escoge otra.*

H*amlet.* Este me parece bueno... ¿Son todos iguales?

Enrique. Sí, señor,

Claudio. Cubrid esta mesa de copas llenas de vino. Si Hamlet da la primera ó segunda estocada, ó en la tercera suerte da un quite al contrario, disparen toda la artillería de las almenas. El rey beberá á la salud de Hamlet, echando en la copa una perla más preciosa que la que han usado en su corona los cuatro últimos soberanos daneses... ¡Traed las copas, y el timbal diga á las trompetas, las trompetas al artillero distante, los cañones al cielo, y el cielo á la tierra: ahora brinda el rey de Dinamarca á la salud de Hamlet... Comenzad, y vosotros, que habéis de juzgarlos, observad atentos.

H*amlet.* Vamos.

Laertes. Vamos, señor. *(Batallan* Hamlet *y Laertes).*

H*amlet.* Una.

Laertes. No.

H*amlet.* Que juzguen.

Enrique. Una estocada, no hay duda.

Laertes. Bien, á otra.

Claudio. Esperad.... Dadme de beber, *(Claudio echa una perla en la copa y bebe, alarga después la copa á*

Hamlet y él rehusa tomarla. Suena á los lejos el ruido de trompetas y cañonazos.) Hamlet, esta perla es para ti, y brindo con ella á tu salud. Dadle la copa.

Hamlet. Esperad un poco. *(Vuelven á batallar.)* Quiero dar este bote primero. Vamos... Otra estocada. ¿Qué decís?

Laertes. Sí, me ha tocado: lo confieso.

Claudio. ¡Oh! Nuestro hijo vencerá.

Gertrudis. Está grueso y se fatiga demasiado. Ven aquí, Hamlet, toma ese lienzo y limpiate el rostro... La Reina brinda á tu buena fortuna, querido Hamlet. *(Toma la copa y bebe; Claudio le quiere estorbar, y Gertrudis bebe segunda vez.)*

Hamlet. Muchas gracias, señora,

Claudio. No, no bebáis.

Gertrudis. ¡Oh! Señor, perdonadme, yo he de beber.

Claudio. ¡La copa envenenada!... Pero... no hay remedio.

Gertrudis. Ven, hijo mío, te limpiaré el sudor del rostro.

Laertes. Ahora vereis si le acierto.

(Laertes habla en voz baja con Claudio, mientras Gertrudis limpia con un lienzo el sudor á Hamlet.)

Claudio. Yo pienso que no.

Laertes. No sé qué ropugnancia siento al ir á ejecutarlo.

Hamlet. Vamos á la tercera, Laertes... Pero bien se ve que lo tomáis á fiesta: batallad, os ruego, con más ahinco. Mucho, me temo que os burleis de mí.

Laertes. ¿Eso decís, señor? Vamos.

(Batallan).

Enrique. Nada: ni uno ni otro.

Laertes. Ahora... esta...

(Vuelven á batallar; se enfurecen, truécanse las espadas y quedan heridos los dos. Horacio y Enrique los separan con dificultad;

Gertrudis cae moribunda en los brazos de Claudio. Todo es terror y confusión.)

Claudio. Parece que se acaloran demasiado... Separadlos.

Hamlet. No, no, vamos otra vez.

Enrique. Ved qué tiene la Reina... ¡Cielos!

Horacio ¡Ambos heridos! ¿Qué es esto, señor?

Enrique. ¿Cómo ha sido, Laertes?

Laertes. Esto es haber caído en el lazo que preparé... Justamente muero víctima de mi propia traición.

Hamlet. ¿Qué tiene la Reina?

Claudio. Se ha desmayado al veros heridos.

Gertrudis. No, no... ¡La bebida!.,. ¡Querido Hamlet!... ¡La bebida! ¡Me han envenenado! (*Queda muerta en la silla.)*

Hamlet. ¡Oh, qué alevosía! .. Oh!... Cerrad las puertas... Traición... Buscad por todas partes... (14).

Laertes. No, el traidor está aquí. *(Dirá esto sostenido por Enrique.)* Hamlet, tú eres muerto... No hay medicina que pueda salvarte: vivirás media hora apenas... En tu mano está el instrumento aleve bañada con ponzoña su aguda punta... ¡Volvióse en mi daño la trama indigna!... Vesme aquí postrado para no levantarme jamás... Tu madre ha bebido un tósigo... No puedo proseguir... El Rey, el Rey es el delincuente.

(Claudio quiere huir. Hamlet corre á él furioso, y le atraviesa la espada por el cuerpo. Toma la copa envenenada, y se la hace apurar por la fuerza. Le deja muerto en el suelo, y vuelve á oir las últimas palabras de Laertes.)

Hamlet. ¿Está envenenada esta punta? Pues, veneno, produce tus efectos.

Todos. Traición, traición.

Claudio. Amigos, estoy herido... Defendedme.

Hamlet. ¡Malvado, incestuoso, asesino! Bebe esta ponzoña... ¿Está la perla aquí? Sí, toma (15), acompaña á mi madre.

Laertes. ¡Justo castigo!... El mismo preparó la poción

mortal... Olvidémonos de todo, generoso Hamlet, y... ¡Oh, no caiga sobre ti la muerte de mi padre y la mía, ni sobre mí la tuya!

(Cae muerto).

Hamlet. El cielo te perdone... Ya voy á seguirte... Yo muero, Horacio... Adiós, Reina infeliz... (*Abrazando el cadáver de Gertrudis.*) Vosotros, que asistís pálidos y mudos con el temor á este suceso terrible... Si yo tuviera tiempo... *(Empieza á manifestar desfallecimiento y angustias de muerte. Parte de los circunstantes le acompaña y sostiene. Horacio hace extremos de dolor.)* La muerte es un misterio inexorable que no dilata la ejecución... Yo pudiera deciros... pero no es posible. Horacio, yo muero. Tú, que vivirás, refiere la verdad y los motivos de mi conducta á quien los ignora.

Horacio. ¿Vivir? No lo creais. Yo tengo alma romana, y aún ha quedado aquí parte del tósigo.

(Busca en la mesa el jarro del veneno, echa porción de él en una copa, va á beber. Hamlet quiere estorbárselo. Los criados quitan la copa á Horacio, la toma Hamlet y la tira al suelo.)

Hamlet. Dame esa copa... presto... por Dios te lo pido. ¡Oh, querido Horacio! Si esto permanece oculto, ¡qué manchada reputación dejaré después de mi muerte! Si alguna vez me diste lugar en tu corazón, retarda un poco la felicidad que apeteces, alarga por algún tiempo la fatigosa vida en este mundo lleno de miserias, y divulga por él mi historia... ¿Qué estrépido militar es este?

(Suena musica militar, que se va aproximando lentamente.)

ESCENA X

HAMLET, HORACIO, ENRIQUE, UN CABALLERO Y ACOMPAÑAMIENTO

Caballero. El joven Fortimbrás, que vuelve vencedor de Polonia, saluda con la salva marcial que oís á los embajadores de Inglaterra.

Hamlet. Yo espiro, Horacio; la activa ponzoña sofoca mi aliento... No puedo vivir para saber nuevas de Inglaterra; pero me atrevo (16) á anunciar que Fortimbrás será elegido por aquella nación. Yo moribundo le doy mi voto... Díselo tú, é infórmale de cuanto acaba de ocurrir... ¡Oh! Para mi sólo queda ya... silencio eterno. *(Muere).*

Horacio. ¡En fin, se rompe ese gran corazón!... Adiós, adiós, amado príncipe. (*Le besa las manos, y hace ademanes de dolor).* ¡Los coros angélicos te acompañen al celeste descanso... Pero, ¿cómo se acerca hasta aquí ese estruendo de tambores?

ESCENA XI

FORTIMBRAS, DOS EMBAJADORES, HORACIO, ENRIQUE, SOLDADOS Y ACOMPAÑAMIENTO

Fortimbrás. ¿En dónde está ese espectáculo?

Horacio. ¿Qué buscáis aquí. Si no queréis ver desgracias espantosas, no paséis adelante.

Fortimbrás. ¡Oh! Este destrozo pide sangrienta venganza... Soberbia muerte, ¿qué festín dispones en tu morada infernal, que así has herido con un golpe solo tantas ilustres víctimas?

Embajador 1.° ¡Horroriza el verlo!.. Tarde hemos llegado con los mensajes de Inglaterra. Los oídos á quienes debíamos derigirlos son ya insensibles. Sus órdenes fueron puntualmente ejecutadas. Ricardo y Guillermo perdieron la vida... Pero, ¿quién nos dará las gracias de nuestra obediencia?

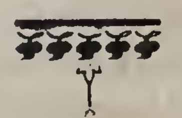
Horacio. No las recibiríais de su boca aunque viviese todavía, que él nunca dió orden para tales muertes. Pero puesto que vos, viniendo victorioso de la guerra contra Polonia, y vosotros, enviados de Inglaterra, os hallais juntos en este lugar, y os veo deseosos de averiguar este suceso trágico disponed que esos cadáveres se expongan sobre una tumba elevada á la vista pública, y entonces hará saber al mundo que lo ignora el motivo de estas desgracias. Me oiréis hablar (pues todo os lo sabré referir fielmente) de acciones crueles, bárbaras, atroces: sentencias que dictó el acaso, estragos imprevistos, muertes ejecutadas con violencia y aleve astucia, y al fin proyectos malogrados que han hecho perecer á sus autores mismos.

Fortimbrás. Deseo con impaciencia oiros, y convendrá que se reuna con este objeto la nobleza de la nación. No puedo mirar sin horror los dones que me ofrece la fortuna; pero tengo derechos muy antiguos á esta corona, y en tal ocasión es justo reclamarlos.

Horacio. También puedo hablar en ese propósito, declarando el voto que pronunció aquella boca que ya no formorá sonido alguno... Pero ahora que los ánimos están en peligroso movimiento, no se dilate la ejecución un instante solo, para evitar los males que pudieran causar la malignidad ó el error.

Fortimbrás. Cuatro de mis capitanes lleven al túmulo el cuerpo de Hamlet con las insignias correspon-

dientes á un guerrero. ¡Ah! Si él hubiese ocupado el trono, sin duda hubiera sido un excelente monarca... Resuene la música militar por donde pase la pompa fúnebre, y hágansele todos los honores de la guerra... Quitad, quitad de esos cadáveres. Espectáculo tan sangriento más es propio de un campo de batalla que de este sitio... Y vosotros haced que salude con descargas todo el ejército.





NOTAS

ACTO PRIMERO

(1) Halló Shakespeare el argumento de esta tragedia en la antigua historia de Dinamarca, llena de acaecimtentos increíbles y fabulosos, como lo están igualmente todas que abrazan épocas tan remotas.

En ella se dice que Rorico reinó en Dinamarca desde los años de 3370 hasta el de 3390. Le sucedió Horvendillo su yerno, príncipe de gran valor, que se había hacho famoso por la victoria que obtuvo de Coller, rey de Noruega, á quien mató en singular combate; pero Horvennilo reinó poco tiempo, porque movido su hermano Fengo de envidia y ambición, le quitó la vida alevosamente, casándose después con su cuñada Gerutha, hija de Rorico, valiéndose para rendirla á su voluntad de astucias y amenazas.

Hamlet, hijo de Horvendile y Gerutha, deseando vengar la muerte de su padre, se fingió loco para disimular mejor sus designios, bien que no pudo ocultarlos en tal manera que su tío no llegase á sospechar que la demencia que mostraba era

ficción. Para aclarar sus dudas hizo que una hermosa joven fuese á un bosque donde Hamlet pasaba algunas horas del día, y hablase con él, esperando que al verla depondría toda disimulación y daría lugar á que notasen sus palabras y acciones los que debian ocultarse en la espesura y presenciar el suceso; pero ya fuese que alguno le advirtió de antemano, ó que su prudencia sólo se lo sugiriese, Hamlet no dió señal ninguna de juicio mientras se entretuvo con la doncella.

Malograda esta cautela, pensó el Rey en otra que le salió mucho peor. Ausentóse de la corte por algunos días, y dispuso que un confidente suyo se ocultase en el cuarto de la Reina para que cuando Hamlet fuese á visitarla le observara cuidadosamente. Vino, en efecto, el príncipe y empezó á hacer locuras como acostumbraba, meneando los brazos, cantando como un gallo, y examinando todos los escondites del aposento, hasta que tropezó con el que estaba escondido entre los colchones de la cama; hirióle con la espada, sacóle arrastrando de allí, le mató, dividió el cadáver en trozos, los hizo cocer, y se los dió á comer á los puercos. Volvió después á verse con su madre, y asegurado ya de que no había espías que le oyesen, la reprendió ásperamente por haberse casado con el matador de su padre, la declaró el motivo de su fingida locura y la resolución en que estaba de vengarse, haciéndola prometer, por último, que nadie revelaría tan importante secreto.

Viendo el Rey á su vuelta el mal éxito de sus astucias, trató sólo de acabar con el príncipe por cualquiera manera que fuese. Envióle á Inglaterra acompañado de dos consejeros suyos á quienes dió cartas para aquel Rey, en que le rogaba que así que llegase Hamlet le hiciese matar. Este, durante el viaje mientras sus compañeros dormían, logró apoderarse de los despachos que llevaban; y al ver lo que se trataba en ellos borró lo que quiso, y escribió encima expresiones tan diferentes de las suprimidas, que así leyó las cartas del Rey de Inglaterra hizo ahorcar á los dos mensajeros, acogió al príncipe con extraordinarias muestras de amor, y de allí á poco tiempo le casó con su hija.

Un año después de este suceso volvió Hamlet á Dinamarca

y halló que habiéndose esparcido la voz de que era muerto, se celebraban sus funerales. Llegó á tiempo de asistir á un banquete que daba el Rey á los señores de la corte: Hamlet, en el desorden y alegría de la mesa, logró emborrachar á todos los grandes; cuando los vió en estado de no poder moverse, dió fuego al palacio, fué al cuarto del Rey que estaba durmiendo, y le atravesó el cuerpo con su misma espada. Convocados después los nobles del reino, justificó ante ellos su conducta, le aclamaron Rey, y ocupó el trono, hasta que habiéndose rebelado Vicleto, gobernador de Seelandia, murió á sus manos en una batalla, año de 3450 del mundo, 550 años antes de Jesucristo, según el cómputo vulgar.

(2) *Ni un ratón se ha movido.* Expresión muy natural en un soldado, y muy ajena de la sublimidad trágica. M. Home, en su *Ensayo sobre la crítica*, se atreve á preferirla á la de Racine en el primer acto de *Ifigenia:*

Mais tout dort, et l'armée, et les vent, et Neptune.

Es menester mucha ignorancia ó mucha pasión para dar tal fallo.

(3) *Mírale por donde viene.* La aparición del muerto es odiosa é intespectiva en esta escena. Cuando la introducción de tales visiones no fuese reprobada generalmente, se exigiría á lo menos que se colocaran donde pudiesen producir todo el efecto teatral de que son susceptibles. Si empieza la tragedia con la aparición de un espectro, ¿cómo ha de acabar?

(4) *Nuestro último Rey.* En el teatro es muy precioso el tiempo, y estos soldados le pierden solamente con su conservación. El desafío del Rey de Dinamarca con el de Noruega, la invasión que premedita Fortimbrás, los preparativos que se hacen para resistirle, y todo cuanto Horacio dice á sus camaradas, no tiene que ver con la acción de la tragedia: de esto y no de otra cosa debía tratarse.

(5) *Fortimbrás de Noruega.* No se halla ningún Rey de este nombre en la serie de los Reyes de Noruega. Véase la nota primera.

(6) *En la época más feliz y más gloriosa de Roma.* Horacio

usa aquí un estilo digno de una tragedia; pero es de temer que Marcelo y Bernardo no sepan quién fué César, puestoque no había nacido todavía.

(7) *El iba ya á hablar cuando el gallo cantó.* Horacio, que es hombre de estudios, no debía creer los disparates que dice, ni los que añade Marcelo acerca de los espíritus, las brujas, los encantos y los planetas siniestros; pero todo esto va dedicado al populacho de Londres, á quien Shakespeare quiso agradar contándole patrañas maravillosas. El poeta dramático no ha de adular la ignorancia pública: su obligación es censurar los vicios é ilustrar el entendimiento.

(8) *El joven Fortimbrás estimándose en poco.* Ya se ha dicho que este Fortimbrás y esta guerra nada tienen que ver con la acción del drama. Fortimbrás, de quien tanto se habla, sale á decir siete versos en el cuarto acto, y á enterrar los muertos en el quinto.

(9) *Algo más que deudo y menos que amigo.* En el original dice: *A litlle more than kin, and less than kind.* No puede conservarse en castellano el juguete de las palabras *kin* y *kind.* Hanmer, en su edición de las obras de Shakespeare publicada en 1744, dice que acaso este verso será algún proverbio usado en tiempo del autor.

(10) *Bueno y laudable es.* Este discurso está lleno de verdades importantes, dichas con noble simplicidad, sin metáforas, sin ambajes, ni ornatos viciosos.

(11) *¡Fragilidad! tú tienes nombre de mujer.* Literalmente dice: *¡Fragilidad! tu nòmbre es mujer.* De cualquier modo que se diga será una locución impropia para expresar que las mujeres son frágiles.

(12) *Aun antes romper los zapatos.* Después de esta imagen ridícula y humilde, véase esta otra. *En un mes... enrojecidos aún sus ojos con el pérfido llanto, se casó.* ¿Por qué no omitió la primera, si en la segunda se incluye el mismo pensamiento con más energía y más decoro? Porque Shakespeare ignoraba el arte, y no sabía borrar. No puede ser otra la razón.

(13) *¿Qué asuntos tiene Elsingor?* Hasta ahora no se sabía cuál fuese el luhar de la escena.

(14) *Señor, yo creo que le ví anoche.* Conservando diez ó doce versos de las escenas anteriores, podría suprimirse todo lo restante, y empezar la tragedia por aquí.

(15) *¿Y en dónde fué eso?* En todo este diálogo animado y rápido se expresa perfectamente la curiosidad, la inqnietud, el terror del príncipe.

(16) *¿Nada más?* ¿Quién duda ya que Ofelia está enamorada de Hamlet? ¡Con qué amable sencillez manifiesta en dos palabras el estado de su corazón! Estos rasgos caracterizan los grandes talentos.

(17) *Porque no sólo en nuestra juventud.* Este pasaje está obscuro en el original como en la traducción. Es una repetición de lo que se ha dicho antes, esto es, que los obsequios de Hamlet no nacen de cariño verdadero y constante, ni son más que ímpetus fogosos de un hombre á quien le bulle la sangre en el cuerpo con la lozanía de la juventud.

(18) *El no pudo como persona vulgar.* Voltaire, en sus *Misce láneas literarias*, traduce mal este pasaje, diciendo: «Un príncipe, un heredero del Reino no debe trinchar la vianda por sí mismo; es menester que le escojan los pedazos de ella». Shakespeare no dice nada de esto, y no es justo atribuirle lo que no pensó.

(19) *La juventud, aun cuando nadie la combate.* Esta y otras muchas máximas que se hallarán en lo restante de la obra, encierran tan sólida é importante doctrina, que se hace inútil recomendarlas á la consideración del lector.

(20) *Algunos rígidos pastores.* Sarcasmo del autor contra los eclesiásticos de su tiempo, de quienes los poetas y cómicos se hallaban ofendidos.

(21) *No publiques con facilidad.* Estos consejos serán muy buenos, pero no son del caso. Ni el viaje de Laertes, ni el modo con que debe conducirse en Francia, interesan poco ni mucho, porque nada de esto tiene relación con la fábula: son partes episódicas, desunidas, ociosas, que la dilatan sin utilidad.

(22) *Por seguir la comenzada alusión.* ¿Y qué neeesidad tiene de seguirla, ni aun de haberla empezado? ¿No es error, cuando

se trata de dar consejos á una niña, obscurecérselos entre metáforas y alusiones que acaso no entenderá? Dirán que Polonio es un personaje ridículo; ¿y no es error introducir en una tragedia figuras ridículas?

(23) *Son relámpagos, hija mía.* El amor de Hamlet es: «Un »hervor de la sangre; es una violeta que se adelanta á vivir y »no permanece; es perfume de un momenta; eso como los re»lámpagos, que da más luz que calor, que se apagan pronto y »no son fuego verdadero. Sus palabras son fementidas. No es »verdadero el calor que aparentan. Si parecen sagrados votos, »es para engañar mejor». De toda esta inútil pompa de palabras é imágenes resulta un solo pensamiento: que no es verdadero ni puede ser durable el amor de Hamlet.

(24) *Angeles y ministros de piedad.* Este discurso está lleno de vehemencia, de terror de sublimidad trágica, y prepara oportunamente la situación que sigue después.

(25) *Si os arrebata el mar.* El temor de Horacio, es justo: las ideas que le sugiere, espantosas; pero Hamlet ha visto ya á su padre, y ninguna consideración le detiene; va á seguirle. ¡Qué pavorosa agitación se apodera del auditorio! ¡Con qué muda inquietud se espera el éxito! Ya se olvidan cuantos desaciertos han precedido: aquí triunfa el talento del poeta; ya ha conmovido con poderoso encanto los ánimos de la multitud que le sigue atónita.

(26) *Refiéromelo presto.* Hamlet dice bien: el muerto no debería distraerse en lo que no es del caso. Esta situación, más que otra ninguna, pide concisión y rapidez, no adornos que son impropios dol personaje que habla; no reflexiones, que el auditorio las hará.

(27) *Conviene que yo apunte en este libro.* ¿No es risible ver á Hamlet en un despoblado, á media noche, á obscuras, tiritando de frío y horror, sacar el lapicero y el libro de memorias y apuntar á toda prisa la recóndita verdad de que un hombre, aunque sepa sonreirse, puede ser un malvado? ¡Qué paraje y qué ocasión para ocuparse en escribir apuntaciones insulsas!

(27) *No existe en toda Dinamarca.* Iba á decirles que no hay

en Dinamarca hombre más infame que su tío; pero se detiene considerando que mejores ocultarlo lo que acaba de saber.

(29) *Por San Patricio.* Hamlet no podía jurar por San Patricio; este santo, apóstol de Irlanda, floreció mil años después.

(30) *Sí, si, sobre mi espada.* Era costumbre religiosa de los dinamarqueses jurar sobre la espada, y acaso sobre la cruz de la guarnición. Se dice que el juramento común de los excitas era por la espada y el fuego. Los irlandeses juraban por sus espadas también. (Hanmer, en sus *Notas á Shakespeare.)*

En España se observó antiguamente la misma costumbre, que aún dura en la milicia. Los caballeros juraban sacando la espada ó empuñándola, expresando en la fórmular: *por esta espada, por la cruz de esta espada.* A esta usanza aludió D. Nicolás Fernández de Moratín en una de sus obras, donde dice:

«Y es fama que á la bajada
juró por la cruz el Cid
de su vencedora espada,
de no quitar la celada
hasta que gane á Madrid.»

(31) *¡Ah! ¿Eso dices?* Letourneur, empeñado en hermosear su ídolo, tuvo gran cuidado de omitir los expresiones familiares del original en todo este pasaje, como lo hacen muchos. Aquello de *hombre de bien*, lo traduce por *sombra real*; lo de *hic et ubique*, lo pone en francés, conociendo cuán ridículo es en latín: y el *topo viejo* le transforma en *fantasma invisible.* Esto no se llama traducir.

(32) *Par eso como á un extraño debéis hospedarle.* Alusión á las leyes de la hospitalidad. (Warburton, *Notas á Shakespeare.*) Nótese que Hamlet juega de vocablo, dando á la palabra *extraño* la significación de *extranjero.*

(33) *Por más singular y extraordinaria.* Aquí anuncia Hamlet la idea de fingirse loco, según lo verifica después.

ACTO SEGUNDO

(1) *Escena primera.* Esta escena se omite en la representa ción, es del todo inútil, pertenece al género cómico y abund en expresiones poco decentes.

(2) *Sería un admirable golpe de prudencia.* El carácter de Po lonio (lord chambelán del Rey de Dinamarca, que equivale sumiller de Corps) jamás se desmiente. Viejo ridículo, presu mido, entremetido, hablador infatigable, destinado á ser gracioso de la tragedia. Los que se obstinan en defender cuan to deliró Shakespeare dicen que el carácter de este personaj está bien segu do, y tienen razón; dicen también que en la Cortes y en los palacios hay abundancia de estos bichos r díCulos, y también es cierto; pero tales figuras son buenas pa ra un entremés, no para una tragedia.

(3) *Pues entonces él dice... dice.* Este olvido de Polonio es u rasgo cómico, digno de Moliére.

(4) *Yo estaba haciendo labor.* Por la relación de Ofelia se v que el príncipe ha empezado ya la ficción de su locura. El le tor espera sin duda grandes cosas de este artificio, pero en progreso del drama se verá que no resulta nada interesante, que Hamlet procede en todo con suma imprudencia.

(5) *Tan propio parece de la edad anciana.* Acostumbrados l viejos á juzgar siempre de lo que sucederá por lo que ha suc dido, y adquiriendo en la práctica la presunción de acertar todo, no hay hecho ni circunstancia de la cual no piensen ad vinar el éxito. Esto les hace pasar más allá de los límites la prudencia, y yerran muchas veces por exceso de previsió

(6) *Bien venido, Guillermo.* Ve aquí dos nuevos personaj de quienes no se tenía noticia, condenados entrambos á suf pullas de Hamlet y morir ahorcados en Inglaterra. En el o ginal se llaman *Guildenstern y Rosencrantz.*

(7) *Los embajadores enviados á Noruega.* Ectos embajadores salieron en el primer acto de Elsingor, han ido á Noruega, han dado su Mensaje, y ya están de vuelta. Nadie dirá que se han detenido mucho.

(8) *Mi soberano y vos, señora.* Ya se ve que todo cuanto dice Polonio en esta escena va dirigido á excitar la risa del público, y así se verifica. Los que atribuyen esta mezcla de cómico trágico, de bajeza y de sublimidad, al carácter de la nación y no á ignorancia de los escritores, se equivocan mucho.

(9) *Como quiera que la brevedad.* Los exordios y rodeos de Polonio, las protestas de que será cosa breve (que en él es imposible); las antítesis y equívocos que vierte á cada paso para afectar cultura y elegancia; las distraciones que padece; las interrupciones con que rompe el discurso continuamente; su vanidad ridícula de vasallo fiel, sagaz político, prudente padre y el prurito de meterse en todo y hacerse hombre de importancia, llenan de sales cómicas este carácter, y manifiestan lo que el gran talento de Shakespeare hubiera sabido hacer en otra edad y con otros principios.

(10) *¿Pero veis? ¡Qué lástima!* Hasta ahora tedos los personajes de la tragedia original han hablado coasi siempre en verso; pero de aquí en adelante usa el autor con más frecuencia la mezcla de verso y prosa, en lo que también han querido hallar un primor sus panegiristas.

(12) *Aquí dice el malvado satírico.* Algunos quieren que este pasaje aluda á unos versos de Juvenal. Sát. 10.

(13) *En tal caso, estaréis colocados..* Este pasaje se omite en la representación, y debe advertirse que Shakespeare geza el concepto de haber sido el autor más honesto y decente de cuantos en su tiempo escribían para el teatro.

(14) *Creo que los últimos reglamentos.* En el año de 1597 se publicó en Inglaterra un edicto contra los vagos, incluyendo entre ellos á los cómicos (Hanmer). Véase también la nota 32 del acto primero.

(15) *Pero hay aquí una cría de chiquillos.* Ya echará de ver el lector que en todo este pasaje duerme profundamente el padre del teatro inglés.

(16) *Así en la tragedia como en la comedia.* A esta especie de catálogo que hace Polonio de los varios géneros de piezas dramáticas que se representaba en tiempo de autor, pudieran añadirse otros muchos que se hallan en la *Biografía dramática*, de Erskine Baker. Nuestros poetas, aunque no han pecado menos que los ingleses en confundir los géneros y estilos, han sido más moderados en dar á sus piezas denominaciones arbitrarias y ridículas. En nuestro teatro no se conoccn más clases que estas: *Auto*, *Comedia*, *Tragicomedia*, *Tragedia*, *Sainete* (que no es más que comedia en un acto), *Entremés* (que equivale á farsa) y *Zarzuela* (que es lo mismo que ópera cómica) y ningún autor español ha dado á sus dramas otros nombres que estos.

(17) *Escena indivisible.* Hay quien ha creído que por *escena indivisible* deba entenderse *escena fija*, sacando de aquí la consecuencia de que en tiempo de Shakespeare había ya quien escribiese dramas con unidad do lugar; pero como no hay autoridad ni documento que apoye esta opinión, ni se dice quién fué el poeta que tales obras compuso, ni quién las imprimió; ni quién las vió, no será temeridad presumir que jamás habrá existido.

(18) *La primera línea de aquella devota canción.* En este pasaje y el anterior, en que habla de Jepté, se alude á las coplas devotas ó villancicos que se cantaban por las calles en tiempo del autor.

(19) *Dios que tu voz.* Hamlet habla con un muchacho que hace papel de mujer.

(20) *Pirro feroz con pavonadas armas.* Algunos eruditos han creído que Shakespeare quiso en estos versos (sean suyos ó ajenos) burlarse del estilo declamatorio, hinchado y retumbante; otros, que no los han hallado defectuosos, son de contrario parecer. Esta variedad de opiniones nace sin duda de que todos ellos han dado por supuesto que Shakespeare no podía hacer ni aprobar cosa que no fuese perfecta.

(21) *¿Quién se atreve á llamarme villano?* El pensamiento es ¿será posible que yo (no acostumbrado jamás á que nadie me insuite) tolere ahora tan graves ofensas? Sí, que ha faltado en mi sin duda el antiguo valor, pues no he tomado ya venganza

de un enemigo que detesto. Esta reflexión de Hamlet es justa y oportuna; pero las imágenes ridículas con que la amplifica y adorna lo echan todo á perder.

(22) *Frostituta vil.* Letourneur omitió en la versión de este monólogo lo de arrancar las barbas y soplarlas, el asir las narices, la lejía, la paloma sin hiel, la prostituta y el pillo de cocina, no obstante haber prometido solemnemente en el prólogo que su traducción *será exacta y fiel, formando una copia parecida, donde se verán la composición, las actitudes, el colorido, las bellezas y los defectos del cuadro original.*

(23) *Si muda de color, si se estremece.* ¿Y está seguro Hamlet de que el Rey se estremecerá y mudará de color? ¿No es de creer que un malvado, cauto, artificioso, halagüeño, que no siente remordimientos de su culpa, y que ha sabido con tanta destreza disimularla, sabrá también conservar en aquella ocasión una tranquilidad aparente que desbarate todas las ideas del príncipe,

ACTO TERCERO

(1) *Su padre y yo testígos los mas aptos.* Véase la nota 1 del primer acto.

(2) *Existir ó no existir.* Johson explica la situación de Hamlet y la serie de sus ideas, en esta forma: «Hamlet, que se ve ofendido del modo mas atroz, no hallando camino de vengarse sin exponerse al mayor peligro, raciocina de esta manera: Antes que yo pueda formar plan ninguno, conviene decidir si después de esta vida hemos de existir ó no. Ve aquí la cuestión, cuya resolución determinará si es mas conveniente al decoro y á la razón sufrir en paciencia los ultrajes de la fortuna, ó armarme contra ella y acabar con la vida todos mis males. Si morir es lo mismo que dormir, este sería un término apetecible; pero si morir es soñar, esto es, conservar todavía la sensibilidad, en tal caso bien es detenerse un poco á reflexionar qué especie de sueños pueden ocurrir después de la muerte. Esta consideración, este temor de lo futuro nos hace sufrir por tanto tiempo la calamidad; esto da fuerzas á la conciencia y entorpece la resolución. Hamlet iba á contraer á sí mismo, y á las circunstancias en que se halla, estas observaciones generales; pero la vista inopinada de Ofelia interrumpe sus reflexiones.

No obstante la opinión que se acaba de exponer, podría notarse que el discurso de Hamlet es impropio de la situación en que se halla.

Prescindiendo de estos reparos, de cuya solidez juzgarán los inteligentes, el monólogo de Hamlet es uno de los pasajes más aplaudidos de esta tragedia, y merece serlo

(3) *No, yo nunca te dí nada.* No se halla razón que disculpe la dureza bárbara con que Hamlet trata en esta escena á la

inocente y sensible Ofelia. Pudiera muy bien hacer con ella el papel de loco, sin despreciarla ni abatirla.

(4) *Dirás este pasaje.* Ve aquí un príncipe á quien se le acaba de aparecer el alma de su padre, entretenido en dar lecciones de representar. ¡Qué tranquilidad de ánimo! Así se gastan cinco actos en una fábula que pudiera holgadamente reducirse á tres.

(5) *Los que hacen de payos.* En tiempo del autor solían los cómicos ingleses introducir discursos, y aun escenas enteras, inventadas de repente en el teatro, para dar novedad á los dramas y lucir la prontitud de su ingenio; de lo cual resultaban defectos muy considerables, y á este abuso alude Shakespeare.

(6) *Muy bruto fué el que cometió.* Estas puerulidades y equivocos necios no son propios de la tragedia, ni de la comedia, ni de obra ninguna escrita con gusto y juicio.

(7) El pasaje que se ha dejado en blanco es uno de aquellos cuya traducción podría ofender la modestia de los lectores. El original dice:

Taht's a fair thought to lie between maids'legs!

(8) *Suenan trompetas.* En esta escena muda se representa la muerte del Rey Hamlet, con todas sus circunstancias, delante de Claudio, que sufre en paciencia tal espectáculo sin darse por entendido. Pues ¿por qué no hace lo mismo en adelante? No se adivina la razón.

(9) *Ya treinta vueltas dió.* No deja de estar un poco embrollada esta cuenta; no obstante, parece que todo esto suma treinta años y un mes.

(10) *Así pende del ramo.* Esto no es más que una ociosa amplificación de lo que ha dicho ya.

(11) *¿Te has enterado bien del asunto?* ¡A buen tiempo lo pregunta el Rey! ¿Pues no ha visto ya que se representa la muerte que dió á su hermano, su casamiento con la Reina y la usurpación del trono? Claudio parece en toda esta escena un hombre estúpido.

(12) *Al rocín que esté lleno de mataduras.* Sublimes imáge-

nes para una tragedia! Letourneur se guardó muy bien de traducirlas.

(13) *Que tanto el mundo va desordenado.* Ya logró Hamlet cuando pretendía: el Rey se ha conmovido, se ha llenado de terror, se ha visto precisado á huir por no manifestar más claramente los remordimientos de su conciencia. Ya está averiguado el grande secreto. Cierto es que mató á su hermano, que es un usurpador, asesino, seductor, incestuoso; cierto es que la Providencia quiere su muerte; la visión terrible que habló al príncipe no es ficción diabólica como temió; es el alma indignada de un Rey, de un esposo, de un padre infeliz. ¡Qué ideas, qué afectos no debe excitar en el joven Hamlet este momento en que se le le disipan todas sus dudas, y descubre verdades tan funestas! Horror, piedad filial, ira, venganzas: esto ha de sentir, de esto ha de hablar... ¿Quién hubiera creído que se pondría á cantar coplas, y tocar la flauta, y decir bufonadas, y llamar jumento á su tío?

(14) *Si diez veces fuera mi madre.* Querrá decir: Aunque fuera diez veces mas delincuente de lo que es, la obedeceré, porque al fin es mi madre.

(15) *Este es el espacio de la noche.* Según las antiguas supersticiones vulgares, la noche era execrable y profana, y el día puro y santo. (Warburton *Notas á Shakespeare).*

(16) *Déjame ser cruel, pero no parricida.* La ternura filial de Hamlet es uno de los rasgos más felices de que pudo usar el autor para hacer interesante este personaje.

(17) *¡Oh!, mi culpa es atroz.* Ya se ha dicho que el carácter del Rey está lleno de contradicciones, y la que se advierte en esta escena no es menor que las antecedentes. Claudio acaba de disponer el viaje de Hamlet á Inglaterra para que le maten allí así que llegue; y apenas ha resuelto esta nueva maldad se presenta en la escena lleno de compunción y arrepentimiento, haciendo cuantos esfuerzos son posibles en un pecador para obtener la divina misericordia.

(18) *Cuando esté ocupado en el juego.* Hamlet quisiera matar al Rey, pero le detiene la consideración de que si le quita la vida mientras está pidiendo perdón á Dios de sus pecados

podrá salvarse; y suspender; y suspende el golpe para cuando, cogiéndole menos dispuesto, le procure á un tiempo la muerte y la condenación. Este proyecto horrible es propio de un monstruo implacable y feroz, no de un príncipe virtuoso y magnánimo. Todos los delitos de Claudio no son comparables al que premedita Hamlet.

(19) *Yo entretanio retirado aquí.* Véase la nota 1 del primer acto.

(20) *¿Qué mandáis, señora?* En esta escena sc compensan los defectos de plan y estilo con el grande interés de la situación, lo animado y rápido del diálogo, la viveza de las pinturas y la agitación de los afectos,

(21) *Murió.* La muerte de Polonio no produce efecto trágico, semejante en esto á la de Arlequín. Aquel personaje ha sido poco neceeario á la fábula: no ha excitado más afectos que el de la risa, no ha sido un malvado que deba morir, ni un hombre grande y virtuoso por quien el auditorio pueda interesarse. Disgusta, no conmueve su muerte; y la acción de Hamlet, á pesar de los motivos que le determinan, parece atropellado y brutal.

(22) *Los cabellos del sol..* Es lástima que Hamlet se distraiga en estos floreos impertinentes: la situación en que se halla pide vehemencia de afectos á sobriedad de estilo.

(23) *Espíritus celestes, defendedme.* Esta aparición del muerto es inútil. Dice que viene á inflamar el ardor casi extinguido de Hamlet, y á fe que no tiene razón; nunca el príncipe se ha manifestado más ardiente que en esta escena. Si hubiese venido cuando se entretenía en dar lecciones de representar á los cómicos, ya era otra cosa.

(24) *La costumbre, aquel monstruo.* Estas reflexiones son justas, propias de la situación, y dichas con la brevedad conveniente dan expresión y movimiento al diálogo, no le ofuscan ni debilitan.

(25) *Porque soy piadoso debo ser cruel.* Quiere decir, que el amor que tuvo á su padre le obliga á ser vengativo.

(26) *Aquel gato viejo.* A Letourneur se le olvido traducir todo este pasaje.

ACTO CUARTO

(1) *Así el oro.* Como el Rey acaba su discurso con una comparación, la Reina, que no quiere ser menos, le responde con otra. En nuestro teatro hay mucho de esto también.

(2) *El cuerpo está con el Rey.* Steevens lo interpreta así: «El cuerpo está en la casa del actual Rey; pero el verdadero (esto es, el precedente Rey) no está con su cuerpo». A M. Eschenberg le parece más natural de esta manera: «El ataúd está cerca del Rey; pero el Rey no está todavía en el ataúd»; que es decir; no está muerto aún como debía estarlo.

(3) *Nosotros engordamos.* No hay dificultad en decir con Hamlet que engordamos á los animales para alimentarnos con ellos, y que los gusanos engordan después comiéndonos á nosotros; tampoco es de admirar que un hombre se coma un pez que tragó á un gusano que se había alimentado del cadáver de un Rey.

(4) *Id, capitán.* Este es el príncipe de Noruega, tan prometido en los dos primeros actos; no hay que esperar que este nuevo personaje tome parte alguna en el enredo de la fábula; luego que haya dicho media docena de versos, se irá á Polonia, la conquistará, y volverá sin falta antes que se acabe la tragedia.

(5) *Caballero, ¿de dónde son estas tropas?* El lector notará que Hamlet, habiéndose embarcado en Elsidgor para Inglaterra, se encuentra en el camino con un ejército de Noruega que marcha á Polonia. Conviene confesar que la geografía de Shakespeare no es de las más exactas

(6) *Cuantos accidentes ocurren.* Aquí repite Hamlet lo que ha dicho otras veces: culpa su inacción y hace nuevos propósitos de venganza. Las reflexiones de su discurso ó son inoportunas ó encierran malísima doctrina.

(7) *De San Valentino.* Estos versos se alude á una costumbre popular muy antigua en Inglaterra.

(8) *Buenas noches.* La locura de Ofelia, aunque de nada sirve á la acción principal, es un episodio que produce en la representación admirable efecto. No se caracteriza, como la del príncipe, con bufonades ni chocarrerías, ni indirectas amargas: la demencia de Ofelia es verdadera; la de Hamlet mal fingida.

(9) *Huid, señor.* Todo lo restante de este acto está lleno de accidentes atrepellados á inverosímiles. Laertes, que partió para Francia al empezarse la tragedia, está ya de vuelta en Elsingor, furioso por vengar la muerte de su padre sucedida la noche antecedente. Hecho cabeza del vulgo amotinado que le aclama Rey, combate y dispersa las guardias del palacio, y entra en él seguido de sus parciales, sin que hasta ahora se haya tenido noticia alguna de que la nación esté disgustada con el soberano, sin que se alcance por qué el pueblo pone los ojos en un caballero particular como Laertes, que pasa su vida en hacer viajes olvidándose del príncipe, legítimo heredero del trono, á quien ama tan ciegamente, que hasta sus defectos los aplaude como virtudes.

(10) *La naturaleza.* Este concepto, alambicado que se rompe de puro sutil, pudiera tener lugar en una oda amorosa de Solís, ó en un soneto de Villamediana; en boca de Laertes son muy inverosímiles tales expresiones:

El ce n'est point ainsi que parle la nature.

(11 *Abajito está.* Para no dejar este pasaje en blanco ha sido necesario sustituir una traducción casi arbitraria. El original dice: *Down a-down an you call him a-down a.* Estas palabras, en que no hay sentido alguno, como también las anteriores de *Ay no ni, ay ay no ni,* son estribillos usados en tiempo del autor.

(12) *Y ruda para vos también.* La ruda se llamaba en Inglaterra hierba santa del domingo, porque los curas católicos usaban de ella mezclándose con la bebida que daban los energúmenos cuando los exorciban, y esto se practicaba en los domingos. (Warburton en sus *Notas á Shakespeare*)

(13) *Un solitario.* El pájaro solitario, según la opinión vul-

gar de Inglaterra, recordaba la memoria de los difuntos á quienes se habia tenido en vida mayor cariño; y cuando una de estas aves entraba en alguna casa, creían que anunciase la muerte próxima de alguno de aquella familia. (Letourneur, *Notas á Shakespeare*).

(14) *Una es que la Reina su madre.* Los astros que no se mueven sino dentro de su propia esfera, el pueblo que baña en su afecto las faltas del príncipe, la fuente que muda los troncos que muda los troncos en piedras, las flechas que no pueden resistir al huracán y se vuelven al arco, son floreos calderorianos qne producen el mismo delicioso aturdimiento en el vulgo de Londres que en el de Madrid.

(15) *El amor está sujeto al tiempo.* En este pasaje se repiten las mismas ideas que puso el autor en boca del cómico en el acto tercero.

(16) *Por último llegaréis á veros.* El medio que discurre Claudio para quitar la vida al príncipe, es el más arriesgado que escoge; quiere hacerle morir en su palacio á vista de su madre, de sus amigos, de toda la corte, ó herido por un fiorete sin botón ó emponzoñado con el ungüento del charlatán ó con la bebida que ha de prepararle.

(17) *Donde hallaréis un sauce.* La narración de la muerte de Ofelia es bastante breve, y aunque se omitiera el segundo período, en que se hace enumeración de las flores que la adornaban, nada se perdería. En situación semejantes á estas no se toleran largos discursos; porque si el suceso debe excitar violentos afectos en el personaje que escucha, no es natural que los reprima por lugar á que el mundo lo luzca con una vana verbesidad.

(18) *Demasiada agua tiene ya.* El agua que llora Laertes nada tiene que ver con el agua en que su hermana acaba de ahogarse; por mucho que llore, no crecerá el arroyo, ni la difunta recibirá daño alguno.

ACTO QUINTO

(1) *Y es la que ha de sepultarse.* Las ridiculeces y chocarrerías, de que esta obra está llena, las han dicho hasta ahora las personas mas principales: Hamlet, el sumiller de corps del Rey de Dinamarca, los grandes y caballeros han hecho á ratos papel de bufones. En las primeras escenas del acto quinto se presentan nuevos personajes, y tales, que por lo que dicen y lo que son, apenas podrían tolerarse en la farsa más grosera y soez. El pueblo inglés gusta de horrores y bufonadas, discursos filosóficos, lenguaje altísono, batallas y entierros, brujas, aparecidos, cachetes, triunfos, música, suplicios y cadáveres. Esto podrá tal vez consolar en parte la envidia de las naciones que no han producido un Bacon ni un Newton.

(2) *Pues qué ¿Adán no fué un caballero?* Aquí hay un juego de palabras que no puede conservarse en la traducción. La voz inglesa *arms* significa igualmente armas y brazos.

(3) *Qué poco siente ese hombre.* Si parece extraño que los sepultureros hagan papel en una tragedia, mas lo parecerá que un príncipe trame conversación con ellos, sufra sus necedades y se divierta en revolver los huesos y moralizar sobre las calaveras. ¡Y qué imágenes amontona el autor! Horrendas, asquerosas, repugnantes, ridículas.

(4) *Para que esa gente se divierta.* En el original se hace mención de un juego antiguo que llamaban *loggats*: las piezas con que la gente ordinaria le jugaba solían hacerse de huesos de muertos.

(5) *Mía, señor.* La obscuridad que se nota en este pasaje nace de la varia significación del verbo *to lie*, que unas veces es *mentir* y otras *estar*. De aquí resulta en el original un equívoco ridículo que no se ha podido conservar en la traducción.

(6) *¿Qué otra ceremonia falta?* A una escena de cementerio y sepultura no podía seguir otra cosa que un entierro, y veisle que viene á paso grave y tardo, con sus bayetas, su ataúd, sus

clérigos y su acompañamiento detrás: en tanto que suena l campanada fúnebre, á cuyo sonido el gran concurso que llen los teatros de Covent Garden y Hay-Market enmudece atónitc Esto agrada al vulgo, y en todas las naciones le hay, y quie nes adulen su ignorancia y le aturdan sin enseñarle.

(7) *Quita esos dedos de mí cuello.* Ve aquí un príncipe y u gran señor de Dinamarca dentro de una sepultura, pateand un cadáver, agarrándose del pescuezo y de los pelos, y dándo se de puñadas el uno al otro.

(8) *Esit.* Lago inmediato á Elsingor.

(9) *Pues sabrás, amigo.* Horacio acompañado de los marine ros, fué á buscar á Hamlet, y ha vuelto con él á Elsingór; per ni en todo el camino, ni desde que llegaron, se han acordad de hablar de una cosa tan interesante como es el saber lo qu le sucedió en su viaje al príncipe, y por qué extraños acciden tes se halla de nuevo en Dinamarca. El que los ve salir al prir cipio del quinto acto, espera oir de su boca todo el suceso pero esta esperanza le burla. Horacio no es demasiado curio so, el príncipe se divierte con los sepultureros y los huesos, luego sigue el entierro y los arañazos. Pudiera, no obstante disimularse la tardanza de Hamlet, si su relación no estuviese llena de circunstancias inverosímiles. ¿Tan poco recelosos es taban del príncipe los dos mensajeros; tan dormilones eran tan mal guardados tenían los despachos del Rey, que así s los dejan quitar? ¿Es verosímil que Hamlet llevara en la fal triquera el sello de su padre?

(10) *En hora feliz.* Este nuevo personaje es un cortesano za lamero que afecta cultura y elegancia en el hablar, con po quísimo caudal de talento; así que vierte los dos ó tres períc dos que llevaba estudiados, se atasca y no sabe qué decir. L presente escena no es mas trágica que las anteriores: las vo ces y frases afectadas de que usa Enrique (en el original s llama Osrick), las réplicas y correcciones ds Hamlet, la alte cación sobre si el tiempo es caluroso ó frío, las instancias c rlñosas para que se ponga el sombrero, la burla que de él ha imitando su estilo ponderativo y crespo, son chistes cómic que solo tienen el defecto de no ser oportunos. . . . . .

(11) *Sepa morir.* La voz común de que el corazón no es traidor carece de fundamento; después dc ocurrido un mal, se dice que lo anunciaba el corazón; pero antes de suceder no lo adivina.

(12) *Si estáis ofendido.* Al acercarse la catástrofe, hace el autor más amable al protagonista Hamlet, reconociendo el exceso que cometió pide perdón á Laertes de haberle ofendido. Su candor y su generoso proceder hacen resaltar más la perfidia de sus enemigos que le preparan una muerte tan alevosa.

(13) *Vamos.* Habiendo visto ya la escena de la sepultura y los mojicones, no parecerá tan extravagante como lo es en efecto el haber introducido un desafío de espada para desenlazar una tragedia. La reina muere por una equivocación, tomando la copa del veneno que estaba prevenido para Hamlet; y es de admirar en esto la falta de precaución de Claudio y el poco esfuerzo que hace para impedir que beba la reina, á quien ciertamente no quería matar.

(14) *Buscad por todas partes.* De aquí en adelante hasta la conclusión de la tragedia es natural el estilo sin ser humilde, elegante sin vicioso ornato de metáforas, comparaciones líricas ni frases huecas y gigantescas: digno de la situación y los personajes.

Toma, acompaña á mi madre. Ve aquí lograda por un accidente la venganza que pidió el muerto al principio del drama, la cual no se verifica sin que en ella perezca también el mismo á quien el cielo encargó la ejecución.

(16) *Me atrevo á anunciar.* Este pasaje está un poco obscuro. Parece que el autor quiere decir que Inglaterra, como dependiente de Dinamarca, daba sus votos en la elección de los soberanos daneses. Hamlet insinúa su deseo de que Fortimbrás le suceda en el trono, y espera que Inglaterra aprobará y confirmará su elección.

(17) *¿En dónde está este espectáculo?* Como el personaje de Fortimbrás es del todo inútil, no es maravilla que esta segunda salida suya sea tan intempestiva y ociosa como la primera. La brevedad con que ha conquistado á Polonia, y vuelve vencedor, es prodigiosa por cierto; pero no es menos sin-

gular que en dos ó tres días hayan llegado á Inglaterra Ricardo y Guillermo. y ya estén los embajadores ingleses en Elsingor con la noticia del mal despacho que hallaron en Londres aquellos infelices.

